

MODESTO MONTOTO

UNA VISIÓN FOTOGRÁFICA DE ASTURIAS
(1900-1925)



GIJÓN, 1995

MODESTO MONTOTO

UNA VISIÓN FOTOGRÁFICA DE ASTURIAS

(1900-1925)

MODESTO MONTOTO

1900-1925

DE MODESTO MONTOTO

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES
E INVESTIGACIONES POPULARES

MUSÉU ETNOGRÁFICU DEL PUEBLU D'ASTURIES

SERIE FOTOGRÁFICA

1

MODESTO MONTOTO

UNA VISIÓN FOTOGRÁFICA DE ASTURIAS
(1900-1925)

EDICIÓN DE
JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

FUNDACION MUNICIPAL DE CULTURA,
EDUCACION Y UNIVERSIDAD POPULAR

Ayuntamiento de Gijón

Edita
Fundación Municipal de Cultura, Educación
y Universidad Popular
Ayuntamiento de Gijón

Diseño
Juan Carlos Villaverde Amieva

Fotomecánica
Fotomecánica Principado

Depósito legal: AS. 3.429-1995
I.S.B.N.: 84-87741-06-1

Impreso por Gráficas Summa, S. A. (Polígono de Silvota, Llanera-Asturias)

HISTORIA DE LA FOTOGRAFIA COMO FOTOGRAFÍA DE LA HISTORIA

La fotografía es, además de plasticidad y memoria, un auxiliar eficaz de la historia. La imagen no sólo contiene un momento detenido o la melancolía de un tiempo pasado. Los fotogramas son heraldos de un tiempo nuevo y nacen paralelos a una interpretación distinta de la historia social. Como bien señalaba Walter Benjamin la imagen y su mecanización a través de la prensa popular vino a modificar profundamente una idea del mundo, trasladando abruptamente nuevas formas de realidad y de conflicto y sirviendo de apoyo a los nuevos discursos políticos y sociales de hace un siglo. Porque de esos fotogramas se extraen frases, discursos enteros del cómo y del dónde; a su través podemos vislumbrar fragmentos de la realidad, aunque a veces llegue cargada del tinte artificioso de la escenografía.

Por eso las colecciones fotográficas son tan apreciadas para los investigadores y tan necesarias para los historiadores. Esas imágenes ayudan a trazar líneas que pueden conducir a mundos sociales, a tareas y maneras de tra-

bajo y ocio, a relaciones simbólicas y de poder, costumbres, ambientes... Su belleza es un signo de distinción tecnológica y plástica, pero también es suplemento de otros sentidos rastreables. Y los autores de esas instantáneas debieran figurar en los archivos al lado de otros investigadores, y en los libros de historia como testigos de excepción. La fotografía local, como primera expresión del arte de masas, ocupa lugar preeminente en los depósitos y motores de la historia colectiva que son los museos.

En este contexto se inscribe la publicación de este libro del fotógrafo asturiano Modesto Montoto (1875-1950). Durante estos últimos tres años el Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias dependiente del Ayuntamiento de Gijón ha venido divulgando la obra de Montoto, a la vez que iniciaba una tarea de recuperación de archivos fotográficos de los cuales el del artista gijonés Suárez es el ejemplo más conocido. Esa búsqueda pretende acumular en el Museo la mayor documentación visual posible en torno a la historia de Asturias

en el último siglo y medio. Disponer de estos materiales es indispensable para poder contar de la forma más directa las transformaciones en los modos de vida y las formas del trabajo, el ocio, la devoción o la vida familiar de ese período. Y para que esta tarea de localización pueda dar sus frutos, en el marco del proyecto definitivo del Museo Etnográfico de Asturias, propondremos la inclusión en él de un archivo audiovisual de la historia del Principado.

Pero esa búsqueda de la memoria visual

no estará completa si no somos capaces de interesar en la labor a las gentes que en Asturias, ya por razones familiares, ya por el interés de coleccionar, tienen en su poder los millones de imágenes de ese pasado. Y a esa sensibilización que nos permita obtener, de la forma más conveniente para cada parte, la custodia de esos archivos destinaremos también nuestro esfuerzo en el futuro. Mientras tanto espero que disfruten como yo lo he podido hacer con la visión de este libro tan rico en sugerencias y reflejos.

VICENTE ÁLVAREZ ARECES
Alcalde de Gijón

AGRADECIMIENTOS

El Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias comenzó en 1992 una etapa nueva con la inauguración de la exposición *Modesto Montoto: Una visión fotográfica de Asturias, 1900 - 1925*. La exposición pudo verse también en L'Infiestu, Villamayor, Uviéu, Salas, Llanes, Posada Llanera, Tinéu y Grandas de Salime, y su éxito demostró el interés de los asturianos por la fotografía histórica. La idea motivadora de esta exposición es que un museo de etnografía no sólo debe conservar y mostrar objetos de la sociedad tradicional, sino también las imágenes de esa sociedad. Por ello, a esta primera exposición han seguido en los últimos años otras muchas, así como una campaña bastante intensa de adquisición de fotografías, tanto de positivos como de negativos, que hoy forman parte de los fondos del Museo.

Como sucede casi siempre todo esto no hubiera podido realizarse sin la colaboración de diversas personas, como Francisco Quirós Linares, Francisco Crabiffosse, Manuel Maya, Martín Carrasco, Florentino Pérez, Luis Gómez, Ignacio Urrutia, José Luis Prado, Pedro Gutiérrez, Carlos Cruz Pérez,

Dora Bousoño, José Antonio García, Víctor Novo y David Caballín.

En lo que atañe a este libro dedicado a Modesto Montoto, tenemos que agradecer la colaboración de Luis Antonio Azcoitia Argüelles, Ignacio Tamargo Peláez, Laura G. Peinado y, sobre todo, de los hijos del fotógrafo: Luis y Adosinda Montoto Arias, y Pilar Rodríguez Hormilla.

La mayor parte de las fotografías que se publican en este libro corresponden a una tirada actual realizada por el fotógrafo Luis Montoto Rodríguez, a partir de los negativos originales de placa de cristal de gelatino bromuro que él conserva. Lamentablemente no nos han llegado todos los negativos que Modesto Montoto realizó en sus años de actividad, faltan las imágenes de los concejos de Cangas del Narcea, Tinéu, Boal, Navia, Valdés, Salas, Miranda, Ponga, etc., que publicó a comienzos del presente siglo; por ello, para completar el conocimiento de su obra siempre será necesario consultar la revista *Asturias*, editada en La Habana entre 1914 y 1921, para la que Montoto trabajó como corresponsal gráfico.

Xixón, diciembre de 1995.

MODESTO MONTOTO EN LA HISTORIA DE LA FOTOGRAFÍA ASTURIANA

Dentro del panorama histórico de la fotografía en Asturias, la figura de Modesto Montoto Alvarez (1875-1950) sirve de modelo de una de las facetas con las que se manifiesta la práctica fotográfica. En su persona se proyectan muchas de las inquietudes técnicas y artísticas de toda una generación para la que la fotografía fue un instrumento capaz de servir, ante todo, de vehículo de comunicación inmediata, a la vez que plasmaba una forma de observar y difundir el entorno en un afán divulgador de la realidad y el paisaje.

Así, Montoto encarna al amateur o aficionado que a partir de un interés sin otro fin que el de la íntima satisfacción acaba convirtiéndose, por mor de las circunstancias y de las propias características de una obra que conecta con un público mayoritario, en profesional. Pero también su origen y trayectoria vital, vinculado primero a una villa activa y floreciente como Infiesto y más tarde a un pueblo, Villamayor, que cumple un papel secundario como centro de servicios, y su ocupación eminentemente comercial definirán alguno de sus rasgos más específicos. El desarrollo de la fotografía en esos núcleos alejados de los centros urbanos regionales más importantes dependió desde un principio de los ambulantes que periódicamente se establecían en

esas localidades para atender a una exigua clientela. Solamente después, cuando la cámara sea un objeto accesible para más personas, la fotografía será una práctica habitual para un pequeño número de aficionados, apareciendo fotógrafos locales capaces de atender in situ la demanda existente, aunque compaginando esa actividad con otras.

Montoto armonizó las tareas mercantiles e industriales con las fotográficas, conociendo en el transcurso de las primeras un paisaje y un ambiente que, en su riqueza, le depararían más adelante argumentos temáticos variadísimos con los que incorporarse estéticamente a una corriente que si aquí era considerada como reflejo y síntesis de la región, sería aún más valorada en la emigración donde la nostalgia intentaba recuperar aquel marco idealizado de la tierra natal.

Pero si bien en Montoto se manifiestan muchas de las características comunes a ese tipo de fotógrafos locales, hay otros elementos que lo diferencian notablemente y le hacen tener unos rasgos singulares. Uno de ellos es su etapa formativa, muy vinculada a la figura de Julio Peinado, que lo llevaría posteriormente, en un proceso de lógica continuidad, hasta el cine. Otro factor será el de su movilidad, fruto tanto de su labor industrial



Modesto Montoto, *Autorretrato*, hacia 1914.

relacionada con el sector lácteo como de la necesidad de proveer de ilustraciones gráficas a la revista *Asturias* de La Habana, de la que será probablemente el fotógrafo más habitual, junto a Manuel García Alonso, y que lo convierten en un profesional peculiar y bien remunerado.

Años de formación

Los orígenes de la dedicación fotográfica de Modesto Montoto deben buscarse en su medio inmediato; es decir, en el ambiente fotográfico contemporáneo de Piloña en el que nacieron y se desarrollaron sus primeras inquietudes. Cinco fotógrafos, al menos, ejercían profesionalmente durante aquella época en ese concejo. En su capital, Infiesto, estuvieron establecidos Ubaldo Lozana y, posteriormente, Angel Alvarez García y su hijo Enrique Alvarez Menéndez, que se hacían competencia dentro de la producción propia de fotógrafos sin mayores pretensiones artísticas: retratos, paisajes y acontecimientos sociales más relevantes, por lo que es improbable que compartieran afanes con Montoto; siendo, por último, discontinua la labor de Rodolfo Castellanos, que instalado en Oviedo atendía los lunes a la clientela local.

Fuera de la capital, en Sebares, tenía estudio abierto Aquilino González Palomo, con similar línea de trabajo que la de los Alvarez, pero de reconocida calidad en el género del retrato.

Como aficionado, sobresalió Leonardo Perterra, coadjutor de la parroquia de S. Cristóbal de Pintueles, que firmaba sus obras como «Toyos-Colunga».

Mucho más determinante para los inicios de la pasión fotográfica de Montoto sería su amistad con Saturio Azcoitia García, un abogado y banquero que, además de ser fotógrafo aficionado, contaba en la botica-droguería de su hermano, donde se vendía toda la gama de productos fotográficos, con un laboratorio. Con Azcoitia experimentaba Montoto las novedades técnicas, de las que tenían noticia a través de revistas especializa-

das como las francesas *Photo Magazine* y *Photo Revue*, que los ponían al tanto también de las tendencias estéticas entonces imperantes que desarrollaban una nueva visión sobre el paisaje y la figura y cuya búsqueda de horizontes temáticos los llevaría a ese excursionismo fotográfico cuyos frutos serían las vistas de alta montaña y la atención prestada a los tipos y personajes populares.

Pero si la amistad con Saturio Azcoitia es fundamental para entender esos comienzos como aficionado y los primeros intentos de obtener algún beneficio económico con fotografías de tema local -generalmente centradas en paisajes de Villamayor e Infiesto y firmadas con el anagrama de sus iniciales entrelazadas- el posterior contacto con Julio Peinado explica el salto definitivo a esa peculiar profesionalización que caracteriza su etapa de madurez creativa.



Portada de la revista *Asturias*, n.º 334, 1921.

A Julio Peinado (Valladolid, 1869 - Gijón, 1940) lo consideró Montoto como "amigo y maestro"; el segundo calificativo que venía a resaltar la deuda que su formación tanto fotográfica como cinematográfica tenía con el fotógrafo vallisoletano.

Peinado forma parte de una extensa familia estrechamente relacionada con la fotografía que estará activa en Asturias desde fines del siglo XIX.

En 1883 abre estudio en Gijón su padre Juan Peinado, originario de Madrid e instalado en Valladolid entre 1865 y 1871. Allí casará con Rafaela Alonso San José, viuda del grabador y también fotógrafo francés Enrique Marquerié, quien tras estar establecido en la capital del Reino se trasladará a esa ciudad castellana en 1855. De ese primer matrimonio nacería Enrique Marquerié Alonso, quien en 1887 ya trabaja como fotógrafo autónomo en Gijón. Otro miembro de esta familia que ejerció en nuestra región en ese mismo periodo fue Julio Alonso, que durante una etapa tiene estudio en Oviedo.

Es lógico pensar que Julio Peinado realizó su aprendizaje en el seno familiar; sin embargo, sus primeros pasos como profesional están ligados a la apertura en Gijón de una sucursal de la "Sociedad Electro-Fotográfica", dirigida por Antonio M. Quiroga.

Quiroga, de probable origen gallego, es un ambulante a gran escala. En 1891, cuando se da a conocer en Asturias, la Sociedad tenía la sede central en Málaga; y a lo largo de esa década abrirá otros establecimientos en El Ferrol, Madrid, Zamora, Salamanca, Toro, Oviedo y La Coruña. Pronto fijará el domicilio social en Gijón, nombrando en 1897 a Peinado como representante en "propiedad administrativa". En 1899 Quiroga abandona nuestra región, adquiriendo su gabinete Julio Peinado y Justino Laverdure, que se asociarán, firmando en esta primera etapa como "Sucesores de Quiroga".

La relación mercantil de Peinado y Laverdure finaliza en 1902. A partir de entonces Peinado se convertirá en el retratista más famoso del momen-

to, teniendo estudio y taller con varios colaboradores; a la vez que compagina la estricta labor profesional con la creación artística, centrada en el marco estético del pictorialismo y en las escenas alegóricas, utilizando las técnicas en boga como el bromóleo y las gomas bicromatadas. Con ellas participaría en gran número de exposiciones y concursos como las Exposiciones Nacionales de Fotografía celebradas en Madrid y Bilbao en 1905 o la Exposición de Fotografía del Círculo de Bellas Artes de Madrid (1915), en las que obtendría diferentes premios y menciones. En el ámbito regional, concurrió a la Exposición Regional de 1899 y, al menos, a la IV Exposición de Fotografía del Ateneo Obrero de Gijón (1925), en la que presentó retratos al bromóleo y paisajes, logrando un segundo premio en la sección de retrato, siendo además miembro del jurado en otras convocatorias de dicho certamen.

Peinado se dedicó también a la enseñanza de la fotografía en la "Sociedad de Laboratorios", fundada en Gijón en 1902 por Antonio Camino Díaz, pero resulta difícil suponer, dados los antecedentes señalados, que entre los alumnos, generalmente estudiantes y obreros especializados, se encontrase Modesto Montoto.

Aunque Peinado fue ante todo un fotógrafo de estudio, no dejó por ello de cultivar otras facetas. El paisaje también captó su atención, si bien marginalmente, y desde luego no participó de la corriente reporteril y gráfica en la que se enmarca la obra de Montoto. Trabajo de cierta envergadura en el campo del paisajismo asturiano fue el encargo que recibió en 1923 por parte del gobernador civil Pablo Nobell para realizar una serie de fotografías de "lugares pintorescos" situados entre Avilés y Castropol. Esta tarea, consistente en resaltar los sitios más representativos y atractivos con un afán propagandístico, sería la que realizase con creces indirectamente Modesto Montoto a través de sus obras reproducidas en el semanario *Asturias de La Habana*.

Si la trayectoria de Julio Peinado se caracteriza por su total entrega a la fotografía, la de Montoto, pese a esas concomitancias, tiene la sin-

gularidad de su permanente status de aficionado junto a tentativas, más o menos circunstanciales, de profesionalización, tal como ocurrirá con la colaboración cinematográfica que llevan a cabo en la película *Bajo las nieblas de Asturias*, una aventura artística y empresarial cuyo éxito se confiaba en gran medida a su aceptación por parte de la colonia asturiana de Cuba.

Hacer la América.

Fotografía y cine para la emigración

Modesto Montoto emigró a su manera. Y lo hizo sin moverse de Asturias, con solo encontrar un medio difusor impreso interesado en su producción fotográfica.

El auténtico espaldarazo a la posibilidad de divulgar su obra y de conseguir algún beneficio económico le llegará de la mano de la revista *Asturias*, subtitulada *Revista Gráfica Semanal*, editada en La Habana y que comenzó su andadura el 2 de agosto de 1914 con una tirada de cuatro mil ejemplares y el propósito fundamental de informar a la colonia asturiana de la Isla.

Dicho semanario era el continuador de la prensa gráfica asturiana en Cuba cuyos orígenes están en distintos periódicos y revistas existentes a fines del XIX como *La Asturias Pintoresca*, *El Correo de Asturias*, que se ilustraba con fototipias, o *El Heraldo de Asturias*, que lo hacía con gran número de fotograbados. Ya en nuestro siglo, y como antecedentes inmediatos dentro del modelo contemporáneo de publicación, cabe citar *Asturias en América*, *Crónica de Asturias*, en la que en 1911 se insertan fotografías de Montoto, ambas fundadas en 1907, y otras como *El Progreso de Asturias* o *Norte* surgidas con posterioridad al *Asturias*. No fue éste un fenómeno exclusivamente cubano, aunque sí tuvo en aquella Isla una especial incidencia. Así, en la Argentina se editaron con semejantes esquemas *Heraldo de Asturias*, *Covadonga* (Órgano del Centro Asturiano de Buenos Aires), y *Crónica de Asturias*.

La línea editorial de *Asturias* quedaba reflejada



Julio Peinado, *Autorretrato*, 1924. (Cortesía de Laura G. Peinado).

en la cabecera de su primer número como resumen de sus objetivos y contenidos: “Vida asturiana de allende y aquende, jiras, sociedad, literatura, arte e información completa y general/Propaganda y divulgación de nuestros progresos y grandezas: La defensa regional./Enciclopedia plástica y textual: Todo por Asturias, todo por su porvenir”. En ese sentido, hacía hincapié tanto en la información sobre las actividades de las distintas organizaciones y colectivos de la emigración asturiana como en noticias de carácter local referidas a los diferentes concejos de la región; pero resaltaba sobre todo su condición de revista ilustrada utilizando como reclamo el que cada número incluyese “cuarenta fotografías inéditas de Asturias”.

Ese copioso material gráfico era de origen diverso. Un gran número de las fotografías tenía como

tema actos sociales y festivos de los diferentes colectivos asturianos de Cuba. También gozaban de gran protagonismo los retratos familiares, normalmente de niños, ya fuese de miembros establecidos en la Isla o de aquellos que residiesen en Asturias, sirviendo la fotografía como instrumento para mantener vivos unos vínculos afectivos que eran reforzados al hacerse públicos a través de la reproducción gráfica masiva. Un tercer bloque de fotografías estaba dedicado sobre todo al paisaje rural y urbano de la región como medio de afianzar en el lector una identificación con la tierra nativa que lejos de desvanecerse resultaba fortalecida por la añoranza.

Es en este último conjunto donde la aportación de Montoto y otros fotógrafos locales adquiere mayor relieve, al transmitir por medio de su obra aquellos acontecimientos que como las fiestas patronales o las ferias representaban el aspecto más amable y distendido de la vida comunitaria, plasmando en las imágenes el lento y pacífico discurrir de la existencia en las villas y aldeas asturianas, a cuyas ansias de progreso y modernización tanto contribuirían todos aquellos que habían tomado el camino de la emigración con el fin de romper con su estancamiento personal y la falta de expectativas profesionales y laborales.

Montoto comprendió perfectamente el papel jugado por la fotografía como resorte psicológico de la nostalgia y la identidad y el cometido fundamental que desempeñaba el fotógrafo como intermediario en ese proceso, a lo que se añadía su profundo conocimiento de la sociedad rural asturiana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes establecidos en Infiesto y residente más tarde en Villamayor, Modesto Montoto se imbuyó desde su infancia del ambiente de su medio natal y su posterior dedicación al comercio de la manteca y la manzana de sidra para las empresas de la familia de su esposa Adosinda Arias le permitió ampliar e intensificar ese conocimiento del mundo agrario gracias a sus viajes por toda la región, captándolo con rica y personal mirada en sus fotografías.

Su producción a lo largo de los años diez estuvo condicionada en gran medida por esa vin-

culación profesional a la revista *Asturias*, que ya desde su primera colaboración firmada: una panorámica del barrio de San Pelayo de Grao que se reproduce en el número 7 -La Habana, 13 de septiembre de 1914- constituye un completísimo repertorio que transmite certeramente esa visión de la Asturias de principios de siglo; siendo a la vez una fuente de ingresos económicos nada despreciables, teniendo en cuenta que el fotógrafo-comerciante era cabeza de una numerosa familia.

De ese modo Montoto se convirtió en el fotógrafo por excelencia de la revista *Asturias*, encabezando una nómina de reporteros gráficos en la que le seguiría, por la cantidad de obras reproducidas, Manuel García Alonso, establecido en Avilés, quien ayudado por Francisco G. Robés circunscribía su ámbito de actuación a dicha villa y concejos limítrofes. Junto a ellos colaboraron en mucha menor medida otro gran número de profesionales como M. Abad (La Felguera), G. del Valle (Langreo), Membiela (Cangas del Narcea), Cándido García (Llanes) y Feliciano Pardo (Oviedo). El resto de la información gráfica provenía de aficionados locales y de muchos emigrantes que de regreso temporal a Asturias realizaban gran número de fotografías con las que volvían a Cuba.

El protagonismo de Montoto era reconocido por la propia revista, que en un artículo titulado "Los de Casa: Modesto Montoto" (La Habana, 25 de noviembre de 1917), le rendía tributo "... como hombre que sabe que se merece el honor de salir en estas páginas, que tanto avaloró él con su brillante colaboración. Hay que decirlo: *Asturias* le rinde con gusto este homenaje...". El mismo semanario se haría eco a través de sus corresponsales de sus desplazamientos o ausencias, como lo hace el de Caravia apesadumbrado por no poder enviar imágenes de las fiestas de Santiago: "... Avisamos al señor Montoto, fotógrafo de la revista, y nos contestó muy atentamente, que vendría otro día, pero que el que le indicábamos le era imposible por ser domingo..." (La Habana, 13 de octubre de 1918).



Fotograma de la película *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

La trayectoria de *Asturias* finaliza en 1922, pero no por ello acabaría esa especial relación del fotógrafo con Cuba y su prensa gráfica. A fines de 1923 es nombrado corresponsal artístico de la revista *Atlántica*, cuyo primer número estaba previsto que apareciese en La Habana a principios del año siguiente. Su labor no se limitaría solamente a nuestra región, sino que se extendería también, y en un primer momento, a León, Santander, País Vasco y Navarra, estando obligado a enviar mensualmente un total de ciento cincuenta fotografías de las siete provincias. Más adelante su cometido tuvo ámbito nacional y a lo largo de 1924 tenemos constancia de viajes efectuados a Madrid, Castilla, Andalucía y Galicia. En rigor, la función de Montoto era más bien comercial, por cuanto esos desplazamientos tenían como fin primordial adquirir vistas de esas regiones realizadas por otros profesionales y por las que él, a su vez, cobraba comi-

sión. Labor dificultosa, tal como confesaba el propio Montoto: “Ando loco buscando fotos”.

Su intensa relación con Peinado trascendía del estricto campo de lo fotográfico y fue la causa de que sintiese también fascinación por la cinematografía, teniendo en cuenta asimismo aquel mercado ya más real que potencial que era la emigración.

Juan Bonifacio Lorenzo ha destacado en su estudio sobre el origen del cine en Asturias como en nuestra región se experimenta un proceso de paso del medio fotográfico al cinematográfico parangonable al que se produce a nivel mundial.

Desde la temprana incursión de Antonio M. Quiroga, en cuyo estudio se revelaría en 1897 la película *Vista del Campo Valdés*, tomada a la salida de misa de doce de la Iglesia de San Pedro, fil-

mada por Marqués y Acevedo; otros fotógrafos profesionales y aficionados como Arturo Truan Vaamonde, Gerardo Bustillo, Laureano Vinck, Manuel G. Alonso y Adolfo Llavona Venta sintieron atracción por el nuevo medio, jugando un importantísimo papel en esos primeros tiempos de la cinematografía asturiana.

Pero sería sobre todo Julio Peinado el que se dedicase con mayor frecuencia y continuidad a este tipo de trabajos. Con él colaboró estrechamente el fotógrafo Javier Sánchez Manteola (1877-1938), quien se debió iniciar en la fotografía en el periodo de asociación entre Peinado y Laverdure, permaneciendo después con este último hasta 1904, fecha en la que se independiza y ocupa el estudio de la calle Corrida nº 37, anunciándose como "Sucesor de Laverdure". La prensa gijonesa atribuyó a Manteola el rodaje de varias cintas de una gira a La Guía celebrada en 1907, año en el que hay constancia de su estancia en algunas villas asturianas efectuando filmaciones que luego proyectaba con motivo de las fiestas locales, participando simultáneamente con Peinado en otros proyectos cinematográficos.

La dedicación al cine de Peinado, que fue representante de la casa francesa "Pathé Frères", culminará con el film argumental *Bajo las nieblas de Asturias*, rodado en 1926 y primera producción de la sociedad "Asturias Film", domiciliada en Oviedo y cuyos socios eran Montoto y él mismo. Con guión del propio Julio Peinado y dirigida por Manuel Noriega, la película era, en palabras de Montoto, "Un pretexto para llevar de la mano al espectador por esta hermosa tierra asturiana y que contemple los más bellos y diversos paisajes de mar y montaña, entre los cuales vivimos". No queda suficientemente claro el concurso técnico en ella de Montoto, que en declaraciones a la prensa afirmaba que todos los méritos se debían a Peinado, aunque sí debieron ser fundamentales sus aportaciones artísticas, sobre todo en la elección de localizaciones y en la configuración definitiva de los personajes, todo ello dentro de esa estética basada en la belleza natural de Asturias en la que

se mezclan los objetivos de promoción turística, entonces tan en boga, con la sincera alabanza y exaltación del paisaje y el elemento humano.

Al margen de su calidad e interés, sus productores habían pensado exhibir la película en Cuba en la seguridad que sería acogida con "cariño y entusiasmo", reportándoles beneficios económicos. No eran pioneros en el descubrimiento e incursión en ese mercado, pues ya en 1923 la editorial "Celso Film" había proyectado en Gijón una cinta de "asuntos gallegos y asturianos" realizada con destino a América y por aquella misma época la junta directiva del Centro Asturiano de Buenos Aires había acordado filmar una película que con el título *Los Asturianos* mostrase con amplitud el importante papel que desempeñaba nuestra colonia en la Argentina. En el caso de *Bajo las nieblas de Asturias* ese propósito estaba seguramente basado en el éxito y aceptación que había tenido Montoto con sus fotografías.

Sin embargo, el viaje de promoción que efectuó a Cuba a fines de 1927, no solo de ese film argumental, sino también de otros de carácter documental que incidían en el tema del paisaje, como *Covadonga*, *Concejos y Llanes y su concejo*, no obtuvo el éxito económico esperado, aunque sí la cálida acogida de un público que asistió emocionado a las proyecciones, tal como lo refleja el propio Montoto en el interesante diario de su estancia en la isla caribeña.



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

Temas y estilo

El medio social y cultural en la que nace y se desarrolla la afición a la fotografía de Montoto es importante a la hora de analizar el conjunto de su obra. Por de pronto, nunca será un profesional según el modelo entonces imperante, sino más bien un aficionado que acaba deviniendo en profesional tras un singular proceso en el que su labor fotográfica no tendrá que supeditarse a la demanda mayoritaria de la clientela que tiene en todas las variantes del retrato su eje básico. Por el contrario, su público será plural y anónimo, vitalmente alejado del cotidiano acontecer de la región e inmerso en otras coordenadas culturales y económicas y, precisamente por ello, necesitado y deseoso de imágenes que le ayuden a mantener el vínculo espiritual con la que es su tierra. En ese tipo de obras el retrato quedaba generalmente descartado por ser una práctica normalizada en las relaciones entre el emigrante y su familia; pero el paisaje, que es el marco fundamental en el que se desarrollan las quimeras y los sueños de lo perdido y lo recuperado, necesita de una sensibilidad especial, susceptible de percibirlo e interpretarlo para transmitirlo tal y como el emigrante desea mantener vivo en el recuerdo.

Y es aquí donde Modesto Montoto cumple perfectamente ese papel de intérprete capaz de satisfacer una demanda colectiva, y por lo tanto variopinta, que gira obsesivamente sobre Asturias, sobre su paisaje y sus pueblos; pero atendiendo también a ese progreso que se manifiesta sobre todo en villas y ciudades y que es otro de los motores espirituales de la emigración en cuanto refleja el papel que ésta juega en su desarrollo.

En un principio el paisaje es para Montoto lo inmediato, fundamentalmente la vida tradicional de Villamayor: las fiestas, el carnaval, el mercado, los juegos infantiles. Su propia actividad comercial y la amistad con Saturio Azcoitia amplían los horizontes temáticos gracias a los viajes de trabajo y al excursionismo: los paisajes de montaña, la recreación en el detalle y la mira-

da sobre lo humano, sobre aquellos que ejecutan los trabajos tradicionales y que son componentes fundamentales del medio. Es curioso observar la coincidencia de temas y resultados estilísticos de Montoto y Azcoitia cuando se contemplan algunas de las fotografías de éste último; pero en aquel las composiciones y los retratos de tipos populares adquieren una importancia que va desde la espontaneidad hasta la recreación de escenas.

Esa innata curiosidad de Montoto se manifiesta también en su interés por esos hombres y mujeres que por su personalidad singular se convierten precisamente en referentes, al ser el contrapunto a una normalidad aceptada, de una colectividad que ve en ellos a lo curioso, lo risible, lo exótico o lo extravagante: pobres, santeiros, vagabundos, copleros, alienados, etc.; constituyendo un género fotográfico ya clásico en aquella época que contaba con significativos antecedentes en el ámbito regional, como Marquerie que en 1890, en su obra de tema local, se ocupaba “Desde el picaresco pilluelo vestido con más andrajos que ropa, hasta la maliciosa cigarrera que sale de la fábrica derramando sal por esas calles de Dios; desde el fatigado campesino... hasta los perezosos playos...”.

Mucho más representativa en ese aspecto es la rica serie de retratos de estudio de tipos populares de Llanes realizada también a fines del siglo XIX por el fotógrafo llanisco Baltasar Cue Fernández.

Montoto, del mismo modo que hace una penetrante descripción literaria de distintos personajes en sus textos memorialísticos, como por ejemplo en sus recuerdos del internado de Valdediós o en los referidos al ambiente de Villamayor, utiliza la fotografía para dejar constancia de ellos, continuando estilísticamente esa línea de atracción por lo popular en su manifestación más extrema o pintoresca, caracterizada por la naturalidad de los retratos.

No es posible hablar de una “galería de retratos” en la concepción decimonónica, dadas las



M. Montoto, *Procesión del Carmen*, en Ceceda (Nava), hacia 1915. (Cortesía de Beatriz Mateos Cocaña).

escasas muestras que han llegado a nosotros de la ya de por sí exigua producción en dicho apartado, pero son lo suficientemente demostrativas de que ese tipo de obras interesaba tanto al fotógrafo como a los lectores de la revista *Asturias* que reprodujo en portada, entre otros, los retratos de “Pin, el truchero” (1914) y “El Tío de los Calendarios” (1915), haciéndolo en páginas interiores con el de “Pin de la Cueva”.

No lo haría, que sepamos, con el de “Bautista y La Nana”, al que parece ser Montoto consideraba una de sus mejores fotografías. Resulta curiosa esta valoración por parte del propio autor cuando dentro de las concepciones técnicas de la época se podría considerar en cierta medida una obra fracasada, al quedar desvirtuada la imagen por el movimiento que realizó La Nana de llevarse la mano izquierda al talle en el momento de la expo-

sición. Probablemente tuviese en cuenta al hacer esa afirmación su indiscutible interés documental y su identificación con los personajes retratados que, con sus sonrisas y mansedumbre, concitaban la simpatía del espectador; pero la naturalidad que perseguía el fotógrafo con ese retrato hecho en la calle, aunque libre de cualquier tipo de ambiente o decorado y siguiendo con la frontalidad estricta el esquema compositivo más primitivo del género, queriendo con todo ello resaltar única y exclusivamente a los retratados, tiene a nuestros ojos un atractivo similar al del instante de su realización, a la postre fallida por esa incompleta armonización técnica en la perfección de la imagen que reclamaba en aquella época la concepción artística de la fotografía.

Donde Montoto se ajusta plenamente al modelo establecido es en las obras de temática

costumbrista, en esas “escenas populares y típicas” o “cuadros de costumbres”, tal como se definían a las composiciones que recreaban ambientes de la vida popular cuyos antecedentes se hallan en la pintura y la ilustración y que, salvo algunas excepciones, encontraron en las colecciones de tarjetas postales su medio de difusión mayoritario.

Tres obras de ese tipo presentó Montoto a la III Exposición Fotográfica del Ateneo Obrero de Gijón, celebrada en 1924: *Mazando*, *Filando* y *Cabruñando*, títulos de por sí suficientemente descriptivos de la temática tratada.

Probablemente *Filando* se corresponda con *Filanderas en Borines*, fechada en 1915 y que resume bien las características de esta clase de obras. En una quintana, junto a un hórreo, un grupo de aldeanas se ocupa en la tarea de hilar. Lo ficticio se revela en la disposición del propio conjunto, en un escenario tópico; pero sobre todo en la impecable pulcritud del atuendo de las retratadas que denota la excepcionalidad del momento, ahora recreado y lejos de la naturalidad cotidiana de ese trabajo femenino.

Esa artificiosidad desaparece en lo que es el grueso de la producción de Montoto: Los paisajes de Asturias, que serán objeto de una edición de tarjetas postales realizada en Bilbao hacia 1915 por el propio autor que incluía vistas panorámicas de toda la región.

La demanda de material documental para la prensa gráfica que le hizo recorrer toda la región tiene en su obra tres vertientes básicas: las fiestas religiosas y profanas, los mercados y las vistas de los principales villas y pueblos.

El fotógrafo no sólo cumplirá aquí la simple tarea de plasmar la realidad, sino que lo hace con una clara personalidad artística que refleja, paralelamente, la progresiva depuración de su técnica. Las amplias perspectivas obtenidas a partir de un eje, generalmente una calle, una carretera o el



Portada de la revista *Asturias*, n.º 31, 1915.

mismo ferrocarril, es el recurso más común que emplea; mientras que los detalles que fijan su atención siempre son captados en su mismo ambiente, como medio de resaltarlos y vincularlos con una realidad más rica.

Pero la consecución de esa esencia de Asturias, ese retratar un paisaje físico y humano más allá del tópico pintoresco, se logra plenamente en el gran número de fotografías dedicadas a las fiestas rurales y a los mercados, a los que Montoto parece identificar con la definición más genuina de nuestros caracteres colectivos, entre las devociones y las ocupaciones; caminando en el presente hacia otro horizonte pero sin renunciar aún al pasado.

FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA

AUTORRETRATO

A mi hija Carmina, definitivamente aquí,
a mi lado.

EL ABUELO

A la memoria de mi tía Carmina,
sin el candil de su bondad anónima
apenas puedo caminar por esta selva tropical.

EL NIETO

PRIMERA PALABRAS

El día 8 de setiembre de 1950, viernes, día de la Santina, la prensa asturiana resalta las proezas de las piraguas parraguesas, Vigarú I, tripulada por Fausto Dory y Roberto Callarga, y la Sin Prisa, de los hermanos Peruyero, en la VI Regata de Villaviciosa. El Real Gijón se desplaza a la ciudad de Soria para enfrentarse al Numancia. Y cierra lo deportivo, la excelente actuación del jinete, Sr. Goyoaga, que montando su yegua favorita, «Menorca», se adjudica el III Concurso Hípico de Oviedo. Sirve de portada una noticia de ámbito internacional en la que se reitera por parte de la prensa de la cadena norteamericana SCRIPP HOWARD la necesidad de la ayuda española ante el peligro rojo: «Necesitamos la ayuda de España si hemos de resistir a la agresión comunista armada. A su vez, España necesita de nuestra ayuda

para convertirse en aliado eficaz.» El teatro Campoamor estrena «No hasta ser charro» (Apta a todos los públicos) con la actuación del inigualable Jorge Negrete, el simpático Chicote y las melodiosas voces del Trío Calaveras. Y en anuncios por palabras destaca en letra negrita, letra de angustia, la siguiente misiva: «Éxtraviose perro pointer, atiende por Zar, color hígado y blanco. Gratificación Bar Azul. Oviedo.»

También hay una esquela de tamaño mediano en la página de las esquelas: Don Modesto Montoto Alvarez (Terciario Dominicó), falleció a los 74 años de edad y será enterrado en el cementerio de san Pedro de los Arcos tras el funeral que tendrá lugar a las once de la mañana en San Juan la Real.

Creo que la prensa hizo justicia a la voluntad del abuelo; había muerto un Terciario Dominicó. Noticia de esquela a pagar por la familia. Suficiente. Hoy, después de cuarenta y cuatro años, sale a la palestra su quehacer fotográfico junto a sus escritos. Y se le rinde un homenaje póstumo, en silencio, sin aspavientos ni champagne a los postres, como a él le hubiera gustado: en familia. Para el abuelo Asturias era una gran casa con corredor, llena de rapacinos, paisanos y mueres de tiroides abultado. Porque Asturias fue su casa y los asturianos algo más que sus paisanos.

Gracias a que los recuerdos no se diluyen en la atmósfera y a veces tienen la fortuna de ir a parar sobre azoteas de buen pensar. Los que lo deseen podrán admirar sus fotografías y recrearse en su legado literario. Gracias a Xuacu López y a Crabiffosse, perdigueros sin igual a la hora de rastrear en la historia gráfica asturiana; a Luis Montoto y su empeño por mejorar lo perfecto; y a un servidor, nieto incordión, que se tomó la licencia de arreglar sus escritos y darles una forma que se aleje del consabido nació, vivió, murió y esto nos dejó.

Este coro, con su director al frente, Modesto Montoto, agradecen a los que hicieron posible el final feliz de este mamómetro.

Y que lo disfruten con salud.

* * *

El abuelo y yo nos miramos todos los días. Por encima y a la derecha de la pantalla de ordenador, fuera del rayo luminoso de mi flexo, en la penumbra de una pared indigesta de recuerdos, los ojos de búho del abuelo me miran como los de la Gioconda, me siguen allí donde deambulan los míos, como alertándome. Cuando nos contemplamos algo más de la cuenta, no puedo evitar la sensación de que, en realidad, el autorretrato de mi abuelo no es el de un abuelo cualquiera, sino de la conciencia de un patriarca impercedero a la que el mago Merlin le ha devuelto la vida en dos dimensiones y quizá algo más, la voz, por ejemplo.

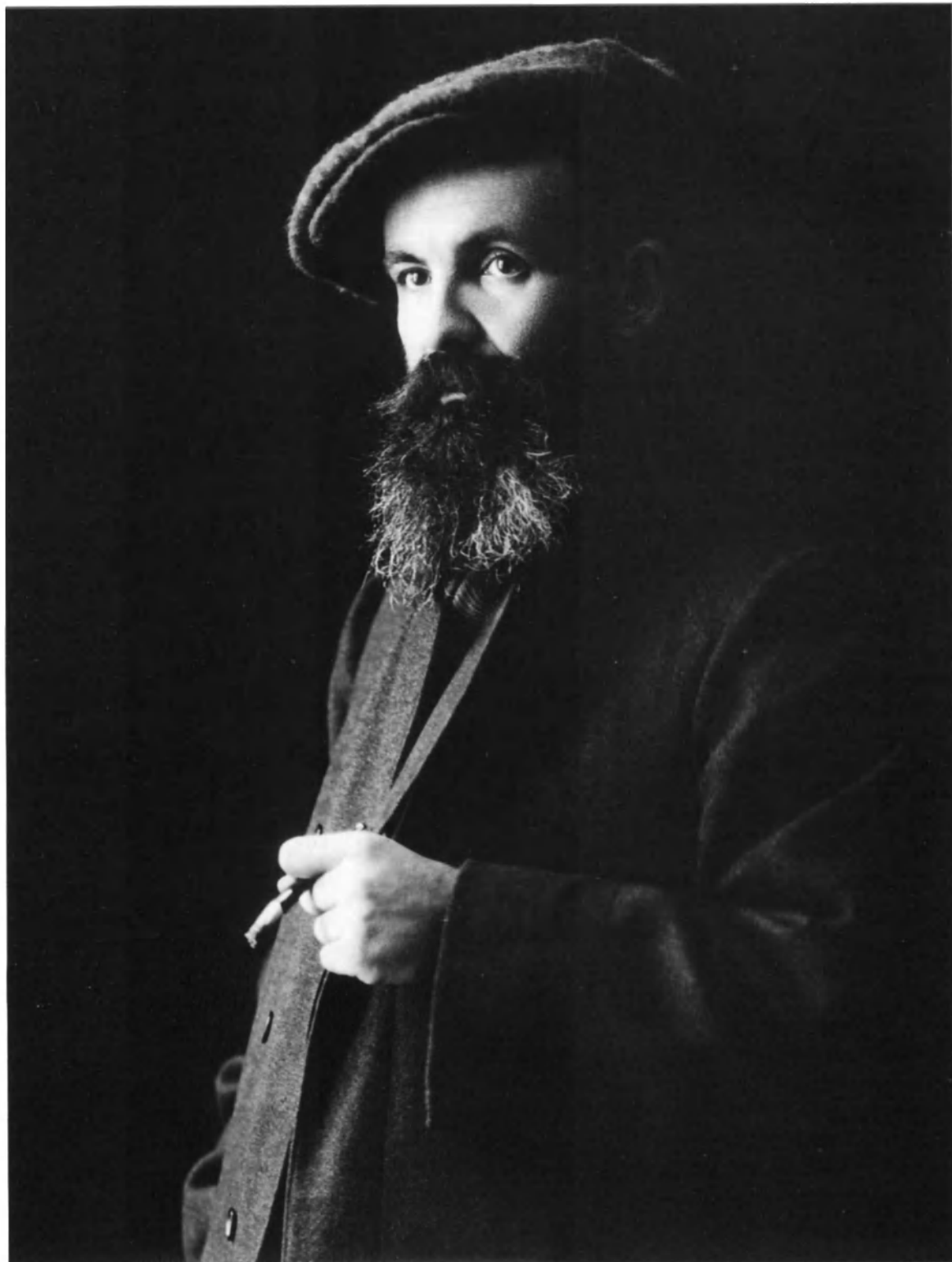
Y, hoy, que empiezo a teclear las primeras líneas sobre sus andanzas y correrías, aventuras y desventuras, encantos y desencantos, veo cómo el abuelo Modesto, gracias de nuevo a la magia de Merlin, lleva el cigarillo que siempre sostuvo entre los dedos de su mano izquierda hasta los labios, enclaustrados tras su barba valleinclanesca, y aspira una gran bocanada de cuarterón. Luego, sin excesivos miramientos hacia su nieto, expele todo el humo de sus pulmones y me anega en una atmósfera que, además de hacerme toser y soltar unas lágrimas, me lo borra de escena. Fue en ese instante cuando oí su voz, es la voz de una aparición que

sale a tropicónes del fondo de una garganta profunda dejando una estela de múltiples ecos:

Templa la pluma, rapaz, y no te acobardes ante el papel en blanco, escribe con serenidad y buena letra, recuerda la que usé yo en vida. No le tengas tampoco miedo a la memoria, que si te falla, siempre tendrás la imaginación, que no es mal recurso si se usa con mesura. Y Dios no te lo tendrá en cuenta, ni siquiera será pecado venial. Mirad, queridos nietos, yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo daros, ya os lo di, que es un archivo fotográfico, mi propia retina, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si sabéis daros maña podéis con su riqueza granjear un poco más de tierra, y quién sabe si también un poco de cielo.

La niebla tusígena se disipó y el abuelo, dentro del marco negro de su autorretrato, volvió a esa quietud de patriarca inmortalizado: la mirada de siempre bajo su gorra, la barba poblada y salpicada de canas, su abrigo gris de un paño grueso y bohemio, y el cigarillo otra vez en actitud de descansar. Las palabras del abuelo, mejor dicho de su autorretrato, me recordaron aquellos sabios consejos que don Quijote dio a Sancho, sólo que en vez de una ínsula, los nietos del abuelo Modesto recibíamos en herencia una retina repleta de imágenes sin sombras. Llenas de tanto contenido que bien pudieran por sí solas hacer que la historia no esté obligada a hablar en pasado y sí en un continuo presente.

No fue el mago Merlin el responsable de aquella aparición, estoy convencido, fue la propia magia que encierra el autorretrato. Cuando un gran artista se plasma a sí mismo deja algo más que una firma, rubrica la obra con el garabato de su alma. Y en uso de sus facultades, las del alma, el lienzo o el papel se convierte en un pequeño cerebro capaz de preservar la memoria, entender lo que pasa a su alrededor, y una voluntad, que si es preciso, y en el caso del abuelo lo fue, hasta se le otorga el don de la palabra. Pensar que la cosa



Modesto Montoto. *Autorretrato*, hacia 1914.

es así, que los fantasmas hablan y que no son tan terribles como la tradición los pinta, me tranquiliza. Y para poder continuar, querido abuelo, mantente cerca de mí, en tu autorretrato, vigilante, y si ves que en algún momento comienzo a recorrer un sendero errático, que no te importe, y aunque me asfixie, atízame con otra bocanada de este maldito tabaco que fumas y oblígame a rectificar. Te ruego que no me abandones, por el bien de la familia. Gracias anticipadas, abuelo.

– De nada, nieto, así que empieza a tomar nota de lo que yo te diga.

– ¿Qué dices? ¡Ah, eso sí que no! Yo no hago de amanuense ni...ni para mi abuelo. Ni hablar del peluquín.

Está claro que no es aconsejable convivir con el autorretrato de un abuelo. Al final, la cosa acaba en autobiografía:

«Esta mañana me miré al espejo...»

Esta mañana me miré al espejo, muy de cerca, tanto que mis narices dieron con él. La intención no era otra que observar los resultados de la endemoniada y torturadora maquinilla de afeitar eléctrica que mi hijo Justo me trajo de Puerto Rico. En honor a la verdad he de decir que deja la sota-barba a medio pelo y a costa de un sufrimiento desmedido, no corta los pelos: ¡los arranca! Lo siento por los americanos, y más por mi hijo Justo, que con tanta ilusión me trajo el obsequio. Y cuando uno busca una cosa, encuentra lo que no quiere. Además de comprobar el mal rasurado del artillugio americano, comprobé lo que el padre Agustín me había comentado ayer. Ya en la sacristía, después de ayudarlo a misa de siete, me dijo que veía en mi piel un color raro, tirando a macilento, y que el blanco de mis ojos tornaba al amarillo. Pues sí, en efecto, tengo las conjuntivas amarillo canario, en términos médicos se denomina *ictericia*. Los aldeanos dicen «*tiricia*». Una paisanina de Borines, a la que le hice algunos trámites burocráticos en el Ayuntamiento de Piloña, me insistía hasta la saciedad: «Ay, don Modesto, apúrese en arreglame los papeles, que con esta *tiricia*

que me está matando voy dir pal otro barriu con todo fechu una trampa, y buenes fieres vienen detrás». Se lo diré a mi hijo Fernando que está de médico en San Claudio. ¿No le llegó la hora a la aldeana de Borines? Pues, ahora admítelo Modesto, te toca a ti. Y no debo asustarme, no tengo por qué, tampoco debo dar muestras de debilidad, ni acobardarme ante el sufrimiento que se avecina. Más que nunca debo tener presente la imagen de Nuestro Señor Jesucristo padeciendo en la cruz para redimir a sus hijos.

Adosinda, mi buena esposa, también mostró preocupación por mi aspecto. Simulé no darle más valor a sus observaciones que las propias de una mujer preocupada en demasía por su esposo. La única razón de mi desmejoramiento, si es que tal existe, le dije, es el frío que soporto todas las mañanas ayudando a la primera misa de los reverendos padres Carmelitas, la de la siete, la que celebra el padre Agustín. ¡Ay, Señor, las mujeres! No me regaña diciendo que qué necesidad tengo yo de madrugar tanto y pasar esas penalidades. ¡Recontra! Mira que hablar de penalidades cuando sabe lo que significa para mí la santa Misa, el momento más sublime del día y por eso voy y seguiré yendo a primera hora, a los maitines, contra viento y marea. Quizá debí buscar otra disculpa a mi aspecto que se torna ya enfermizo. Amarillo o verde, me da igual, mientras el cuerpo aguante, pienso seguir al pie del cañón.

Los días son cada vez más grandes. Me detuve unos minutos para contemplar cómo la primavera, tímidamente, quería entrar en acción: los árboles perennifolios apenas cambiaron su magistral porte, pero los caducifolios comenzaban a abrir su ramaje y a poblarse de hojas jóvenes. Demasiada primavera para ser la última y no debo recrearme excesivamente en las cosas bellas de este mundo.

Ni yo, ni mi padre espiritual, fray Agustín, sacamos el tema de mi nuevo tinte. Le ayudé a quitarse la casulla y luego pusimos algo de orden en la sacristía. Apenas cruzamos más palabras de las necesarias, hay cosas tan evidentes que no merece

la pena insistir en ellas. Y hablaremos, claro que hablaremos, con quién mejor se puede hablar que con tu padre espiritual en la última primavera.

Antes de volver a la casa di un largo paseo por el parque de San Francisco, bajo los majestuosos álamos. No podía borrar de la mente a la paisana de Borines. Dos meses duró. Me reconfortó el pensar, y que Dios perdone este acto de soberbia, que yo tenía algo más que los papeles arreglados; sin embargo, a la aldeana le obsesionaban las fieras que vendrían detrás. Sería injusto quejarme a estas alturas de mi vida. Que nadie vaya a pensar que fue un camino de rosas. Pero, al final, en la etapa más importante, ese tiempo donde los ancianos, por desgracia e inhumanidad, además de enfermos solemos quedar solos, a este cristiano le asisten los suyos y lo hacen con auténtico cariño, como el de la canción, que ni se compra ni se vende. No es falsa modestia, no merezco tanto.

En la zona del parque San Francisco que le dicen el Bombé me crucé con el pirulero. ¡Qué afán el de ese hombre! Si aún no hay paseantes por el parque y mucho menos esos diablillos golosos que gustan tanto de comprar los afamados pirulís de La Habana. Pecando de indiscreto, le pregunté al buen hombre cuál era la razón de aquella premura en abrir su negocio. El hombre dejó sobre el suelo la saca con los dulces y, con un acento que a mí se me antoja de emigrante a Méjico, me dijo que la pu... de la barquillera siempre le cogía el mejor sitio, y me señaló un punto, muy próximo a la jaula de los osos Petra y Perico. «Y por mis muertos que hoy no me lo quita», me dijo. «Al que madruga, Dios le ayuda» le dije. Y también le recordé que no era de buen cristiano jurar en vano, y menos hacerlo por sus muertos. Algo farfulló, en tono arisco, y se marchó presto a ubicar su negocio. Llegué luego hasta la fuente del Caracol y bebí con ansia, debe ser cosa de la ictericia, el agua me supo a gloria, tan cristalina y tan fresca. Cerca de la fuente está el quiosco de la Chucha, especie de cornucopia cuya arquitectura remeda a la casa de los enanitos del cuento de Blancanieves. El negocio de la Chucha hace las delicias a grandes y pequeños: a unos, con los

Ideales, ¡bendita nicotina!; y a los otros, con la más variada y sugerente gama de «llambionaes» que dispuestas en tarros de cristal, alcanzan una altura que sobrepasa con creces la de la buena vendedora. La Chucha no madruga, ella tiene el puesto fijo, no como el pobre pirulero. La que sí estaba montando el tenderete era la Torera, mi colega fotógrafa abría una sábana blanca que le serviría de telón de fondo a sus pésimos retratos y, justo al lado, un caballito de madera pintado de marrón cuyas crines en rojo carmín mostraban el poco gusto de la dama en el arte de combinar colores. Alguien me comentó que lo de apodarla la Torera tenía su motivo, y es que por despecho, en un trance amoroso propio de juventud, ya llovió desde entonces, se lanzó al ruedo, de espontánea, en una de las corridas de las fiestas de la Ascensión. Opino que hubiera hecho mejor carrera como torera que como fotógrafo. ¡Dios del Amor bendito, qué manera de retratar! Saludé a mi colega y antes que insinuara que posara para ella, propuesta que en otra ocasión me había hecho, salí como una centella hacia el paseo de la Rosaleda. Unos días más y aquel versallesco pasillo se cubrirá de rosas. Se insinúan unos capullos pletóricos, son los cogollos de una primavera que arranca con energía. Y yo no estaré para disfrutar de ella. Me consuela el hecho de haber disfrutado más de setenta estaciones floridas. Cerré los ojos y aspiré profundamente, y el Señor obró el milagro, me adelantó un trozo de primavera, sentí el frescor de la Rosaleda y su aroma de plena efervescencia. Gracias, Señor.

Sindina me tenía preparado un desayuno portentoso. Hice de tripas corazón y lo comí casi todo. No tengo apetito. Y como viene siendo costumbre, los periódicos, «Región» y «La Nueva España», me los subió la fámula Alejandrina, tarde, mal y nunca. No hay manera, desde que esta potranca piloñona llegó a esta casa, se leen los periódicos cuando a la señora le viene en gana. De nada sirven ya las reprimendas de un anciano, ¡recontra! Esta mañana ni siquiera fui consciente del retraso. No me revolvió la hiel la terquedad de Alejandrina, tenía la mente en otra parte, fuera del alcance del

mundo de los mortales, quizá dándole vueltas a la aldeana de Borines. Esta apatía que empiezo a observar por lo que me rodea, exclusión hecha de los de casa, sólo la puede explicar la enfermedad, será otro síntoma de la ictericia. Como si el Señor en su infinita bondad dirigiera el pensamiento del que entra en la recta final hacia uno mismo. «yo ya soy yo», se escucha como eco de caverna donde sólo la voz de la conciencia tiene la exclusiva del monólogo final, y suena a gregoriano, a esa espiritualidad que nos acerca más a Él.

Tu abuelo, este humilde pecador, siempre quiso estar a bien con Dios, y de paso con los hombres, que lo uno no puede desligarse de lo otro, y es menester revisar y volver sobre el camino andado.

Antes de empezar, he de hacerte una confesión, hasta hoy no se lo dije a nadie, ni a tu abuela que descansa a mi lado, la cosa es que más afición que tuve por plasmar la realidad en placas fotográficas la tuve por dejarla escrita. En mi vida terrenal fui escritor vergonzante, mis manuscritos siguen escondidos, como un tesoro muy personal cuyo único valor reside en lo inédito, lo que es valor literario, más bien poco, o nada, para qué engañarse. ¿Qué diría el ínclito don Alfonso Camín de mi obra literaria? No quiero ni pensarlo. De mis fotos, las que se publicaban en la Revista Asturias, llegó a decir en el Diario de la Marina de Cuba que eran costumbristas, haciendo del costumbrismo grave delito. No le quise dar más oportunidades al modernismo revolucionario del que hacía gala don Alfonso, con las babayadas que dijo sobre mis fotos y el film tuvo bastante. Sin embargo, ahora, que todos mis críticos son como yo, fantasmas del mismo pasado, es el momento de airearlos. Busca mis manuscritos y, si la polilla o las musarañas no dieron buena cuenta de ellos, tú, al menos, ténlos en cuenta. Sube al desván de la casa de tu madre, verás las cajas donde guardé las placas de mis fotografías, pues las susodichas cajas tienen un doble fondo, ahí los encontrarás.

Sabes que me gusta madrugar, mañana bien

temprano, a eso de las siete de la mañana te quiero ver de nuevo aporreando ese invento.

Son la siete de la mañana. Decido poner el compact. La música gregoriana de los monjes de Silos y sus cánticos interminables crearan una atmósfera propicia, acorde con la religiosidad del abuelo. Yo sabía que algo me apilas sí que era, y lo digo sin ánimo de ofender, pero fue algo más, el abuelo fue un cura frustrado.

Ayer, después de rehacerme del impacto que supuso este primer encuentro hablado con el abuelo, salí corriendo hacia el desván, pedí las llaves a mi madre, se sorprendió por la agitación que mostraba, no quise dar ninguna explicación, y subí como un cohete. Los desvanes huelen a tesoro enmohecido, porque en todos los desvanes, como en las islas del trópico, siempre se esconde algún tesoro. Es cuestión de buscar, o que te lo revele el autorretrato de tu abuelo, eso último resulta más complejo, y desde luego en ningún caso se debe comentar. Confieso que, mientras sacaba las placas de cristal para llegar al doble fondo de las cajas, las manos me temblaban y me hacía la pregunta de si no estaría siendo víctima de un serio trastorno mental en el que el fenómeno alucinatorio fuera el síntoma de comienzo. Pero no, allí estaban los manuscritos del abuelo, ¡el tesoro!, varios cuadernos de pasta gruesa, apaisados, con las hojas numeradas y una letra de plumilla perfecta, propia de un escribiente de notaría, algo picadas por la polilla, como un queso gruyere, pero perfectamente legibles. Pasé revista a los títulos de los cuadernos: «Diario de Cuba», «Efemérides», «Caxigalines», «Infancia en el monasterio de Valdediós», «Diccionario del bable de Piloña», etc. Solté un ¡juju! tan fuerte que debió llegar vía hueco de la escalera a todo el vecindario. Y claro, mi madre subió a ver qué pasaba. Le enseñé el hallazgo. ¿Cómo diste con todo esto?, me preguntó. Le dije que había sido una corazonada. ¿Cómo decirle la verdad?

No me hizo falta madrugar porque no me fui a la cama, pasé la noche en vela leyendo los cuadernos del abuelo. Estoy sorprendido. Y mira tú

quién habla de madrugar. Aquí estoy yo al pie del PC con las primeras luces del día, y él aún no se ha dignado a dar señales de vida.

Buenos días, nieto, me entristece pensar que eres un solemne mequetrefe, porque los fantasmas no pueden solmenar un buen sopapo, que si no te ibas a acordar del autorretrato de tu abuelo una temporada. Mira que llamarme ¡meapilas! ¿Qué entenderá este carajillo por el ejercicio de la piedad? ¡Ay, Señor, qué tiempo éste que al hombre pío le ponen el triste apodo de meapilas! Voy a dar por zanjado el incidente, y advierto al personal que si falta de nuevo el respeto a estas barbas, pediré permiso al Todopoderoso para que este fantasma del autorretrato se transforme en materia el tiempo suficiente de darte una patada en el culo. Y volvamos a lo que realmente importa.

Los días que siguieron a la instauración de mi nuevo tinte amarillo, cada vez más evidente, similar al de la aldeana de Borines que en los últimos días parecía un canario, procuré por todos los medios vivir como siempre, sin alterar el ritmo del quehacer cotidiano. Intento demostrar a los míos que la enfermedad no debe alterar para nada el curso de las cosas de nuestro mundo, que la enfermedad que conducirá a la muerte es lógica y comprensible si se entiende que obedece al dictado de un destino perfectamente diseñado por Dios, y de nada sirve la tenaz oposición de muchos hombres. No me opuse a que Fernandín y mis otros hijos hicieran todo lo posible para una hipotética curación. El afamado doctor don Joaquín García Morán, muy versado en la cirugía del aparato digestivo, uno de los mejores del reino de España, dio con mi mal en un abrir y cerrar de ojos: cáncer de páncreas. Pronóstico: ¡fatal! La sentencia del afamado galeno frenó cualquier esfuerzo añadido que mis buenos hijos pudieran hacer para librar a su padre de la muerte. Se resignaron a que llevara una enfermedad lo más dignamente posible y aceptaron que había llegado la hora de entregar mi alma a Dios.

Como dije, no alteré en absoluto mi forma de vida, hasta que mi estado de salud lo permitió,

seguí haciendo las veces de monaguillo del padre Agustín, mi confesor, en la misa de siete. No abandoné mis paseos por el parque de San Francisco, eso sí, más cortitos cada día. Sólo pude anotar un cambio, y es mi falta de interés por las noticias de la prensa. Y cosa curiosa, casi paradójica, se despertó en mí un desmedido interés por escribir, por dejar ese testimonio a plumilla de los mil recuerdos, buenos y malos, afortunados o desafortunados, quise recuperar ese tiempo que la mantequilla y la fotografía me robaron. ¿Por dónde empezar? La cuestión no ofrecía duda, por el principio, por los primeros renglones de la primera página de una vida: tiempo de la ternura. A pesar de la arteriosclerosis y la ictericia, este anciano recordaba ese tiempo con tanta frescura que resultaba imposible que en su relato se escape el más mínimo detalle.

Modesto Montoto, vuestro humilde servidor, nació el 1 de Octubre de 1875, que según reza en el calendario Zaragozano, fue un Lunes, día de santa Teresa del Niño Jesús, del santo Angel Custodio de España y de san Prisco, también sé por el mismo documento que el sol ese día salió a las seis horas y veintinueve minutos y se puso a las diecisiete cuarenta y tres. Nací en Infiesto, capital del concejo de Piloña, y una de las villas más florecientes de Asturias. No hay mercado, a excepción hecha del de Pola de Siero, que iguale al de los lunes de Infiesto. La actividad comercial de Infiesto hizo prosperar el negocio de mis padres, Francisco y Maximina. En los Ultramarinos de Francisco Montoto, como en botica, había un poco de todo, en ellos podría encontrar el ama de casa el saín y les meches, el paisano los libritos de Sardón y de Raspail, la vieja un buen refaxu de bayeta y unes zapatillos de Grado, y para la moza casadera el mejor vestíu de cretona, sin olvidar que los aldeanos podían abastecerse con los mejores aperos de labranza y los mejores piensos de la comarca. La economía de mi casa no era precisamente raquítica, aunque tampoco era para tirar la casa por la ventana, pues, muchas, muchísimas horas de trabajo echaban mis padres en la tienda, eran auténticos esclavos. Conocían bien el valor

del dinero: sudores y preocupaciones abondo. Y con ese buen ejemplo, y mejor espíritu cristiano, mis buenos padres nos educaron a mí, que fui el primogénito, a mi hermano Manuel, y a las hermanas Paz y Rosario. Por Manuel siempre tuve un sentimiento doble, a partes iguales se mezclaban envidia y admiración. Su sabiduría, su tenacidad en el estudio, y su afán de santidad, le llevaron nada más ni nada menos que a ser Vicario General de los Dominicos.

¡Dios te bendiga, Manuel! Y acuérdate en tus oraciones, allí donde estés, de tu hermano Modesto, y, de paso, también de la paisanina de Borines.

Hasta los once años viví con mis padres, bajo su amable y, en ocasiones, férrea tutela. Cosa que no es de imputar, más bien de agradecer. ¿De qué me hubiera servido el haber sido un golfillo, como los que tuve ocasión de conocer, y que hoy son un desecho humano, víctimas de todos esos vicios que corrompen nuestra sociedad? ¿Cuánto pagarían esos pobres por haber tenido la fortuna de recibir una educación como la mía? Posiblemente, más de lo que dilapidaron en mujeres y licores. Cumplidos los once años, mi padre decidió que fuera al Monasterio de Valdediós para estudiar el Bachiller.

RECUERDOS DEL COLEGIO DE VALDEDIÓS (1886 - 1889)

Todo un chaval era yo, once años, cuando empecé el bachillerato en Valdediós. No está de más el consignar que fui travieso en grado superlativo, siendo muy capaz, en mi inconsciencia infantil, de jugársela al mismísimo director del colegio delante de sus barbas. Los castigos menudeaban que era un primor, parecíanme entonces inquisitoriales; hoy, por el contrario, creo fundadamente que fueron en extremo benignos, por aquello de que más, mucho más, merecía el santo.

El profesorado era de lo mejor: cultos, amables y amantes de los colegiales. No podré olvidar

mientras viva —y ahora que estoy muerto, tampoco— los nombres de don Eugenio Junquera, don Baldomero Inclán, don Herminio Luis Hería, don Pedro Caneja, don Salustiano Villazón, don Claudio Fernández Vega, don Jenaro Cuervo, don Julián Bayón y don Fernando Martínez, al popularísimo anciano don Fernandín, mayordomo del colegio.

Muchas picardihuelas podría contarles, sería el cuento de nunca acabar, vayan, no obstante, algunas inocentadas cuyo recuerdo, unido al consiguiente y bien merecido pescozón de mis instructores, vivirá siempre en mí.

Cómo fumé *el primer pitillo*, se relata a continuación. Don Herminio Luis Hería pasaba entre los colegiales por un santo varón —y lo era de verdad—, buenazo, que no sabía pegar, así como, don Claudio Fernández Vega era el terror de grandes y chicos. «Me llamo Claudio —nos dijo en la primera ocasión que le vimos— y he de ser un Nerón para ustedes».

Al día siguiente de llegar al colegio me dijo Estebán Rebollos, de Sama, estudiante de cuarto curso:

— ¿Cómo te llamas?

— Modesto Montoto.

— ¿De dónde eres?

— De Infiesto.

— Bueno, Montotín, vamos a fumar al excusado.

— Yo nunca fumé.

— Calla la boca, tontín, aquí fumamos todos, a escondidas. Anda, ven, verás cuántos están allí fumando.

Bajamos las escaleras, lúgubres como ellas solas, y llegamos a los retretes, pasillo largo y en penumbra, con «cabinas» a uno y a otro lado, y, efectivamente, no menos de treinta mozos echaban humo hasta por los ojos. Rebollos me ofreció un emboquillado, que acepté y encendí como pude, yo también empecé a echar humo y...a toser.



Modesto Montoto, *Claustro del monasterio de Valdediós*, hacia 1915.

Cuando más ensimismados estábamos, una silueta negra apareció por el hueco de la puerta y una voz estentórea que ordenaba:

– ¡Vayan saliendo de uno en uno!

– ¡Don Claudio! –gritaron los antiguos, con una expresión en el rostro que yo bien pensé que se trataba del mismísimo demonio.

– ¡Que vayan saliendo! –insistió, más enfurecido si cabe.

Yo, inocente de mí, fui el que rompió filas sin la menor precaución, llegué a la puerta y ¡plaf!... aún me duele el bofetón.

– ¡Ay, maaaa!

– ¡La mamá se la voy a dar yo a usted! –y me suelta otro de propina.

No me quedaron más ganas de fumar, por el momento.

¿Qué era la *frugal colación*? Lo supe enseguida. Sopa de engrudo, garbanzos, habas y un trocito de carne del puchero, a medio día; sopa «infumable» –jamás la comía nadie– y una raquítica chuleta o un huevo duro en salsa o un chorizo frito del tamaño del dedo pulgar o una taza de leche, a la noche. Esos eran los menús del colegio, un día sí y otro también, durante los nueve meses consecutivos del parto académico o curso.

Cenábamos una noche de cuaresma, vigilados por el entonces director don Baldomero Inclán. Imponía gran respeto, nadie osaba hablar. Pero al sentarse en la mesa de los profesores y ordenar al fámulo Cué que le sirviera la cena, comenzó a oírse un runrún muy sospechoso, con más intensidad en las mesas de los mayores. Vimos pasar, humeante y apetitosa, una fuente de sopa de la que don Baldomero se sirvió un platiquin hasta los bordes; luego, otra fuente de bacalao con unas doradas patatinas fritas, a la que hizo los honores

cumplidamente, y, por último, una manzana como la cabeza de un chico. Mientras que el director banqueteara, los mayores seguíamos comentando la pantagruélica cena, ni siquiera las furibundas miradas de don Baldomero nos hicieron callar. Cansado, al fin, se dirigió a nosotros malhumoradamente:

— ¿Es que no van a dejarme hacer la colación en paz?

— ¡Chachos! ¿La co...la...ción? —dije yo *sotto voce*.

— Oye, Montoto —se dirigió a mí el director— ¿Y a la noche?

— Hombre, no sé, a la noche se podrá tomar como una onza, según dice el Padre Astete. Aunque usted, don Baldomero, puede ser que tenga bula especial o dispensa del Papa, porque lo de usted pasa del kilo.

— ¡Majadero! —se levantó y vino hasta mi mesa— ¿Aún sigue usted hablando?

— ¡Ay, ay, ay! —grité por el dolor que producía el tremendo tirón de pelos al que me estaba sometiendo el director— Es que les estaba diciendo que si nos permitiera ayunar como usted el resto de la cuaresma.

Lo dice bien claro el refrán: *El que roba a un ladrón, tiene cien días de perdón*. Aunque fumar estaba terminantemente prohibido, considerábamos como robo a mano armada y con escalo —¡menudos legisladores estábamos hechos!— las periódicas *razzias* que los fámulos practicaban en nuestros baúles en busca de tabaco.

Una mañana, después de las clases, nos llama don Baldomero a voz en grito y nos hace asomar por las ventanas del claustro de piedra, y dice con mucha sorna:

— Miren, miren qué montón hay en el patio. ¡Ja, ja, ja!

Quedamos todos helados. En informe hacinaamiento veíanse cajetillas de todas las clases, libritos de papel de fumar, cajas de cerillas y hasta alguna

caja de habanos. A una señal de «Torquemada», un fámulo roció el montón con petróleo y le dio fuego.

— ¡Ladrones! ¡Inquisidores! —las voces salían de nuestras gargantas al tiempo que los profesores se destornillaban de la risa.

Pasó algún tiempo, el suficiente para que el olvido permitiera la venganza. Los colegiales formábamos dos secciones: los *chicos*, de primero, segundo y tercer año; y los *bachilleres*, de cuarto y quinto año. Era por el mes de Abril, y los bachilleres idearon cobrar el famoso montón de triste recuerdo. Muy cara les salió la cobranza, pero se resarcieron con creces. Nunca pudimos averiguar cómo se las arreglaron los chicos, pero lo cierto fue que fabricaron una ganzúa o algo que se le pareciera, con ella entraron a la Sala del Obispo, que así le llamábamos al lugar donde solían tomar el café los profesores, y allí se pasaron buenas noches, desde las diez a las doce, tomando copas de licor, fumando buenos cigarros, comiendo los chorizos de la despensa... ¡qué sé yo cuánto más!

Una de las noches la juerga debió ser monumental, salieron de la Sala del Obispo todos borrachos y, claro está, se descubrió el pastel. Fueron siete los expulsados del colegio. ¡Pero cobramos el tabaco!, decían los infelices. Los chicos, en nuestra inconsciencia argüíamos así: ¡El que roba a un ladrón, tiene cien días de perdón!

Fue un castigo ejemplar: nos quedamos *¡sin sopa!* Cuando llegaba un nuevo profesor a Valdediós, lo primero de todo era prepararle la novatada. Entre las más sonadas que recuerdo, fue sin duda la que le propinamos a don Julián Bayón. De corazón noble, bueuísimo en toda la extensión de la palabra, reunía las condiciones apetecidas para sacarle de quicio. Dios me lo perdone, yo fui el que más guerra le dio.

— ¡Huuu...! —el aullido salía de un extremo de la sala de estudios.

— ¡Niños, caramba, sean ustedes buenos!

— ¡Huuu...! —del extremo opuesto.

– ¡Pero, niños...!

Y así, veinte o treinta minutos, todas las noches, durante una semana, incluso un mes. Ya quedó dicho más atrás que la sopa de la cena jamás osaba probarla estudiante alguno, sin mirarla ni tampoco menospreciarla volvía por sus fueros y méritos a la cocina. Cándido Carrio, de Gijón, hoy cura párroco, era entonces un estudiante de quinto año, mocetón ya y con visos de hombre formal, aunque en ocasiones las apariencias engañan. Cansado el bueno de don Julián de bregar con nosotros se dirigió una noche a Carrio y le dijo:

– ¿Como se llama usted?

– Res... Restituto.

Carcajada y jolgorio general.

– Bueno, don Restituto, como persona seria que es, dígame cuál pudiera ser un castigo ejemplar, el que más pueda dolerle a estos chicos, a ver si aplicandóselo se callan de una vez.

– Castíguelos sin sopa, don Julián –le dijo Carrio al oído con esa cara beatífica que gustaba, y serio como un colchón.

– ¡Usted, y usted, sin sopa!

De nuevo, carcajada general.

– ¡Y usted, y ustedes dos, y aquellos cuatro, sin sopa!

Fue el delirio.

– Se ríen, ¿eh? Pues, sepan ustedes que, a excepción de don Restituto, ¡sin sopa todo el mundo! Vamos a ver quién puede más, ¡caramba!

La algazara que se armó fue de las que hacen época. ante castigo tan ejemplar: quedarnos ¡sin sopa!

De la sopa de Valdediós pudiera hablar largo y tendido, lo que nunca podrá imaginar el lector es que, en una ocasión, nos fue de gran utilidad para chantajear vilmente al profesorado.

No recuerdo la judiada que habían hecho los

mayores, o sea, los bachilleres. El caso fue que, por su causa, nos castigaron a todos los colegiales casi sin merienda: un trocito de pan y seis nueces. Con ello, ni el más desganado tenía para un diente. ¡Qué alboroto! ¡Menudas protestas! Y qué estoica resignación, de otro lado inexplicable, gastaban los bachilleres. Pronto, muy pronto, nos dieron ellos la solución al problema.

– No os apuréis por tan poco, chavales –nos dijeron–. Veréis, esta noche cenaremos nosotros la sopa hasta más no poder, haremos de tripas corazón, y teniendo en cuenta que, dada la poca aceptación que tiene el engrudo, suelen preparar-la escasa, es de preveer que faltará para la mitad de los colegiales. Vosotros pedid la sopa gritando, pedidla sin parar, golpead los vasos, ruido, mucho ruido. No habiendo sopa, se sentirán avergonzados y es posible que algo bueno salga de la despensa, algo que guardaréis, ¡eh!, para repartir con nosotros que, a fin de cuentas, seremos los que tragaremos el aguachirle.

Pues bien, llegó la hora de cenar, y empiezan a servir a los mayores, como es costumbre. Algún valiente vuelca la fuente.

– ¡Sopa, Cué! –le gritan al fámulo.

– ¡Caray, qué ganas tenéis!

– Ay, chico, no merendamos.

– ¡Sopa, sopa y soopa! –reclamábamos con insistencia los pequeños mostrando mucha impaciencia –¡soopa, soopa, enseguida, queremos sopa!

Tal como se preveía, faltó el rico engrudo para las dos terceras partes del colegio. Se llamó al señor director para resolver el conflicto.

– Aquí hay un complot –entró diciendo al comedor–. ¡Ay, como descubra al responsable! Pero, bueno, a los que no hayan comido la sopa, les daremos doce nueces a cada uno.

La merienda estaba cobrada, repartimos las nueces, y a alguno le oí decir:

– ¡Chacho, se me van a pegar les tripes!

Otra novatada insigne fue la del *muñeco*. Hizo sus primeras armas don Genaro Cuervo vigilando una noche en la sala de estudio. Apenas habíamos iniciado el consiguiente «huuu...», cuando se para en seco y nos espeta:

– Antes que profesor, fui siete años colegial, aquí, en Valdediós, de modo y manera que soy más antiguo en el colegio que cualquiera de ustedes y me conozco las martingalas al dedillo. Sigán con el ruidito ése y verán cómo lo concluyo enseñada.

¡Santo remedio! Jamás volvimos a reincidir. Sin embargo, los bachilleres no se resignaban a que pasara sin su obligada novatada. Todo era cuestión de esperar, de encontrar el momento y el lugar. Y llegaron las Navidades, vacaciones que pasábamos en el colegio, entre la holganza y la continua diversión. Por las noches nos entreteníamos en la sala de estudio jugando a la lotería de cartones. Una de aquellas noches, aprovechando el silencio de los claustros, los bachilleres decidieron torear a don Genaro.

Al otro lado de la sala de estudio se encontraba el archivo, al que conducía una escalera. Los terribles bachilleres colocaron en mitad de ésta un muñeco formado por palitroques, ropas viejas embutidas con paja y una careta, talmente parecía un muchacho sentado. Para mayor verismo, le colocaron un pitillo en la boca, que unido a un tubo de goma permitía al individuo que se colocara bajo la escalera darle al chupeu. El claustro se encontraba a oscuras, el menguado reflejo que salía de la sala de estudio les permitió obrar a sus anchas.

Cuando vieron llegado el momento, encendieron el pitillo con una cerilla para llamar la atención de don Genaro. Se dio la orden de chupeu y, ¡ah!, ¡un chico fumando! El profesor salió disparado, llegó al pie de la escalera:

– ¿Qué hace usted? ¡Baje de ahí inmediatamente!

Una chupada.

– ¡Sinvergüenza! ¡Mal educado! ¡Baje usted!

Nueva chupadita.

En un par de saltos, don Genaro llega al osado, momento que aprovechan los autores de la trama para huir. Don Genaro le da un puntapié al muñeco y le hace rodar escaleras abajo. No contento con eso, baja tras él propinándole una cachetina de padre y muy señor mío entre denuestos y voces. Pero, ¿qué cosa más rara?, el muchacho ni se queja ni se mueve. ¡Ay, Santo Dios, a que me he pasado! Tembloroso don Genaro enciende un fósforo, ve aquello y...

– ¡La novatada! –claman cien voces desde la oscuridad del claustro.

Se puso tremendamente furioso, no sé cómo no nos mató. Pero se la llevó, ¡vamos, hombre!, menudos pintas estábamos hechos los colegiales de Valdediós.

Permítame el paciente lector que dedique algunas palabras a esos personajes que convivieron con nosotros en aquella época dorada de Valdediós. Sin ellos, la época en vez de dorada se hubiera quedado en gris marengo.

Nuestra suministradora del vicio, *la estanquera de San Pedro de Ambás* era una vieyina que tenía su establecimiento al lado de la carretera, parada obligatoria de los colegiales en los paseos de los jueves y los domingos. Sobre la puerta del estanco-chigre se veía el simbólico ramo verde junto a la banderita roja y blanca dando guardia de honor a una menguada tablilla en la que se leía, aquél que supiera griego, algo así como: ES-TAN-CONACIONAL. En un extremo de la fachada había un azulejo incrustado con la inscripción: San Pedro de Ambás, Concejo de Villaviciosa. Un buen día, en uno de nuestros paseos, un alumno leyó en alta voz:

– Parroquia de San Pedro de Ambas...

– Non se diz Ambas –saltó de inmediato, punto ofendida la estanquera– ¿Non sabes más, neñín?

– Pues se dice Ambas, muyerina, Ambas...

– ¡Arreniego del enemigo, mal añu pa él!
¡Ambás, mentecatucu, que ye Ambás toa la vida!
¡El demoi del pixín!

Los que allí presenciábamos el sainete, gritamos a coro:

– ¡Ambas. Ambas, santina de Dios, que se dice Ambas!

– ¡Llinguateros! ¿Non vos aprenden más en el colegio?

– Ambas. Ambas. Ambas...

– ¡Ambás. Ambás. Ambás, y cuidau me llemo...!

– Bueno –dije yo, dominando el tumulto –¿con que es Ambás?

– Sí, señor. Ambás. Ambás.

– Pues en este estanco no se vuelve a comprar más tabaco.

– ¡Ay, mante! Puede ser que se diga Ambas, fíu del corazón, tenci presente que yo soy una probe y non estudié como vosotros.

Nadie supo jamás su nombre de pila, por *Carretón* respondía, y *Carretón* le decíamos todos, incluso los profesores, y *Carretón* fue siempre. Alto, moreno, entrado en años, con sotabarba y un paveru que jamás abandonaba. Era el comerciante único y exclusivo del colegio, el ordinario entre Valdediós y Gijón, el que una vez a la semana, los domingos, era recibido en triunfo apoteósico por todos los colegiales: «*Carretón*, ¿taésme la pelota?»; «*Carretón*, ¿los lápices de color?»; «*Carretón*, ¿la boina que te encargué?»; «*Carretón*, ¿la peonza?»; «*Carretón*...»

– ¡Callá co...nejo! Vaes acabame e'ol nombre. Tené pacencia que aquí está tóu, que non se me olvidó nada.

Y la peonza, los lápices, la pelota, boínas, calcetines, alpargatas. ¡qué sé yo!, pasaban en un santiamén desde las alforjas de *Carretón* a nuestras manos.

– *Carretón*, qué fea es la pelota, yo la quería de rayas azules.

– Píntales tú, que bastante folgarás por ahí.

– *Carretón*, esta peonza tiene el ferrón torcido.

– Enderéchalu con los dientes.

– *Carretón*, esta boina es grande, mira.

– Pa cuando crezcas.

– *Carretón*, la mía es pequeña, no me cabe.

– Corta el pelu, rapaz, que paeces un xabalín.

Pagar adelantado y carillo, sí; pero, cambiar la mercancía... ¡ni a tres tirones! Para todos había disculpas.

Después de entregados los encargos, se ponía a vender dulces en una cesta de «banielles» (parece que la estoy viendo). La mercancía que no conseguía vender, la reservaba para el domingo siguiente en un cuartucho del primer descanso de la escalera principal, a mano derecha. La llave, una señora llave de tamaño descomunal, la guardaba el hombre entre la faja.

Aquel cuartín era mi pesadilla. Tan cerca de los dulces, toda la semana, y no poder echarles el guante. ¿Sería pecado? Creo que cogiendo unos pocos de cada vez, no. Merecía la pena someter la duda a consulta. Así que reuní a la peña. Nuestra peña la conformábamos Manolo Pedregal, hoy magistrado, y Antonio Moreno, que ejerce de abogado en la actualidad, también estaba Germán Carballo y Vera, de Manila, aunque oriundo de Piloña, y yo. Los tres fueron, naturalmente, mis consultores y cómplices.

– ¡Chachos, podíamos comer unos dulces sin costarnos nada!

– ¿Con la memoria? Tú sueñas. ¿Dónde están?

– En el cuarto del *Carretón*.

– ¡Pues menuda llave se gasta el tío!

– Por bien poco os *apuráis*.

– ¿Cómo vamos a abrir la puerta? ¿De una patada?

– Con una ganzúa bien hecha –les di la solución.

Y nos procuramos un alambre grueso, y vueltas para un lado, y vueltas para el otro, y la ganzúa hecha, y la ganzúa nos abrió las puertas de la Gloria. Mas ahora empezaban mis escrúpulos de monja novicia.

– ¡Chachos! ¿Será pecado?

– Mira éste, más pecado es lo que él nos cobra de más.

– Bueno, al menos, cogeremos pocos dulces de cada vez y sólo los jueves –dije, para tranquilizar la conciencia.

– Eso sí, porque de lo contrario podría darse cuenta.

Eramos pocos, tres caramelos para cada uno, o sea, doce semanales, durante casi todo el curso. Un día le oímos decir al Carretón:

– ¡Conejo! ¡Había de jurar que aquí faltan dulces!

– Pues si te parece pequeña la llave que gastas –le dije– pon guardias, chacho.

Viejo, pequeño, rechoncho, con cara de pocos amigos, así era *Culerada*, el maestro carpintero de Valdediós. Su taller, al final del claustro de piedra, inaccesible para nosotros, estaba siempre cerrado a cal y canto: ¡sus razones tendría el hombre para ello! En vano llamábamos al portón, ya podíamos desgañitarnos, ni súplicas, ni ruegos, nada, que no abría. Si una pizarra se desencolaba, si se rompía una regla comprábamos otra y asunto concluido. Pero, ¿es que el ogro iba a salirse siempre con la suya? Aunque tenía oídos de tísico, se hacía el sordo, única manera, a su ver, de que nos largáramos con la música para otra parte. ¿Marcharnos así, de cualquier manera? ¡Quiá! Aplicábamos la boca al ojo de la cerradura y gritábamos a la vez que poníamos pies en polvorosa: ¡Cu-le-raaa-da!

Abría entonces el portón, y si no andabas listo, un mazo, un cepillo, un pedazo de madera, podría proporcionarte un buen chichón.

Albano, pobre infeliz, pobre chillado. Se titulaba astrónomo, casi un Flammarion. Vivía en las afueras del colegio y en cuanto nos atisbaba en el campo, allí le teníamos ipso facto. Le rodeábamos gustosos, solía llevarnos a un lugar estratégico y agradable en el que sus monólogos resultaban amenos –Academia se llama esa figura–, nos sentábamos en rededor suyo, sacaba un pañuelo con el que parecía enjugarse el sudor del rostro y empezaba la conferencia, escuchando nosotros con un silencio piadoso y mucha atención: ¡ay del que soltara el trapo o tratase de mofarse!

– Pues sí, rapazos, anoche estuvi oservando a Marte con el cañaveru y contei más de veinticinco canales, y eso que la Osa Mayor non me dejaba de velu del tou bien. Hasta vi debullir algo que pa mí debieren ser los hombrinos de allá: ¿non vos paéz?

– ¡Claro, Albano! Hoy la ciencia nos dice que Marte tiene hombrinos.

– Pues entonces yeren hombrinos, toy seguru. Después púsime a mirar la Luna, también pol cañaveru, y paeciome que talmente facia fegures, así como cigüñáes. Ella non tá un momentu quieta, allí debe haber algún.

– Serán los volcanes en erupción. ¿No vio usted algo así como humareda?

– ¡Muncha! Y paeciome que saltaba daque piedra.

– ¡Justo, Albano, la lava!

– Pero la que me paez que tien menos estrelles qu'el año pasau ye la Vía Látea. Fai un año, ahora pa mayo, contéi más de trescientos, y en toes estes noches nunca paso de cientu catorce: debieren caer un buen puñau de elles.

– Figúrese usted, Albano, y concluirá por desaparecer.

– Tou puede suceder, non digo que non.

– Oiga, Albano, explíquenos el sistema de Copérnico.

– ¡Eso ye algo grande, rapazos! Verés, verés...

Y el hombre se entusiasmaba ensartando una de disparates, hacíamos lo imposible por contener la risa, pues, si alguno perdía los estribos...

– Bueno, bueno –decía malhumorado– entovía sois muy neños pa comprender ciertas coses.

Y levantaba la sesión. Reirse de él: ¡nunca!

Al pie de la carretera, en lo alto de la Campa, vivía en una choza una viejecita simpatiquísima, de ochenta o más años, se llamaba la *Alvarina*. Era la encargada de bajarnos al colegio los «recaos» que nos enviaban nuestras familias por el coche-corréo de Villaviciosa a Oviedo. Solían ser paquetes pequeños, por cada uno que nos traía, ella llevaba un estipendio, igual en todos los casos, de tres reales. En alguna ocasión, le preguntamos cómo se las arreglaba sola en aquella casuca tan pobre, y nos contestaba:

– Nunca falta Dios, neños. Con lo que me dáes a ganar y con les sobres de comida, que me da el cocineru, vivo tan guapamente y crío un gochín, fiyinos.

Todos queríamos a la Alvarina.

Otro de la misma clase que Albano, era el bueno de *Dámaso*. A él le protegían las Musas: era poeta. Cualquier motivo era válido para que Dámaso se pusiera a confeccionar sus versos: el santo del director o de los profesores, la apertura del curso, las vacaciones, etc. Todo lo cantaba aquel viejo en quilométricos romances, que nos leía en el campo con mucha prosopopeya y nosotros aplaudíamos con verdadero entusiasmo. Si no estuviera el pobre harto chiflado, le hubiéramos vuelto nosotros con las continuas alabanzas que le tributábamos. Como que –si no lo desbaratan los profesores– teníamos pensado coronarle solemnemente.

Recuerdo uno de los romances, dedicado al santo de don Baldomero: «Celebran los colegiales / el santo de don Baldomero / director muy entendido / de este antiguo colegio / vosotros, niños estudiosos...

¡Cuatro caras por el estilo! ¡Pobre Dámaso!

Una institución entre las vacas del colegio: ¡la Escola! Las únicas faldas de mujer llenas de moñica que se veían por los patios al amor de las cuardras. ¿Quién, sino ella, sabía cuándo la Morica estaba escosa, o cuándo la Estrella daba la nación o cuándo la Pinta salió toría? Nadie, nadie más que la vieja Escola. Porque aún no dije que pasaba de los sesenta abriles, soltera y en estado de merecer. Un carcamal.

La veíamos llevar las vacas al agua cada mañana, ella sola y sus compañeras las vacas, que pasaban de docena y media, y para todas tenía palabras amorosas, haciendo caso omiso de la aguijada. ¡Así la debieron querer las vacas!

– ¡Torna, Galana! ¡Anda, Pintina! ¡Aaaax, Cuquina!

Por las noches, después de catar, pasaba a la cocina en calidad de pincha. Mejor no verla en la susodicha tarea. Un día, haciendo albondiguillas para la cena, como la pasta le pegara a las palmas de las manos, no se le ocurrió otra cosa a la niña más que salivar aquéllas de vez en cuando, «pa que nidiara la pasta». Ninguno de los colegiales fuimos testigos de la excesiva delicadeza de la Escola (¡se las hacemos comer!), nos lo contó un fámulo. ¡Vayan ustedes a saber! Aunque donde se guisa para ciento cincuenta hombres, con un jefe de cocina de las trazas de nuestro «co...co...cocinero» (enseguida estoy con él), un pinche al que si se le exprime la ropa da grasa para todo el año, y una Escola, sucia de naturaleza, no sería de extrañar lo que el fámulo nos contó.

Ojos que no ven, corazón que no siente, eso por un lado; y del otro, la multitud de fagocitos, que según dicen llevamos en la sangre, nos defendían fielmente contra estos agentes patógenos. De lo contrario vuestro abuelo se hubiera muerto en la infancia, aquejado de una «escolatitis aguda».

Y ya estoy con él, con el cocinero. Tartamudo y de naturaleza extremadamente bruta. Cualidades que mostraba cuando le hacíamos burla. Llegábamos hasta la ventana, que desde el comedor daba a la cocina, y le preguntábamos:

– Co...co...cocinero, ¿qué ce...cenamos hoy?

– Co...co...conejo! ¡Vo ron..ron..rompete la cris...crisma!

Y había que andar listo para no recibir un patatazo.

Otras veces íbamos en plan de amigos.

– Cocinerín, dénos aquellas manzanas –le pedíamos en un tono casi lastimero.

– Non, ne...neños, que después sa...sábelo don Fer...Fernandín.

– ¡Qué va! Si sólo somos tres –insistíamos como pedigüeños de puerta de iglesia.

– To...tomá, ca...carajo, y mar...marchai –se compadecía. – Gra...gra...gracias, co...co...cinero –y de nuevo, con las manzanas en el bolso, volvíamos a la burla.

Patatas, pan duro, hasta los cazos salían volando en busca de nuestras inocentes cabecitas, pero se estrellaban en los marcos de las ventanas.

Interesado lo era, y mucho, redundando ésta su virtud en beneficio de los colegiales. En el monasterio de Valdediós los palomos podían contarse por cientos, de modo y manera que aunque guisáramos un par de cientos durante el curso, no se notaban en falta ni lo más mínimo. Los palomos sufrían en sus carnes la venganza por cualquier castigo que nos impusieran, como quedar sin paseo, por ejemplo. Tranquilamente, después del anochecer, desde las ventanas del claustro de piedra, cogíamos una parejita, les retorcíamos el pescuezo –¡pobres palomos!–, los desplumábamos en el retrete y al cocinero con ellos.

– ¡Chist! Cocinero, dos palomos para mañana por la tarde.

– ¿Con pa...patatines o so...solos?

– Con patatines pero sin mucha grasa, ¿eh?

Dos reales le dábamos al hacer el encargo, y a la tarde siguiente de los palomos no quedaban ni los huesos. Sólo entonces era el cocinero un gran paisano.

Sería una falta de cortesía, y de consideración el hecho de que, en este mamotreto sobre las aventuras y desventuras de un crío piloñés entre los claustros de Valdediós, no tuviera unas palabras, siempre buenas palabras, para sus maestros. Dicen que es de bien nacidos el ser agradecidos. Y un servidor lo está de corazón, pues, sin sus enseñanzas, a veces acompañadas de algún que otro mamporro, poco más que la «o» con un canuto sabría hacer este cristiano.

El director del colegio se llamaba *don Baldomero Inclán*. Por serios y respetables que sean algunos hombres, todos, sin excepción, tienen lacras que les impiden ser perfectos. Dejemos en paz al director, bueno e insustituible, y veamos a don Baldomero como profesor. Era alto, de una fuerza hercúlea, zarandeaba a un rapaz en el aire como si de un gato se tratara. Cuando a paso lento, fijaba su mirada de águila en la víctima y con una sonrisa, que nos helaba de espanto, se dirigía a uno de nosotros, el corazón dejaba de latir y se nos erizaba el cabello. Ello le emocionaba. Sobre él echaba la presa don Baldomero, son su especialidad: los amedrentados, que, a fin de cuentas, cualquiera de nosotros lo era en tales circunstancias. Soltaba un doble ¡majadero, majadero!, posaba sus manos sobre la cabeza del reo, no precisamente para absolverle, sino para alzarlo en vilo, lo zarandeaba y asunto concluido. En cambio, pegaba poco. ¿Que si lastimaba mucho? Hombre, qué le voy a contar, una vez aprendida la maturranga, o sea, colgándose de sus brazos, apenas se sentía el dolor. Lo malo era la fase de aprendizaje.

En las antípodas estaba *don Herminio Luis Hería*. Le llamábamos el cura-señorito: pulcro, atildado, elegante, nadie vestía como él grecas de seda y cuello del más rico terciopelo. De un carácter extraordinario, no sabía reñir, y mucho menos castigar. Sólo le vi una vez alzar la vara para dejarla caer, tímidamente, sobre las espaldas de Esteban el Grillo, por motivos que, en otro profesor, don Claudio, por ejemplo, hubieran sido más que suficientes para molerlo a palos. Don Herminio ejercía de vicedirector. ¿Les gustaría

saber cómo eran sus reprimendas? ¡Notables! Imagínese que vigilase en el comedor, y que en uno de los extremos de las mesas corridas yo estuviera hablando, cosa nada extraña. Pues bien, don Herminio se pararía a unos diez metros de mí, alzaría lentamente la cabeza, recorrería el cielo raso con la vista, luego la bajaría perpendicularmente a mi cabeza, entornando los párpados y soltando un prolongado ¡chist! Con todo y con eso, don Herminio era muy respetado.

¡Horror! ¡Furor! ¡Terror! Sólo con nombrar a «don Claudio», *don Claudio Fernández Vega*, nos poníamos a temblar, ¡qué digo a temblar, quedábamos paralizados de cuerpo entero! ¿Levantar la vista del libro cuando vigilaba en la sala de estudio? ¡Ni el más osado! Pehgraría seriamente nuestra integridad física. Díganse a la pierna de Meana, el de Gijón, o a las pobres narices de Jesús Villazón, el de Cudillero. Y, sin embargo, tenía un fondo inmejorable. Había ido a Roma, quería ver de cerca a S.S. León XIII. y todas las tardes, después de tomarnos la lección, naturalmente, nos hablaba con gran entusiasmo del Vaticano, de su Capilla Sixtina, también del Coliseo, las catacumbas, la Vía Appia, tanto nos contó de la gran ciudad que, a fin de curso, sabíamos más de la Roma cristiana y pagana que de la propia asignatura. En el trato particular, era don Claudio correcto y atento, pero...aquel bonete caído sobre el ojo derecho y aquella mirada, ¡quía!

El ídolo de los colegiales fue, sin ningún género de duda, *don Pedro Caneja*. Más que un profesor, parecía un compañero. Se pasaba la vida con nosotros. Con la sotana arremangada y atada a la cintura, jugaba a la pelota con Gasparín, montaba en bicicleta con Celedonio y corría por el claustro con los pequeños. Fíjense que hasta le pegábamos con «los manueles» por carnaval. Y mucho se reía don Pedro. Le queríamos con delirio.

En sus altercados, que también los teníamos, solía terminar la discusión diciendo: «Soy castellano por naturaleza y aunque vengan diez cañones por banda, no retrocedo».

Defendía a sus alumnos como si fueran sus

hijos (con perdón). En los exámenes de fin de curso, dos profesores del Instituto, que formaban tribunal con don Pedro, quisieron suspender a un muchacho que, azorado, no contestó ni palabra. La discusión entre los miembros del tribunal fue acaloradísima, y don Pedro zanjó la cuestión: «¡Yo no firmo, que firme el bonete!». Y se salió con la suya.

Don Salustiano Villazón nos inculcó las materias de Literatura e Historia Universal con gran maestría, no exenta de alguna que otra bofetada. En dichas asignaturas no hubo suspensos. Vigilaba los estudios con muy malas pulgas, así que le guardábamos grandes consideraciones. El geniecillo que gastaba no era para andar con bromas. Su manera de ser era muy particular. Aquella mirada de felino, sonrisa irónica en demasía y el bonete caído sobre las cejas, no eran precisamente detalles que inspirasen confianza. Cumplíamos con él nuestras obligaciones. El en su celda y nosotros en la nuestra, y Dios en la de todos.

A *don Genaro Cuervo* le cabe el mérito de haber sido un profesor a la moderna. Explicaba su asignatura con una claridad meridiana, y lejos de prohibirnos el consultar con otros autores, se complacía, ¡cosa rara!, en ello. Como en el caso de don Salustiano, él tampoco cosechó suspenso en el Instituto, así que gracias a ellos el colegio de Valdediós gozaba de buen nombre. Tenía unas manos muy pequeñas, en contraste con su corpulencia, de manera que cuando te atizaba un sopapo, todos los dedos quedaban marcados en la mejilla. Doy fe.

Tengo dudas sobre si a *don Julián Bayón* se le puede llamar un listo-santo o un santo-listo. Si bien es verdad que su talento era grande, su santidad era aún mayor. Con haber poseído la cuarta parte del genio de don Claudio, hubiera perniquebrado a la mitad de los colegiales y, por supuesto, a mí me desuella vivo, que bien lo merecía. Creía el buen señor que el castigo, por lo bárbaro, iba a hacer estragos en mi personilla, me ordenó ir a su celda como gran pena, puso su breviario en mis

manos y ordenó imperioso: «Vas a estar ahí sentado una hora y me tienes que aprender esto». Yo simulé puchero, a ver si le conmovía, pero nada, gimoteé, y lo mismo. Me miró y me dijo: «Hasta que lo aprendas, ahí quieto». Iba de veras. «Beati pueri Dominum –beato nomem Dominum –sit nomem benedicto –et hoc nume et usque in soecula» Y lo aprendí.

No sé si era *don Fernando Martínez o Fernando Valdés*, no lo recuerdo bien, porque sólo decíamos don Fernandín a secas. Hacía las veces de mayordomo del colegio, de estatura pequeña, edad avanzada y muy vivaracho. Todo el santo día se le veía de un lado para el otro, arrastrando un gran manojo de llaves. Dudo que las del Apóstol sean tan descomunales. El puesto de don Fernandín era envidiado en todo el colegio, tan cerca de la despensa de los chorizos. ¡Ay, quién fuera don Fernandín! El no era profesor, sus relaciones con los colegiales se reducía a la labor de «practicante», honorífico empleo practicado por don Fernando con toda escrupulosidad. ¿Un cocimiento de manzanilla, té, flor de malva, cualquier purgante, una ayuda? ¡Nadie como don Fernandín!

Y termino, antes de llegar a las conclusiones, con el momento más sublime que vivía el colegio de Valdediós: *La Fiesta del Sagrado Corazón*. ¡La fiesta magna del colegio! ¡La más solemne! En la que ponía todo su entusiasmo don Baldomero Inclán, alma y vida del Apostolado de la Oración. Le perdonábamos los mil tirones de pelo. La fiesta era en junio. Los preparativos ocupaban muchas horas de recreo, a fon de *epatar*, tanto en lo religioso como en lo profano, a la parroquia que pensaba visitarnos, cada año más nutrida, y de toda clase y condición. La iglesia debiera parecer magnífica, las mejores colgaduras, el mejor dosel, flores en abundancia, que don Baldomero colocaba con gran arte. La «capilla», dirigida por Cosme Cienfuentes, violinista consumado, ensayaba con *amore* la misa de Perossi y los motetes, los *Tantum ergo*, y los *Osalutaris* más complicados. El colegio, en pleno, ensayaba el motete que debiera cantarse durante la procesión. Imaginen la

emoción que pudiera despertar nuestro coro de ciento cincuenta voces: «Cristianos venid / cristianos llegad / y veréis al Corazón Sagrado...»

La parte profana merece punto y aparte. En previsión, desde unos meses antes de la fiesta se guardaban todos los periódicos que recibían los profesores. Más tarde se utilizarían para la confección de los globos mayores. De la pirotécnica se encargaba el «italiano» de Amandi. Nadie como él para las ruedas, fuentes luminosas, castillos, bengalas, morteros y, sobre todo, los cohetes de veinticuatro tiros, de paracaídas silbantes y lluvia de oro. Añádase al espectáculo de luz, el sonido, es decir, la gaita y el tambor, también la charanga de Villaviciosa, y estamos al completo.

Y llegamos a las vísperas. Tenían lugar en el velódromo. El campanero Meré, grandón como una mole, lucía sus habilidades repiqueteando en todo lo alto, mientras se disparaban cohetes a docenas. De la sala del Obispo salía Cué pertrechado con una pértiga en cuyo extremo superior se ataba un globo de los mayores, lo izaba el fámulo con toda su fuerza al tiempo de preparar la paja seca para inflar el ventrudo y se daban los últimos pases a la mecha de estopa por el aguarrás. Llegada la noche se iluminaban las arcadas del claustro, que producían un efecto fantástico, y se quemaban la primera tanda de fuegos artificiales.

Y al día siguiente, ¡el día grande!, nos acicalábamos con mucho esmero. ¿Quién no estrenaba su terno de verano en la fiesta del Sagrado Corazón? Ibamos a la misa de comunión general, con fervorines. Más tarde, el desayuno, sigue el recreo en el campo y a las doce del mediodía: Misa solemne. El templo, con ser muy grande, era incapaz de albergar a la gente que acudía. La «capilla» del colegio nos deleitaba con sus filigranas desde el coro. Destacaba la exquisita voz de triple de Jesús Rabaque, natural de Salas, con su voz se elevaban los ánimos de los oyentes a más altas regiones. Un orador sagrado, de reconocida fama, estusiasma-ba a los fieles con su sermón, aunque los colegiales, entre los doce y catorce años, quedábamos *in albis*. No entendíamos bien tantos latinajos y citas

de Santos Padres. En cambio, los fervorines eran harina de otro costal. A la una terminaba la misa, y entonces saboreábamos el «extraordinario»: un plato de ¿arroz con leche?, ¡pchsss!; al menos, eso parecía. Descanso por el campo hasta las cuatro, hora en la que regresábamos a la iglesia: rosario, novena, con motetes, y procesión. Llevaban la imagen cuatro bachilleres: don Baldomero, de capa magna; dos profesores con capote, los otros con sobrepelliz. Inmediatamente detrás iban los cantores, bajo la batuta de don Cosme, luego, la banda de música y, cerrando la procesión, los fieles. Los alumnos, en doble fila, portábamos unas velas y cantábamos con el coro durante el trayecto, alternando con la banda. ¡No lo olvidaré jamás!

La gran romería comenzaba a eso de las cinco. Diabluras, atracones de «avellanes turraes», dulces, de todo, menos bebida. ¡Pobre del que se arripara al «pelleyu»!

La segunda velada de noche en el campo, se saldaba con fuegos artificiales, cohetes, música y, como final de fiesta, el mayor de los globos. Por aquel entonces, en el diccionario no figuraba la palabra aviación y ya, nosotros, inspirados por el diablo, quisimos que el «Mongolfier» fuese pilotado por un ser viviente. Este globo, por su tamaño, su potencia y el «cachu tea que le voy a poner», decía el presunto conde Zepelín autor del dirigible, llega mañana a primera hora a Gijón u Oviedo, según soplen los vientos. Nos costó algún trabajillo convencer al aviador, pero al cabo, le atamos de la mejor manera para que no sufriera con el aterrizaje. Todo preparado, el globo se contornea, se enciende la mecha, ¡suelten amarras!, el último empujón y sale disparado. El aviador, sorprendido de ver cómo supera las leyes de Newton nos dice un ¡adiós!, quizás el último. ¡Buen viaje, amiguito!

– Pero, ¿qué es lo que cuelga del globo? –pregunta don Baldomero.

– Es Sófocles, el gato de don Fernandín.

Así era el colegio de Valdediós, en el que discu-

rrieron los tres años más felices de mi existencia. Allí aprendí a estudiar, aprendí a hacerme un poco más hombre, gracias al excelente profesorado. Mis inclinaciones, no muy derechas, como las de la mayoría de los chicos traviesos, fueron suavizándose y, aunque no fuera modelo de nada, mi vida había cambiado de manera notable, convenido de que para bien.

Dicen de la moderna enseñanza que execra y anatematiza el «vapuleo». ¡Pchss! Me declaro partidario del sistema antiguo, del que emplearon con nosotros en Valdediós. Benditas manos de don Baldomero, don Claudio, don Salustiano, y don Genaro. A vosotras debo lo que soy. «A mi padre le debo el vivir y a mi maestro el vivir bien», decía Alejandro Magno. Un servidor, con ser el más insignificante entre los mínimos, hago mía tal sentencia y digo en voz alta: ¡A Valdediós debo lo que soy!

En el claustro de Valdediós quedaron pegados como el musgo a la piedra mis recuerdos: los amigos íntimos e inolvidables, Manuel Pedregal, Antonio Moreno y Germán Carvallo –la Peña–; otros condiscípulos como el simpático Cosme Cienfuentes, director de la Academia de solfeo, los serviciales fámulos Cué, Zardaín y Manolón «Pemba», entre otros, allí quedaron Rodrigo el sastre y Sampedro el zapatero, la Alvarina, Dámaso, Albano, la Escola, el Cocinero, Culerada, el Carretón, las dulceras y fruterías, el campanero Meré... Todo pasó, tres años que ahora me parecen un buen sueño, y al despestar no puedo reprimir una lágrima furtiva.

Ahí lo tienes, Manolín, esto lo escribí en las postrimerías de la segunda infancia, cerca del final. Te juro, bueno, te prometo, no es de buen cristiano el andar jurando, que al escribir las páginas de este cuaderno la plumilla se deslizaba por el papel con la misma delicadeza que las punteras de una bailarina interpretando «El lago de los cisnes». A veces tuve la sensación de ser un autómatas escribiendo al dictado de una voluntad ebria de felicidad que ni yo mismo era capaz de reconocer. No sé si el cuaderno podrá tener algu-

na utilidad, quizá entretenga a algún lector agradecido o quizá les sirva a los estudiosos para conocer el intríngulis de un internado de bachilleres en las postrimerías del siglo XIX, lo más probable es que no sirva para nada, pero lo que es a un servidor, le sirvió para aliviar el tormento que supone el endemoniado picor que recorre todo su cuerpo, sin dejar un solo centímetro libre. Son cosas de la ictericia.

* * *

¡Qué mal sienta el humo del tabaco a primera hora de la mañana! El abuelo, posiblemente, desconozca lo que es un fumador pasivo, tampoco pienso explicárselo, a fin de cuentas, a los espectros les tira del guindón lo que suframos los mortales.

– Venga, carajillo, no te quejes tanto, que vamos a empezar la jornada –dijo el abuelo desde su autorretrato.

– *Jolín, abuelo, al menos espera un momento a que me reponga de la tos.*

Y no esperó.

No sé si la decisión fue acertada o no. Cuando salí de Valdediós me tiraba enormemente Piloña, me asustaba seguir con los estudios y que el día de mañana, por imperativo del título universitario, tuviera que abandonar la tierrina. Y también es cierto que nunca tuve *in mentis* dedicarme a una sola cosa. Admiro al profesional que es el mejor en lo suyo, pero tengo más devoción por el polifacético. Podrían decir de Modesto Montoto que fue un gran fotógrafo. Tal afirmación mostraría lo poco que puede dar de sí mi persona. Admito que la fotografía ocupó gran parte de mi actividad, pero sin olvidar que fui uno de los emprendedores de Mantequerías Arias, que tuve comercio y panadería, que ejercí como pedáneo en Villamayor, que emigré a Cuba con el film «Bajo las nieblas de Asturias», que conduje una moto con sidecar, y que aún tuve tiempo para que Adosinda me diera once hijos. Ah, y en este momento, escribo mis memorias. Comerciante, panadero, industrial

mantequero, fotógrafo, motorista con sidecar, alcalde, distribuidor de cine, escritor y padre, todo eso fue Modesto Montoto. (*Y abuelo incor-dión y tirano*).

Los años que pasé junto a mis padres, en el comercio de Infiesto, ayudándoles tras el mostrador, fueron la mejor escuela para el estudio de tipos y caracteres. En el comercio de don Francisco Montoto había un poco de todo, como en botica, por esa razón los personajes que desfilaron ante mí eran de lo más variopinto. Desde la criada que compraba el chocolate para sus señores hasta el borrachín de turno que protestaba por lo menguado que iban siendo los medios litros de anís, pasando por el aldeano que nunca se decidía entre el maíz de pinón o de redondín o la aldeana que compraba la tela para el vestido de la fiesta. De aquella época son estos escritos que voy a titular:

LA COMPRA DE UN TRAJE Y OTRAS MENUDENCIAS

Felices tiempos los de mi niñez, hace más de medio siglo, pasados tras el mostrador en el comercio de mis buenos padres. ¡Qué diferencia entre los usos y costumbres de aquella época y los de la actual! Hablo de la edad de piedra, más o menos, de la edad remota del saín y les meches, de la yesca, eslabón y piedras de fuéu, de los libritos de Sardón y de Raspail, del sayal y paño pedroso, del lienzo de la pulga, de los paraguas de ballena con recatón y de los matafríos. En fin, de aquellos tiempos, en los que el café sólo se conocía en casa de Parte, el chocolate en la de don Celedonio y el pan de escanda siempre presente en las casas de los señores.

– ¿Cómo está to güela, muyer?

– Está permala, mante: ya se negó a tóu: ¡fégúrate que i dimos hasta chocolate de a ocho y non lo quiso!

Ya lo vieron ustedes, se administraba el chocolate *in articulo mortis*, y gracias a Dios.

Comprar por aquel entonces un pañuelo de seda para la cabeza o una manta de merino, con o sin fleco, para una moza; una saya de amascode, un matafríos, un refaxu de bayeta o unas zapatillas de Grado, para la vieja; una chaqueta de pedroso y hasta un remonte, para el su hombre, eran cosas muy de pensar. ¿Y cuando había que adquirir el vestíu de cretona para la moza de la casa? Ríanse ustedes del equilibrio europeo. Lo primero de todo, allá en la aldea, era preceptivo la consulta al resto de las comadres, que pasaban revista al modelo y a las buenas tiendas de la villa, y la consulta terminaba con la visita a la *cordudera*, al tanto de les *pintes* que más se llevaben, y la neña, por descontado, a todas sus amigas.

Al fin, un lunes, día de mercado en Infiesto, bajaban a la villa madre e hija, bien provistas de manteca, huevos, frutas y hasta una gallina con el huevo, productos que a lo largo de la mañana convertían en dinero contante y sonante. Luego echaban un *bocau* en la taberna de Regino, de Prudencio o de Pinín el de Andrea y «a comprar el traje, anantes que to padre venga de la plaza del ganau y lo güela».

– A ver, doña Máxima, sáqueme p'acá aquella cretona verde con rayines azules. ¿Gústate, fía?

– Non, madre, que se van a tirar a mí los llagartos. Ye más guapa la de les florines.

– Ay, neña, non me gusta esa frasca.

– Sí, madre, que la de les flores tien mejor pinta. Sáquela, señora.

– Pos mira, non paez mal y fáite buena cara.

– Ay, madre, y con unes tiriquinas al vies.

– Empieza ya con ringorrangos, y que to padre los vea.

– ¡Bah, qué coñi! Tamién les lleven les mis amigas.

– En eso estó yo pensando. ¿Caeráse, doña Máxima?

– ¡Quiá, mujer! Esto es de La España.

– Non sé, non sé—la paisana moja con saliva un ángulo de la tela y luego la restrega—, tien muchu azul y va quedase en ríu a la primer llavadura.

– Estaría bueno, mujer, hágame caso, que non se cae.

– ¿Y a cómo la vara?

– A dos reales.

– ¡Ave María Purísima! Póngase en razón, que voy llevar el vestíu enteru. Págoilo a cuatro perrones.

– ¡Aaaah, muuujer! ¿Cretona como ésta a cuatro perrones?

– Pa non cansar, ¿quier dalo a nueve perrines?

– Non, fía, non; ni un quartu menos.

– Entós, ¿va a ser palabra de rey?

– No se canse, mujer, non se canse.

– ¡Ay, Señor, que carísimu ta tou! Mida, mídamme diez vares.

– Ahí les tien, lleva un vestíu de lo mejor.

– Buena falta fai, doña Máxima. Ahora, póngame dos vares de percalina, p'al falsu de la saya, un carretu de filu negru del traínta, una pieza de esterilla negru y los botones pa les mangues del xugón.

– ¿No quiere llevar un pañuelo de seda? Téngolos muy guapos.

– Dejarémoslo pa otra vez, hay pocos cuartos.

– Ande, madre, cómpreme el pañuelo pa con el vestíu.

– ¡Recoñi! Pa pañuelos de seda estó yo. Y ya puedes tener cuidau con el vestíu, que hasta el año que vien non ves otro.

Otra cosa era el trato con los aldeanos. Fiel sí que lo era Lucas, pero ladino de la mejor condición. Van ustedes a comprobarlo. Este muchachón era el encargado de pesar la mercancía que los aldeanos traían para vender. Sabido es que la

gente del campo, salvo raras excepciones, es desconfiada en extremo cuando se trata del peso de sus géneros, no siendo extraño verles pegados a la báscula, todo ojos, confrontando los kilos que oyen cantar con los que el peso marca. Entre los paisaninos, alguno hay amigo de lo ajeno, aunque, en honor a la verdad, son muy contados: el asturiano es honrado a carta cabal. Nuestro Lucas era fiel para los clientes y para el amo, gozando de merecido crédito. Hábiale regalado mi padre una preciosa navaja para los menesteres del oficio, navaja que Lucas tenía en gran estima. Pero una mañana se la robaron, con el consiguiente disgusto de Lucas.

– Tengo una desazón, señor.

– ¿Qué te pasa entonces, Lucas?

– ¡Robáronme la navaja!

– Vaya, hombre, no te apures, te compraré otra.

– ¡Quiá, señor! Lo que i agradecería ye que me dejara cobrila a Pepón de Socastiello, que fue quién me la robó.

– ¿Estás seguro? Mírate bien.

– Sí, señor, cuando pesé el maíz de Manolín el de Santianes, allí quedó, encima de un sacu, bien que me acuerdo; luego, despaché a Pepón, y en quantu se marchó ya la eché de menos. Fue él, señor, fue él.

– Y, dime, ¿cómo la piensas cobrar?

– El sábado vuelve con otra carrada de maíz. Déjelo de mi cuenta y esté usted atentu.

Llegó Pepón el sábado, como era de esperar, y encontró a Lucas tan amable como siempre. Descarga su mercancía y empieza a pesar, saco por saco, haciendo números en el papel, única manera de evitar errores y discusiones.

– Cuarenta y dos kilos, Pepón.

– Cuarenta y dos, Lucas, algo corríos. Apúntalos.

– ¡Si están en fiel como el tabacu!

– Non tantu, pero otru irá más escasu.

Y 48, 52, 37, 60, 43 y, por fin, 41, anotados escrupulosamente.

– ¿Estás contentu con el pesu, Pepón?

– Sí, home, sí; pa eso eres muy real.

– Que lo digas.

– Entos, ¿sumamos?

– Vamos allá. Mira p'aquí: dos y ocho, son diez.

– Diez.

– Diez y dos, doce.

– Doce.

– Doce y siete, diecinueve.

– Diecinueve.

– Esti cero non val, de modo que diecinueve y tres, veintidós.

– Veintidós.

– Veintidós y un, veintitrés.

– Veintitrés, Lucas; va bien contau.

– Bueno –bajando la voz Lucas y en tono confidencial–, ya sabes que de veintitrés se lleven dos; pero como tú eres el mejor parroquianu de la casa, no te llevo nada. ¡Non i lo cuentes a los otros, eh!

– Descuida, Lucas, y muchas gracias, hom.

Don Francisco creyó morir de la risa. Se comentó la astucia de Lucas en el casino y se celebró con gran jolgorio.

Gracias a Dios, otros clientes eran más breves.

– ¿A cómo el maíz, rapaz?

– Lo pinón a once y lo redondín a doce.

– Non sé cuáló llevar: lo redondu da más fariña, pero lo del barcu fai mejor boroña, eso si non güele.

– No, oler no huele.

– Dame lo redondu a once y mediu y llevote dos tercios.

– No se puede, hombrín.

– ¡Qué malu eres, puñeteru! Mídime doce copinos y non los rapes muchu.

– De eso, descuide.

– ¿Cuántu te debo?

– Tres duros y tres pesetes.

– Muy luego echasti la cuenta, ya puede tu padre dejate solu. De toes les maneres la cuenta ye cuenta, cobra y vas dame dos cordelucos p'amarrear los sacos.

– Ahí van.

– D'hoy 'n añu.

– Y de aquí allá, más veces.

Había mujeres que iban directamente al grano. Encantadoras todas ellas.

– Ah, neñu, pónme aquí mediu cuartillu de aceite y, en esti otru frascu, cuatro cuartos de saín, también dame tres caxes de cerilles, tres libritos de Sardón, una libra de sal de lo gordu, un quartu mecha de candil, y vara y media cinta cardazu pa unos escarpinos.

– Ahí lo tiene: ¿quiere algo más?

– Ayyy, que ya se me olvidaba lo mejor: cuatro cuartos de xabón de lo amarillu, que esta semana tengo colada.

– Y con cuatro cuartos ¿tien bastante, muyerina?

– ¡Jesuuús! Ha sobrame p'afeitase el hombre un mes.

– ¡Cóime!

Una vieja entra y con voz compungida:

– ¿Tienes anís doble, neñín?

– Sí, señora. ¿cuánto quiere?

– Una copiquina, mante, a ver si me pasa el dolor d'estómagu.

– Aquí la tiene.

– Trái, trái...Aggg! ¡Cómo beberán esto esos hombrones! Si non fuera porque ye melecina. Anda, neñín, dame otra copa, que paez que se me va pasando el flatu.

Como comerciante creo que no hice mal papel. No me vale ese principio universal tan manoseado de que el cliente siempre tiene razón, el arte estriba en saber darle la razón y hacer que prevalezca la tuya sin que el otro se enteré. Para eso es necesario ser un gran psicólogo, un gran conocedor del personaje en cuestión, y la tienda de mis padres, como antes dije, fue la Universidad de Tipos y Caracteres. Conocimientos que, por otro lado, el día de mañana me sirvieron para retratar a los personajes que posaron ante mi cámara fotográfica, consiguiendo que adoptasen la pose más natural y menos forzada, retratarlos tal cual, sin la afectación que provoca el verse observado por la lente de una cámara. No hubiera sido tarea fácil de no haber pasado previamente por la Academia, por la tienda de mis padres.

Definitivamente he desistido de ir a misa de siete de la mañana. No hizo falta que el padre Agustín llegara a recomendármelo, la ictericia apenas me permite estar de pie, y los picores son terribles, me abrasan. Resultaría grotesco un monaguillo de tez amarilla rascándose durante la liturgia. El padre Agustín repite misa a las diez de la mañana, esa es una buena hora para ir de oyente.

El Campo de San Francisco es una gran jardín. Dios quiere que contemple mi última primavera en todo su esplendor. A eso de la media mañana, el pirulero, la barquillera, la Chucha, y mi colega fotógrafa, la Torera, están en sus respectivos negocios. La Torera, que es muy buena fisonomista, anduvo investigando sobre mi enfermedad, fue directa al grano, me dijo que me notaba muy flaco y que tenía cara de cadáver. Una dama fotógrafa es un espécimen inigualable para dar ánimos. Para no abundar en explicaciones inútiles, le respondí que era cosa de mi intestino, que andaba un poco suelto. No se resignó a aceptar el diagnóstico



M. Montoto. *Aguilanderos delante del comercio de Montoto, en Villamayor (Piloña), hacia 1914.*

y con muy buenas intenciones me recomendó que consultara a una curandera que vive en una casina en la falda del monte Naranco, según ella, mano de santo, tiene remedio para todos los males, sobre manera, los de la tripa, y es algo milagrosa. Le dije que hiciera el favor de no blasfemar, que dejara a las curanderas en su cuchitril y a los santos con sus milagros en el cielo.

Adosinda había preparado un desayuno más propio de un peón caminero que de un escritor con ictericia. Hice de tripas corazón. Adosinda es nombre asturiano de pura cepa, lo mismo que Paloma en Madrid o Macarena en Sevilla. Sólo que el nombre de Adosinda no se prodigó lo que hubiera deseado un asturiano de verdad y de natural monárquico.

Conocí a tu abuela en Corias de Pravia. Me enamoré de su juventud, de su talle menudo y cintura de avispa, de sus ojillos de mirada ingenua al tiempo que astuta, y de su nombre: Adosinda. Hija de una familia influyente de industriales pravianos. La familia Arias habían convertido Corias de Pravia en un emporio de la manteca y de la sidra champanada. Y a él fui en muchas ocasiones para proveer de manteca y sidra la tienda de Inliesto. ¡Bendita embajada la que me encargó mi padre! Tras un breve, brevísimo, período de noviazgo, consintieron nuestros mayores en que nos casásemos. La boda se celebró en la iglesia de Corias de Pravia. Ella era toda una mujer, a sus diecinueve años, y yo con mis veintitrés, un hombre hecho y derecho, los dos teníamos enfrente un mundo para comérmolo con patatas. A pesar de

que España se hundía en un profundo pesimismo y lloraba desgracias por los cuatro costados, corría el año 1898, iniciamos Sindina, que así me gustó llamarla, y yo una andadura pletórica de optimismo.

De Infiesto nos trasladamos a Pola de Siero. Abrí una panadería, confieso que sin demasiado entusiasmo, y el negocio no marchaba del todo mal, lo del pan nuestro de cada día es negocio asegurado. Siempre hubo un «pero» en mi vida, y no era éste un inconveniente supeditado a las rentas pecuniarias. No fue la economía, sino la distancia de Piloña, aunque para el caso ésta fuera mínima, la que una y otra vez me obhgaba a volver. Algo así como hacen las cigüeñas con el nido de su campanario oficial.

Y volví a Piloña, con Sindina del brazo y cuatro rapacinos. Mi buena esposa se había tomado al pie de la letra, y yo también, el precepto divino de crear hijos para el cielo. Después de un meticuloso estudio de mercado, caí en la cuenta de que Villamayor pedía a gritos una buena y surtida tienda de ultramarinos. ¿Qué razón había para que las gentes de Borines, Pesquerín, Mones, Miyares, y otras aldeas del entorno de Villamayor se desplazaran a Infiesto para hacer sus compras? Ninguna. Villamayor, la bien comunicada, carretera general y tren, era el lugar estratégico. El acierto fue por partida doble. Sindina se ocupó desde el primer momento de la tienda de ultramarinos, mientras que yo, en sociedad con mi cuñado Angel Arias, me metía de pleno en el negocio de la manteca. Muchas cosas buenas tenía Piloña, ninguna otra como la leche de sus vacas. ¡Qué leche! Si al catarla ya olía a mantequilla. Así que el excedente del consumo directo de leche, que era bastante, se lo compraba a los paisanos para hacer mantequilla en una primitiva y artesanal fábrica que montamos en Villamayor. Pronto cogió gran fama en toda la provincia la calidad de la mantequilla de los Arias, lo que me dio oportunidad de viajar a lo largo y ancho de Asturias comerciando con nuestros derivados lácteos. No quedó carretera, camino, ni caleya, que un servidor no recorriera en su moto con sidecar. Una forma de

transporte cómodo y eficaz. El sidecar me permitía llevar toda la mercancía que precisara y, más tarde, metido de lleno en la fotografía, el equipo fotográfico.

Creo que ha llegado el momento de empezar a hablar de lo que aquí me trajo: la fotografía. Yo no fui un aficionado a la fotografía, tampoco un profesional de la misma, simple y llanamente, fui un apasionado observador de ese pequeño mundo que cualquier persona tiene a su alrededor. Un mundo que verlo pasar tal que así, sin detenerse un instante, sin opción a la contemplación retrospectiva, no dejaría de ser un mundo punto menos que absurdo, pues, el recuerdo en la memoria, individual o colectiva, se oxida con el tiempo, o se deforma, o se pierde, y yo sentía la necesidad imperiosa de detenerlo en imágenes durante una fracción de segundo.

El tiempo suficiente para que impreso en una retina de papel quedara como testimonio de un tiempo para los tiempos que estén por venir. El objetivo de cualquier manifestación artística no es otro que el de hacer perdurar la obra como una siempreviva. Pintores, escultores, arquitectos y escritores fueron notarios de una época, ellos levantaron acta del tiempo que les tocó vivir y que desearon para él la inmortalidad. En el fondo, el artista, disconforme con su propia temporalidad, busca en su obra la calidad de lo imperecedero. Entiendo la fotografía como un arte, nadie duda de que se trata de un arte, que hace a las cosas y a las personas adquirir una permanencia que media entre la serenidad y la turbulencia, según su temática. Y las paraliza tal como fueron, tal como las captó el fotógrafo a través de su lente, sin la distorsión propia de la subjetividad del artista plástico o del escritor. Es la fotografía el único arte que nos trasmite la realidad de la vida tal cual.

Mi pequeño mundo, Asturias y los asturianos, gozaba de una riqueza apabullante, aunque mil años viviera no podría mi retina retener unos cuantos semblantes de las infinitas máscaras con las que se cubre el rostro nuestra tierra. Observará y quizá llame la atención al estudioso



M. Montoto, *Ocho hijos de M. Montoto*, hacia 1914.

de mi obra el hecho de que mis retratos estén dedicados a esos personajes de respuesta social insignificante: esclavos de la cotidianeidad, campesinos con más pena que gloria y a los desdichados cretinos de las romerías. Sólo en una ocasión, resultaba imposible eludir el compromiso, retraté a una familia de indianos, se habían emperifollado hasta la médula: ellas parecían «chatas de rifa»; ellos no sabían qué pose adoptar para que en la foto reluciera el oro que llevaban encima: sonrisa forzada hacia el lado de la prótesis dental aurífera, manos en primer plano mostrando anillos de muchos quilates, y la prominente panza que tras la americana desabrochada descubría al observador valiosas cadenas de oro de las que se supone pendía un reloj, también de oro. Yo puse todo mi empeño en captar la cara de garrulos que tenían, pues por mucha «plata» que hayan ganado en las

américas resultaba imposible que se les despintase. Debí conseguirlo, no volvieron a llamarme, ni yo hubiera ido. Si hubiera tenido que dar de comer a mis hijos con la fotografía, mala cosa sería para todos. «Bautista y la Nana», «Pepín el de la Cueva» o «El hombre de los calendarios», con qué iban a pagarme los pobres, si encima tenía que darles un pequeño estipendio para que posaran ante mi cámara. Pero, que nadie se engañe, mis modelos estaban acordes con la realidad de la Asturias de aquel momento. Ellos no precisaban de adornos, bastante emperifollados estaban, de miseria, y eso es lo que el fotógrafo fiel debe procurar: desnudar la realidad, o mejor dicho, fotografiarla desnuda. Recuerdo las palabras de la Nana el día que vio su retrato al lado de Bautista en plan de novios, me dijo: «¡Bah, qué cosas tién! Si fuera al lau de algún buen mozu, entovía...». A



M. Montoto, *El hijo mayor de M. Montoto sacando una fotografía a sus hermanos*, hacia 1912.

lo que respondió Bautista: «¡Calla enana, mala llagartesa! ¡Y quite de ahí la asemella, si non quier que la faiga añicos!». Creo que había dado en el clavo con la foto, ellos me lo refrendaron. La Nana había visto a Bautista tal cual, y desde luego nada tenía de buen mozo; sin embargo, a ella no le había interesado reparar en su propia imagen, cosa que hizo Bautista, le dijo lo que era en realidad: enana, cretina resentida y huraña. Desde luego Bautista tampoco se había visto en la foto. Los dos huían de su propia realidad que les resultaba cruel, pero se regodeaban con la miseria del contrario.

Si el fotógrafo es capaz de asumir ese propósito y emplearse con él a fondo, es posible que el día de mañana sus fotos tengan vida. Y hasta puedan hablar, como hace este autorretrato.

De nada le hubiera servido al fotógrafo asumir

ese propósito sin el concurso de la más depurada técnica. Si no conoces a conciencia el material con el que trabajas y sus posibilidades: la mediocridad de tu obra será el único logro. Se necesita un maestro y una información continuada sobre el atropello de la nueva tecnología.

Mi maestro, y amigo, fue don Julio Peinado, afamado fotógrafo gijonés, meticuloso en extremo y conocedor de todos los recovecos de este complicado arte. Aconsejó que me subscribiera a la revistas francesas *Photo Magazine* y *Photo Revue*. Puedes comprobar, querido nieto, lo bien encuadradas que las tienes en mi biblioteca. Fotógrafos de la talla de Carteron, Helicourt, Bourée, y muchos más, me enseñaron desde las páginas de *Photo Revue* las técnicas del retrato, de la fotografía al magnesio, y hasta nociones de



M. Montoto, *Sacando grillos*, hacia 1913.

fotografía astronómica. *Photo Magazine* resultaba algo más compleja, pero no por ello menos asequible a los conocimientos de un buen aficionado. Recuerdo algunos artículos que resolvieron problemas de aparente sencillez pero de tremenda complejidad cuando se trata de ponerlos en práctica: *Les mans dans le portrait*, de Dillaye; *L'expresion dans le portrait*, de Courreges; *La pose de la tête*, de C. Corke; también, muy interesante, fue aquel de *Du portrait en plein air*.

La suerte, la inmerecida suerte, de tener a Sindina a mi lado, ocupándose de la tienda de ultramarinos de Villamayor y, sobre todo, de las tareas domésticas, ¡once angelitos que criar!, me dejaron las manos libres para el comercio de la mantequilla a la par que fotografiar, en mis des-

plazamientos con la moto y el sidecar a lo largo y ancho del Principado de Asturias, todos los rincones.

Por aquel entonces, en plena efervescencia de la emigración a Hispanoamérica, y con singular predilección de los asturianos por la isla de Cuba, algunos fotógrafos, vieron en las fotografías de lo nuestro, de lo de acá, la gallina de los huevos de oro, conscientes de que los de allá tenían sobrada plata para pagar a precio de oro los *souvenirs*.

Nunca tuve *in mentis* sacarles un duro a los emigrantes en Cuba. Sabedor de que no todo el monte es orégano y que ni todo lo que reluce es oro. En Piloña tenían sobrada prensa los triunfadores, nunca se habló de los que quedaron apeados en la cuneta, de los perdedores. El infortunio



M. Montoto, *Niños del catecismo de Villamayor*, hacia 1910.

los hizo pobres de solemnidad. Y el olvido los sumió en el anonimato. Pero yo que tuve ocasión de verles incluso con la mano extendida pidiendo limosna, no me lo hubiera llevado el cuajo: tentarles a comprar imágenes de la tierra que les vio nacer habría sido una inmoralidad imperdonable. Otra cosa muy distinta fue la propuesta que me hizo el Centro Asturiano de La Habana: «Fotográfeme usted, Montoto, hasta el último rincón de la tierrina, repare en sus hombres, en las costumbres, en las fiestas, en el desarrollo industrial, en las comunicaciones, en todo lo que despierte su interés, que su cámara sea la mirilla desde la cual el emigrante pueda ojear a su Asturias patria querida». Así fue como este conservador de imágenes comenzó a publicar sus fotografías en la revista *Asturias*.

Mis aperos fotográficos comenzaron a viajar en

el sidecar junto al muestrario de productos de Mantequerías Arias. Puedo asegurarte, querido nieto, que esos años fueron los más felices de mi vida. Gracias a tu abuela Sindina, que llevaba la peor carga, nunca lo olvides. Y gracias también a Villamayor. En aquellos años de prosperidad era conocida en Asturias la suntuosidad con la que la alta sociedad de Villamayor celebraba sus eventos. A un servidor le cupo el honor de presidir el casino durante una partida de años, y pongo en duda que otros casinos tuvieran el mismo rango social y cultural que el nuestro.

No sé cómo andarán en tu actualidad las cosas por Piloña. Por si algún lector, picado por el interés, quiere saber cómo andaban en la mía, valga de muestra esta referencia, a modo de listado, que encontrarás al final del segundo cuaderno y que di en llamar:

PERSONAJES, PERSONAS Y PERSONILLAS

Estos personajes componían la parte más principal de Infiesto en las fechas del cambio de siglo. En estos recuerdos, anotados por puro pasatiempo, han debido de quedar, y de hecho quedaron, en el tintero varios de mis contemporáneos. No es tan fácil la estadística a cincuenta años fecha, sin más asistencia que la simple memoria de un desmemoriado.

Al señalar varias personas, cuyos nombres y apellidos desconozco, lo hago valiéndome del mote con el que las conocí. El sacar, pues, esto a relucir, no implica el deseo de burla, ni siquiera se me pasó por la imaginación.

En la relación que sigue figuran desde el más encumbrado personaje, Marqués de Vistalegre, hasta el pordiosero más infeliz, Rompesquinas. Todos juntos, pero no revueltos, conformaban la parroquia de aquella paradisiaca villa de Infiesto, patriarcal en sus costumbres, que pasó para no volver jamás.

Vamos a hacer un poco de memoria:

Juez de Instrucción: Suárez Martínez, Manuel.

Notarios: Pineda, J. Domingo; García Cabañas, Bonifacio.

Registrador: González Rubín, Pío.

Abogados: Cofiño, José; García Carbajal, Aquilino; Isla Vigil, Ramón; Lozana, Ramón; Martínez Agosti, Nicolás; Pineda Peláez, Braulio; Pineda Peláez, Gustavo; Pineda Peláez, José; Valdés, Hipólito; Vega, Armando de la.

Procuradores: Blanco Rojo, José; Gómez, José Ramón; González, Manuel Antonio; Iglesias, Modesto; Menéndez, Antonio; Merediz, Gervasio; Ortiz, José Antonio; Pérez, Francisco Antonio; Rodríguez, Bernardino; Soto, Jesús; Villa, Tomás de la.

Empleados de los Juzgados y Ayuntamiento: Camblor, Evaristo; Chichón; Sinforoso Salas y su hermano; Sutil, Tomás; Vega, Carlos de la; Vega, Francisco de la (Pachocopín).

Alguaciles: Durán, José; Luege, Manuel; Prut, Ramón.

Municipales: Lisardo; Nanclares, Antón; Pontones Estrada, Toyos (Gabriel).

Veterinario Municipal: Velasco, Alejandro.

Farolero del Ayuntamiento: El tío Ignacio (Ignacio Rodríguez).

Empleados en consumos: Cipria; Manolín el Vigilante.

Escuelas municipales: Fernández Canellada, Pedro (maestro); Leonor Martín (maestra).

Contribuciones: Martínez, Nemesio (recaudador).

Tabacalera: González, Tomás (administrador).

Cárcel del Partido: Moreno (carcelero).

Bagajes municipales: Emilio (de Coya), bagajero; Ulpiano el de Entrambosmontes, bagajero.

Médicos: Fernández Vega, Adolfo; Martínez Agosti, Julio; Rodríguez Pineda, Arcadio; Vega, Luis de la (cirujano).

Farmacias: Fernández Manés; Valdés Ortiz, Zoilo; Vega, doña Ramona Carriedo, Vda. de Vega.

Sacerdotes: Alonso Flórez, Rosendo (párroco); Rodríguez, Modesto (coadjutor); González Blanco, Manuel (Obra Pía); Rodríguez Pineda, Ubaldo (Obra Pía); Regalado Díaz, Pedro (Obra Pía).

Colegios y escuelas particulares: colegio de don Agustín (niños); colegio de doña Ramona (niñas); colegio de doña Perfecta (niñas); colegio de doña Inés (niñas); Escuela de doña Guillerma (párvulos); escuela de doña Marcela (párvulos).

Comerciantes: Beláustegui, Valentín; Biosca, Valentín; Carriedo, Manuel; Cardín, Francisco; Clotas, José de las; Collada, Ramón; Cortina, Francisco (Chiripa); Crespo, Manuel; Fernández, Pedro; García Carbajal, Inocencio; García Carbajal, Ramón; García Valdés, Celedonio; Lueje, Pedro; Martino, Juan (Juanín del Fierro);



M. Montoto. *El autor con algunos familiares y la criada*. hacia 1914.

Melendreras, Josefa (la calcetera); Montoto, Francisco (mi padre); Peruyero, Santitos; Reguero, Juan; Rodríguez, Bernardino; Tamargo, Manuel; Testón, Antonio; Vega Cuenya, José (Currutaco).

Registros de vino: Alvarez Nava, Luis; Noriega, Rafael.

Rondas: Corripio, Andrés; Noriega, Rafael; Pérez, Manuel.

Cafés: Parte, José; doña Salomé.

Confiterías: González Llamazares, José; Losada, Manuel.

Panaderías: Ilaneza, Antonio; García, Genaro.

Panaderas: Matilde la Polesa (Triana);

Jerónima (la del Mosquito); Ramona Fonso (la del Calzan); Rosina el Ciego (la Pedrera).

Elaboración de chocolates: Crespo, Manuel; García Valdés, Celedonio; Montoto, Francisco; Regino; Vega Cuenya, Currutaco.

Carnicerías: Blanco, Antonio; Cantora, Jacintín.

Partera: Juana la Cortadora.

Pescadores: Benignón; Meruques; Pajo.

Pintores: Alvarez, Rafael (Pontiga).

Recaderos: El Pontu; Tomasón; Manolón.

Sastrerías: Cantora, Antonio (Antonín el sastre); Cantora, Francisco (Pachín el sastre); Cantora, Adolfo (oficial); Lozana, Ubaldo (ofi-

cial); Santinos Cantora, benito (oficial); Juanín Pérez (oficial).

Zapaterías: Riestra, José; Villa, Cándido la; Lisardo; Dámaso del Río.

Zapateros: Andrés; Crisantón; Dimas; Casto el de Pinín; Evaristo; el Mús; Quintana; Sardina.

Pobres mendicantes: La Perlita; la Playa; la Perversa; la Nana; la cieguina de Coya; la tía Vicenta; el Bolsu; Vicenta el Nenu; Percalina; Rita la Obispa; Basilisa; Rosalía la de Viyao; el Raigón; Fernandín de los Perros; Perico los Reportorios; Rompesquinas; Bautista y su hermano; Quinato; Pepín de Cueva; Cipriano.

¡Basta, ya, coño! Lo siento mucho, abuelo, conscientemente omito las listas que titulas: Alumnos de la escuela de Guillerma; Alumnos de la escuela de Canellada; Señoras principales; Señoritas principales; Más pollitas; Jóvenes casaderos o en «crisálida»; y Otros jóvenes no menos casaderos. De incluirlas, hubiéramos anotado 553 nombres. Permítame, su excelencia, que haga esta omisión por el bien del paciente lector, y el de mis dedos, aturdidos de teclear nombres, apellidos y apodos. Y reitero mi admiración por tu increíble, portentosa, inigualable, diría que hasta circense memoria.

Ah, y otra cosa, lo tengo que decir, no me lo puedo callar, aunque tu órgano represor, materializado en el puño de don Baldomero Inclán, me rompa las narices. Y es la cosa que, abuelo, tu fuiste el modelo ideal del perfecto clasista. ¿Qué razón hay para que en el encabezamiento de ese listado figure: «Personajes, personas y personillas»? ¿Me quieres dar a entender que los «personajes» son los distinguidos, por fortuna u oficio, y van desde el juez hasta los funcionarios de más alto rango; en el capítulo de «personas» incluiríanse comerciantes e industriales; y dejas para los humildes, oficios varios de poca monta y pedigüeños, el epígrafe de «personillas»?

¿Piensas que por utilizar el diminutivo «personillas» estoy infravalorando a la persona? Repasa mi archivo fotográfico y verás a quién dedico el

mayor número de retratos. No sólo les dediqué a mis «personillas» mi mejor hacer fotográfico, también escribí de ellos semblantes biográficos desde el respeto y el afecto. Y eso no lo hice con los «personajes» y «personas», que para mi forma de entender el arte de la fotografía carecen de interés. Así que vete a la página treinta y uno del cuaderno que titulo «Caxigalines y otros excesos», y reproduce fielmente todo lo que he escrito hasta la cincuenta y ocho.

TIPOS DE INFIESTO

Las cuerdas de mi guitarra
yo te diré cuántas son:
La Playa, Rita la Obispa,
Percalina y Tomasón.

(Canción popular)

En la actualidad no los hay, en mis tiempos, de todas las clases y para todos los gustos: Pepe el Nero, Ignacio, Ramón Prut, Dimas o Dimones, Tomasón, Felipe el Galán, Manolín el Perrín, Crisantón, Andrés el zapatero, Meruques, Benignón, Pajo, Lino el Aparejan, Lin el Congrio y otros varios; entre los de la «élite»: Pericón de los Reportorios, Rompesquinas, el Raigón, Bautista, Antonín el de los perros, la Perlita, la Playa, Rosalía la de Viyao, Rita la Obispa, Pepín de Cueva... ¡qué sé yo! Todo se acabó. Hoy no existe en la villa ni uno solo de los citados, endulzadores de nuestra infantil existencia. Les sacábamos de quicio con nuestras fechorías. ¡Cuántas veces les habremos cantado los versos que encabezan estos recuerdos! ¡Y cuántos chambones de berza habrán caído sobre nuestras espaldas! Reconozco que fueron pocos, quizá mereciéramos más. Bueno, basta de proemio y entremos en materia.

Con su montera picona que jamás apeaba, con la falda de la camisa afuera, más que dejadez era pura costumbre, y el fuelle de maíz al hombro, *Pepe el de Nero* no podía ser otro que molinero de oficio. Apenas le veíamos pasar, la chiquillería le increpaba:

– ¡Pepón, que te cae la faldeta!

– ¡Apáñala, coj...! –bufaba él, y no decía precisamente conejo.

Al tío *Ignación* le llamábamos *Perón*. Era el farolero del Ayuntamiento. Arrastrando los pies, con la escalera al hombro y la alcuza del esquiño en la mano, se pasaba todo el santo día y parte de la noche limpiando, arreglando y encendiendo los faroles del alumbrado público.

Estaba una vez el tío *Ignación* en el Paseo, enfrascado en los menesteres de su oficio, cuando se le acercó *Pachocopín* y empezó a solmenar la escalera en la que se encaramara el viejo, acompañando su rítmica judiada con el insulto: ¡*Perón, Perón!*. ¡*Perón, Perón!*. Si aquel pobre anciano no se abraza a tiempo a la columna del farol, hubiera dado con su cuerpo en tierra.

Pasaron unos meses, jugábamos a la peonza en el mismo lugar donde se había cometido la fechoría de marras, y *Pachocopín* se encontraba entre nosotros. Vimos cómo *Ignación* arrimaba la escalera a una de sus amadas farolas y después, poco a poco, lentamente, mirando hacia el suelo, como el que busca algo perdido, llegó hasta el grupo.

– ¿Perdió alguna cosa, tío *Ignación*?

– Sí, perdí...perdí...

– ¿El qué, hom? –preguntó *Pachocopín*, acercándosele.

¡Qué más quería el tío *Ignación*! Cuando lo tuvo a tiro, se abalanzó sobre él, lo sujetó por el collete y, enarbolando la cayada, empezó a descargar cachiporrazos sin ningún pudor a la vez que gritaba:

– ¡Toma *Perón*, gandul! ¡Toma *Perón*, pillu! ¡Toma, toma y toma, pa que te acuerdes de *Perón*!

– ¡Déjelu, tío *Ignación*, que lu va a matar! –gritábamos, temiendo que no le quedara costilla sin tronchar al travieso de *Pachocopín*.

– ¡Sin un huesu sanu lu voy dejar, porra!

– ¡Por Dios, que lu descoyunta!

– ¡Tou ye pocu pa esti pixín ensinvergüenza!

Para concluir, una paliza de padre y muy señor mío, pero escarmentar, lo que se dice escarmentar, no escarmentamos. Así que tan pronto soltó al malherido *Pachocopín*, rodaron por el suelo alcuza, escalera, trapos, todo, y gritamos hasta desgañitarnos ¡*Perón, Perón!* ¡Menudas piezas estábamos hechos los «escolinos»!

Ramón Prut, el hombre seco, avellanado y erguido, a pesar de sus setenta y pico de años, caminaba diligente de aldea en aldea en calidad de alguacil del Juzgado. Cubría su cabeza con un ancho pавero, vestía con una pulcritud no al uso de *Piloña*, quizá reminiscencia fuera de sus juveniles años en la milicia, y no desamparaba jamás el nudoso garrote con honores de charrasco. Su forma de hablar, más que lenta, parecíase a una sinfonía de acordes entrecortados por la inveterada costumbre de hacer pausa entre sílaba y sílaba, lo que le incapacitaba para hilvanar con norma sintáctica, sujeto, verbo y predicado. Le apodábamos *Gaviota*, eso sí, cuidando bien de escondernos a tiempo, no por temor al palo, sino a su lengua atrevida.

– ¡Gaaaviota! ¡Gaaaviota!

Oía *Ramón Prut* tamaño insulto a su persona, volverse rápido y cuadrarse militarmente, eran de una instantaneidad absoluta. Luego dirigía su fulminante mirada hacia donde él creía que se había escondido el granujilla osado, y rugía más que gritaba:

– ¡Ca-lla-tú, hi-jo-de-la gran-pu...Lo-de-más-no-te-lo-di-go-por-que-ten-go-más-ver-güen-za-que-tú!

Tras el desahogo, el deslenguado *Ramón Prut* daba media vuelta y seguía su camino, hasta la próxima. En otras ocasiones, veíasele, cuando lo requería la circunstancia, montando sobre un famélico *Rocinante* y dispuesto a recorrer las siete partidas. Su parecido al «caballero de la triste figura» era grande, y lo hubiera sido más aún si hubiera reemplazado su pавero por una de las doradas bacías que colgaban a la entrada de la

barbería de su hermano José, rapabarbas y sacamuelas del lugar. Para matar el gusanillo, antes de emprender su andadura, llegábase hasta el comercio de mis padres y desde el jamelgo, sin apearse, me decía con su habitual canturía:

– ¡E-cha-me-un-pien-so-pa-ra-el-bo-rri-co-de-a-rri-ba!

Singular manera de pedir una copa de añís.

Dimás era de la familia de los Plateros. O nunca se dedicó a tan lucrativo y noble arte, o se cansó pronto de batir metales y «afuracar oreyes», lo cierto es que le conocí toda la vida sin oficio ni beneficio, a no ser el muy menguado que el río le proporcionaba con su caña de pescar. Deporte del que fue gran aficionado, compartiendo el imperio de los «rabiones», desde Migoya al Peleón, con don Pepe Arroyo, don Evaristo, don José Monés, don Ramón el Cristo y otros. Alternaba el río con las horas en el café del bonachón de don José Parte, consumiendo una y otra taza de moka, por cuenta de la casa, claro está. Verano e invierno, qué más da, siempre con su raída pañosa, con su hongo de anchas alas y su mirada torva, imponía respeto a los chicos. ¡Cualquiera le gastaba una chanza a Dimas!

Fue *Tomasón* chocolatero en sus verdes años, pronto abandonó los rollos y la piedra, acaso porque las primeras pesaban demasiado y porque el calor de la segunda le derretía el unto: era el hombre blandengue de pasta. Más tarde ofició de aguador en la fonda de Pérez, y, últimamente, cuando los calderos habían encorvado su arrogante figura, cambió tan húmedo empleo por la socorrida e higiénica ocupación de mandadero. Se le encargaba avisar a todos los curas del concejo para entierros y funerales: llevaba a las aldeas telegramas y cartas urgentes; se prestaba por módico estipendio a volar (a volar...en el caballo de san Francisco) con todas las penas y alegrías que se confiaran; se anticipó, en fin, a los «continentales» de hoy día, lo menos en medio siglo. Su culto a los muertos era grande: ¡en todos los entierros llevaba el pendón!

Mucho había llovido aquel otoño. El río era un auténtico brazo de mar, al extremo de pasar el agua por los tres arcos del puente viejo, lo que pocas veces se vio en Infiesto. Entre las cuadras próximas al río, todas ellas anegadas, estaba la fragua de *Felipe el Galán*.

En huelga forzosa, pues, el fogón y el yunque se avió. Mi hombre con un refuelle, al pozu el puente se fue a probar si era cierto aquello de «a río revuelto...» ¡Vaya si era cierto! Mismamente debajo de la casa de don Evaristo, zambulló el armatoste pesqueril, hace algunas exploraciones calando a fondo, revuelve sus nervudos brazos, enarca el busto hacia atrás y forcejea por sacar una redada. Debiera ser abundante, se veía por las gotas de sudor que afloraban en su frente curtida, también en el codicioso relampagueo de su mirada. De los chicos que le rodeábamos fui el primero que se dio cuenta cabal de lo que arrastraba la red, y grité con todas mis fuerzas:

– ¡Tú Felipe: un salmón, un salmón!

– Qué, qué, qué di...dices –Felipe el Galán era tartamudo.

– ¡Un salmón, un salmón! –voceamos todos, a una seña mía.

Enardecido el Galán por la codiciada pesca, se afianza con sumo cuidado, hace un esfuerzo sobrehumano y el chasco. Las carcajadas se oyeron en el barrio de Triana. ¡Buen salmón te dé Dios! ¡Un pedrusco que pesaría medio quintal!

La decepción y rabieta del Galán no son para describir. Quizá en su mente, mientras estaba en la faena, estaría contemplando a su mujer Mariquina la Galana, friendo las rodajas de tan suculento manjar. Mucho nos reímos, risas que bien pudieron terminar en llanto, al menos por mi parte. Si no acierto a esquivar el golpe que me dirigió, a estas horas no lo cuento. Malos prontos tenía el tío Felipe.

Manolín el Perrín era barbero, joven, atildado en su forma de vestir, tocaba su cabeza con una gorra de visera, las manos en los bolsillos del pan-

talón. Era el vivo retrato del jándalo de Seviya o Cáiz. Aficionadillo a tomar la mañana, echar un cuarterón e ir a la sidra por tabernas, chigres y lagares que le salían al paso. En todos estos lugares alegres, su desesperante tartamudez era objeto de bromas y chirigotas.

– E...e...échame u...una co...co...co...¡puñeña!

– ¿Anís o caña?

– Ca...ca...ca...

– Que aproveche, Manolín –le decía Andrés el zapatero, agregaba –: ¿Qué...qué se dice por el ba...barrio?

– Mi...mi...ra Andrés, no em...em...pe...pe...pe...

– ¿Pepe? Acaba de marcharse, Manolín.

Y así una y muchas veces sin que el Perrin se enfadara de veras. De buen compás era fuera de casa.

El semanario festivo de Villaviciosa, «La tía Cacica», le dedicó a nuestro barbero unos versos, de los que estos cuatro se hicieron populares:

A Manolín el Peeerrin
le llevan a la xaaaatera,
por pegar a la muuuuyer
con la navaya baaaarbera.

Las grandes trifulcas las tenía con su media naranja, lo cual no deja de tener su explicación si tenemos en cuenta la bilis que acumulaba el hombre a lo largo del día, con tantas cuchufletas como le propinaban. Pero, a buena parte, de Sardea era ella. Cuando él quería buscarle la lengua, le decía con cierto rintintín:

– Co...co...corre la gente a Sar...Sardea, ¿cá...cá...cabrá allá?

Renunció a escribir la contestación de su dulce compañera.

Crisantón, zapatero de oficio y excelente catorador de sidra era amigo como el que más de tomar la mañana. Formaba pandilla junto a Xilos,

Caldones, Meruques, Andrés, Femiano y otros. Se reunían en casa de don Francisco a tomar la copiquina, y por las tardes al lagar de Regino a echar unos «cazadores». Muy amigo fue Crisantón de tomar el pelo, pero con tan mala fortuna que en las grescas siempre salía mal parado.

Casó en segundas nupcias con la Reina Pío, lo cual nada hubiera tenido de particular, de no ser la monumental cencerrada con la que se celebró el regio enlace entre los chirigoteros vecinos del barrio de Triana. Al poco tiempo fuéronse a vivir a Gijón.

Lin el Congrio fue defensor acérrimo de la Gloriosa, no perdonaba medio para hacer ostentación de su republicanismo, su ateísmo y otros ismos un tanto cuanto avanzados. Era de aquellos que se comían un cura con patatas para ir haciendo boca. Las paredes del chigre que regentaba estaban adornadas con ilustraciones de El Motín, cuyos truculentos grabados llenaban nuestra infantil imaginación de un miedo horroroso hacia aquel antro y su dueño. Para los chicos tenía malas pulgas. Vernos bajar a la carretera por su huerta de la Campa, cuando jugábamos a «Benito lairón», le enfurecía sobremanera y nos hacía rodar por el atajo. Unido esto a la instintiva repugnancia que el Congrio nos inspiraba, eran pocas las veces que nos enfrentábamos a él. En cuanto a sus bravatas políticas, había que oír a Pedro el barbero: «Ese es uno de tantos republicanos de Infiesto, que ni llegan al Puente Migoya, ni pasan del Peleón: lengua nada más.»

Había nacido *Andrés el del Portalón* en Santander. Era dueño de la mejor zapatería de la villa, alegre y dicharachero, no se comprendía a un Andrés que no estuviera de jarana. Provocaba a lucero del alba y de una manera tan fina, con gracejo tal, que, lejos de ser ofensivo, era simpático a todo el mundo.

– ¡Señor del Corral! ¿Cómo está usted? –le decía a un aldeanín que frecuentaba mucho la villa y, cómo no, las tabernas.

– (...)

– ¡Vaya con el señor de la Cuadra, digo del Corral!

– (¡...!)

– Pues sí, señor del Cubil, digo de Cuadra, digo de Corral.

– (¡¡...!!)

– Usted perdone, pero como son palabras afines, uno se equivoca con facilidad.

En las funciones de teatro para aficionados interpretaba como nadie los papeles jocosos, haciendo al público desternillar de risa: era un actor de cuerpo entero. Aún me parece oírle cantar en una zarzuela:

¡Quisera ver cien nobles,
colgados de un farol...

Fue uno de los promotores, acaso el principal, de aquella famosísima «Fragua de Vulcano», que, en noble competencia con la «Comparsa China», tanto nos divirtió en los carnavales. Representaba Andrés al dios mitológico, y nos decía con la guasa de siempre:

– La barba es lo peor: ¡media cuenta de lino!

Formaban un trío de pescadores *pur sang*: *Meruques*, *Benignón* y *Pajo*. Y no a bragas enjutas. Oigamos a Benignón perorar a sus compañeros:

– A mí, en lo tocante al ríu, no me fastidia nadie. Ni a pluma, ni a meruquín, ni a guxarapa, ni a merucada; ni con la garrafa, el tresmallu o la de barredera; ni a mano. Donde está Benignón, ya lo sabéis, no pintais nada. Conozco el ríu, desde Nava hasta les Arriondes, piedra a piedra; y los de la Cueva y Espinareu, a güeyos cerraos: igual armo un butrón, que enfilo una merucada; lo mismu me da arreglar una rede, que armar un sedal con tances y cáspios; y, sobre tou, pa buscar plumas de coríu del mar y preparar los anzuelos de pluma, ya lo sabéis, Benignón y el fiu de mi madre.

– Pues aquella truchona que te llevó el sedal debajo el puente, non dirá eso –objeta Pajo.

– Porque les tances estabem pasaes.

– ¡Qué dices hom! ¡Si rompió por el cáspiu!

– ¡Mentira!

– ¡Verdad! Tú sabes muchu, pero también te pases de rosca.

– Mira, Pajo, no me fastidies.

En las continuas peleas entre Benignón y Pajo intercedía el bueno del viejo Meruques.

– Vaya, vaya, dejáivos de eso que ya fiede. Cada un sabe lo que sabe y en paz, y echa otra ronda neñu.

– Estuvisti acertau, Rifaél.

Dicen que el pescado requiere tres baños: agua, aceite y vino. Pues el pescador de oficio, dos: el de inevitable agua y el imprescindible aguardiente.

Dicen de *Linón el Aparejau* (como me lo contaron, os lo cuento) que allá en sus mocedades iba con un carro de vacas, bien repleto de abono, camino de la ería. Uno de los animales dio un mal paso y hubo que desuncirle, sin que ello le preocupara a Linón ni tanto así: ocupó el puesto de la vaca y siguió el carro como si tal suplantación fuese la cosa más natural del mundo. Desde entonces, le quedó lo de «aparejau». Le conocí de viejo, aún era un hombre fuerte.

– Oiga, Lin, ¿cómo fue aquello del nuberu?

– Apuesto que crees que fue mentira. Pues ye tan verdá como nos tenemos que morrer tú y yo. Verás, estábamos segando en tierra de Campos y entamó a ponese oscuro como una tiniebla; así que refociló la primer vez, vimos todos bajar al nuberu, más prietu qu'el diablu, ¡mal añu pa él!, y posase en una collaina que había allí cerca. ¡Co...nejo, rapaz! Empezaron a caer unes pedrisques como la mota de mi deu pulgar, y luego echaben el agua a xarros ¡Co...nejo, y qué barbones tenía el nuberu! ¡Y qué feu era!

– Hombre, Lin, yo creo que usted lo soñó.

– ¡Qué ye, hom! ¡Qué non vea má a la muyer y los líos!

Los chicos le cantábamos en sus barbas:

Sabel la del alma
ponte en el teyan,
Sabel la del alma
compra un pantoduro,
que ahí vien Linón
el Aparejau
qu'el Aparejan
come más qu' un burro.
Tin, tin, arriba
tin, tin, abajo,
que cayó Linón
de la cama en bajo.

No se le conocía ni casa ni brasa a *Pericón de los Reportorios*. Pobre mendigo, para él un portal cualquiera, una cuadra a la intemperie, o la benéfica sombra de un frondoso árbol eran los mejores rincones de palacio para dormir la moña nuestra de cada día. Un Diógenes renovado y adaptado a nuestros tiempos, es posible que el principio sobre el cual reposaba toda su filosofía fuera aquél de: «el estado más perfecto del hombre es la borrachera». Claro que de existir la felicidad en vicio tan degradante, hubiera sido Pericón el mortal feliz por excelencia. Su enmarañada pelambreira al aire, sin maldita boina que la cubra del orbayu, con aquellas barbas engrasadas y sucias, y los retales de harapos que con mucha dificultad cubrían sus menguadas carnes, movían a compasión y lástima. Se comentaba por la villa que era de noble procedencia, e incluso que tuteaba al Marqués. Las limosnas las convertía en un abrir y cerrar de ojos en anís, caña o ginebra, que vertía en un bote de hojalata, compañero inseparable de Pericón, haciendo las libaciones a vista del público.

La *Perlita* y la *Playa*, junto a las siguientes: Rita la Obispa, Rosalía la de Viyao, la tía Vicenta, la cieguina de Coya, Basilisa, la Perversa, la Nana y alguna más, entre ellas; Pericón de los

Reportorios, Rompesquinas, el Raigón, Antonín el de los perros, Bautista y su hermano, Quinato y otros, entre ellos, eran los principales y más populares pobres de pedir que conocí en mi adolescencia. Si la Perlita y la Playa van a la cabeza es por una cuestión de justicia, pues ellas capitaneaban las dos bandas en que se dividía la grey femenil mendicante. Como buenas rivales, en lucha por la subsistencia, endulzaban la nuestra con sus riñas diarias e interminables en las que se empleaban a conciencia dándole a la sin hueso. Ahí las tenéis, sentadas en los portales de doña Norberta, doña Cruz o doña Máxima, esperando la limosna; vedlas, también, junto a los coches de Carrio o de Horga, canturreando lástimas a los viajeros. Pero no es en estos lugares obligados de oficio donde debéis buscarlas, quíá, sino en los de goce y expansión. Arrimadas a la verja del palacio del Marqués, cómodamente sentadas, tomando el sol tras la faena mañanera, lanzando al aire sendas bocanadas de humo, de un humo colillero y espeso, y charlando por los codos. Allí sí que están en su elemento. Se comentan altas y bajas en la profesión: si en los funerales de don fulano van a dar cuatro reales a cada pobre; si a la fonda de Pérez llegó un americanu que dicen ye muy limosneru; si doña citana o en cá de doña perengana van a dar la limosna este jueves. Preside el congreso limosnero la Perlita y por eso reina la paz en Varsovia. Sin embargo, observamos que Florenta se mueve, se agita nerviosa. ¿qué ocurre? ¡Ah! Que por allí viene la Playa, delgadita, un tanto encorvada, ya por su vista corren aires de fronda.

– Ya tenemos ahí a la güestia –dice malhumorada la Perlita.

– Calla tú, llinguaterona, más te valía dir a atender los líos.

– ¡Míá quién habla! ¿Adónde tienes al tu llimiagu? ¿Ya i limpiasti los mocos?

– Traígolu más limpiu que los tuyos, parlaterona, que en tou el día non faces más que dar la parpayuela.

– Fago lo que me da la gana, ¿entiéndeslo? ¡El demói d'ella, que non tien más que picu!

– Y daqué más: tengo uñes p'arrancate el moñu, ¿sábeslo?

– ¿A mín? ¿A Florenta la Perlita? ¡Si gorguties otra palabra, comote el fegadu! Ay, eso sí, tás rabiá porque non te tocó la limosna de cá doña Cruza. ¡Pos tate bien empleau!

– Tamién tú perdisti los dos cuartos del americanu de la fonda Pérez; anda, pa que te amueles.

– ¿Tienes envidia porque gana más que tú?

– Sí, pa contrapelu. ¡Vete a la m.... jergón de fueya!

– ¡Anda p'alla, caravieya, que tal paece una castaña mayuca!

Todo esto no ha sido más que una plática. ¡Qué no será un sermón!

Pepín de la Cueva era natural de la parroquia de San Román. Siempre le conocí viejo, cetrino, descalzo por completo en todo tiempo, le dominaba una manía curiosa por demás: ¡él no era un hombre viejo ni tenía el pelo «canoxu»! La cosa llegaba a tal extremo que cuando una persona de edad avanzaba se acercaba hasta él para depositar en su platillo la limosna, por supuesto, con la mejor y humanitaria intención, pues, Pepín no sólo la rechazaba sino que insultaba al anciano o anciana con inusitada fiereza:

– ¡Vieyonzón, vieyonzona! ¡Eso querés vosotros, pegame la vieyera! ¡Si non vos quitais delante, repuño...!

Antes se moría de hambre que tomar un trozo de pan de persona «canoxa». Hubo ocasiones, perversas por demás, que alguien le ponía un espejo ante su cara, y Pepín al ver lo nevado de su barba, se arrancaba materialmente el pelo de la misma gritando:

– Esto pegómelo el demoniu de Vicentacu y la puñellera de la Muñona: esos dos coldegaos fueren.

– Toma, Pepín, estí cachu de pan –le decía una chica joven.

– Ah, mociquina, dime la verdad: ¿díótelo alguna vieyonzona?

– ¡Sí, Pepín, di que sí! –gritaba cualquier criatura maligna e infantil que por allí pasara.

– Pos entonces que lo coma ella, repuño. ¡Non lo quiero!

– No hagás casu, Pepín, que lo amasé yo misma.

– Ay, mante, Dios te lo pague! –y se marchaba el pobre tan orondo.

Para sacarle del todo de sus casillas no había más que citarle a Vicentacu y la Muñona y decirle que le andaban buscando.

– ¿Vístelos tú, mante? ¿Pasaren por aquí? ¡Ay qué recondelgaos del diablu, que quieren acabar conmigo, y apegame más vieyera entovía; pero, mira –e inclinándose hacia el suelo, cogía unas piedras y las metía en el saco–, pa en cuanto los vea: ¡mátolos, mátolos! ¡Ensinvegonzones! ¡Puñelleros! ¡Cómo los alcuentre...!

Pobre Pepín el de la Cueva, era totalmente inofensivo.

Para mí el más pobre de todos los limosneros fue *Rompesquinas*. Más que flaco, escuálido, con su cuerpo encorvado y cubierto de harapos. Se arrimaba a una puerta cualquiera y allí se pasaba las horas muertas sin abrir la boca hasta que le daban la limosna. Practicaba el refrán de «quien la sigue la consigue», siendo su porfía callada, pasiva, de absoluto mutismo. Inofensivo por completo, despertaba mi admiración aquella forma de ser: sin embargo, andaba siempre con tan malas compañías.

Bautista y la Nana, a ellos creo que dediqué mi mejor fotografía, la más lograda. De Santianes él, genuino representante del cretinismo y medio tonto por añadidura. Pequeña y avispada ella, natural de Mestas. Una mañana, les hice un retrato en plan de novios y al verse en la foto exclamó ella:



M. Montoto. *Un baile en la romería de Sta. Rita, en Les Arriendes, hacia 1915.*

– ¡Bah, qué cosas tién! ¡Si fuera con un buen mozu!

A lo que replicó el Bautista:

– ¡Coñi! ¡Pos no estás tu mala llagartesa! ¡Si non la quita de xunt'a mi ahora mesmu!

Benito el Ciego no pedía limosna, aunque quizá fuere quien más la necesitara. Cochero de profesión, antes de perder la vista, se dedicaba al enganche de los tiros de caballos en todos los coches que llegaban a la fonda de Pérez, así como al cuidado de los animales de los subsodichos coches, para los que tenía una especial destreza. También cuidaba alguna caballeriza de particulares. Resultaba impresionante ver al pobre ciego montar a pelo un fogoso potro y llevarlo a beber a los Caños desde la Corredoría, parecía un imposible, doy fe que jamás dio un mal paso ni atropelló a nadie.

Tocaba Benito el Ciego el violín. A su modo y manera, sin abusar del auditorio. Lo desenfundaba en tres o cuatro días al año; uno, de obligado cumplimiento, era el día de San José para felicitar a todos los Pepes de la villa. Por cierto, que si no le oían, o se hacían los sordos para obviar la propina, después de la primera pieza se arrancaba con esta otra, que se hizo harto popular: «Bien tardan en bajar, con la limosna para Benito / bien tardan en bajar, que ya es tarde y se va a marchar.»

La memoria llega más allá, quizá la ictericia o la agudeza natural del que sabe que está ya en el andén principal esperando el último tren, al que se sube sin maleta y sólo con el billete de ida. Podéis descansar, tranquilos, no pienso abusar, soy como Benito el Ciego; pero, es de ley, de justa compensación que al menos cite de pasada a otros «incunables» de mi Piloña del alma. ¿Más tipos de Infiesto?

Ahí van:

Para completar esta «galería» faltan algunos como Prin y Colada; Toyos el municipal, decano de los talladores de quintos; Manolo el Pontu, al que en un programa de ferias le llamaron Pontonini Andarini por su manera tan singular de correr; Pepina la Pedrera, maestra abastecedora de cañas de pescar; Matías el Herrero, que provenía de «ferrones» a las mejores peonzas del concejo; Vigón, en cuya librería encuadernábamos los libros de texto y adquiríamos las famosas «aleluyas» que tanto nos gustaban; Quinato y Madruga; Antonín el de los perros; Adolfo, el consumado violinista; y de tiempos más cercanos: la Perversa, el Bolsu, Cándida la lloca y otros que, por no cansar al personal, quedan en depósito.

Y bien, querido nieto, observo que al menos durante un par de páginas estuviste como debe ser, callado, sin rechistar, educado y respetuoso con el abuelo, y ello bien se merece que, al margen del agradecimiento, te deje un espacio, reducido, por supuesto, para que con tu mala tinta embadurnes un pedazo de mi autorretrato.

Tu mejor arte lo dedicaste a las clases más oprimidas, a los miserables, a los sin tierra, a los que permanecieron en el olvido porque el olvido forma parte de su existencia. Y sólo una persona con tu sensibilidad artística, ajena al vil metal, es capaz de sacarles del pozo y perfilarlos en el papel con la gracia, no exenta de crudeza, que tu lo hiciste. No en vano, y de ello hace tan sólo unos meses, el fenomenal músico jamaicano Linton Kwesi Johnson antes de iniciar su charla-coloquio en el sala del Club Prensa Asturiana de La Nueva España sobre «El racismo y la xenofobia en la sociedad británica», ni corto ni perezoso, arrancó el cartel anunciador de tu exposición en el susodicho club, con la foto de Bautista y la Nana, por supuesto, y enarbolándola como bandera, de esta manera se dirigió a la concurrencia: «Es la foto más maravillosa que he visto nunca. La imagen captura y resume el sentido de la humanidad, habla por sí sola». ¿Qué había visto Linton Kwesi Johnson en los rostros de tus cretinos de Piloña?

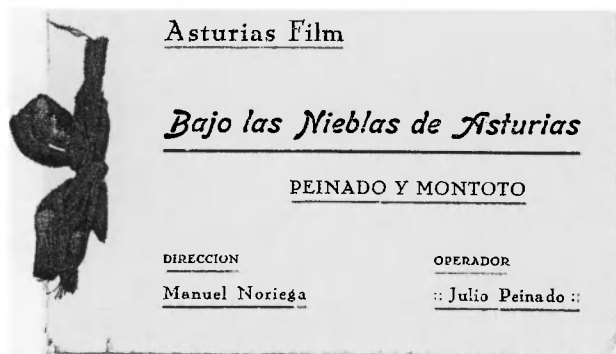
¿El sentido de la humanidad? Mucho me parece, pero, de todas las maneras, el músico jamaicano se disponía a dar una conferencia sobre el sentido de la humanidad y, yo entiendo que tal dirección nos lleva hacia el sentir solidario entre pueblos y razas, sin distinción de colores ni economías, y para el momento en cuestión tu foto, Bautista y la Nana, le vino que ni pintada. Tu nieto piensa como el jamaicano. «El Hombre de los calendarios», «Pepín de la Cueva», «Bautista y la Nana» son el trazo disconforme de un pintor que no quiere ni debe evitar la sombra a un paisaje paradisíaco. Yo estoy convencido que buscabas el perfil agraciado de tu entorno, de aquella Asturias que del verde se tornaba al negro gracias a la intoxicación carbonífera, pero te salían al paso los cretinos, los limosneros, los harapientos, y estaban allí para ser pasto del olvido; sin embargo, tu cámara no los evitó, quedaron incluidos en la foto. Y en primer plano.

* * *

Este capítulo debiera titularse: «Desventuras cinematográficas de un piloñés en ultramar».

Hombre, si no queda más remedio, haz lo que te venga en gana, pero, si quieres respetar la memoria de tu abuelo y ceñirte a lo que tienes delante de tus narices, no cambiaría para nada el título original que da nombre al tercer cuaderno: «Mi viaje a Cuba. Impresiones y diario de mi vida, 12-10-1927 a 22-5-1928».

Con los pies en la tierra sólo es posible caminar, más lento o más deprisa, en definitiva, sólo eso, caminar. Yo no había nacido para pasarme toda la vida caminando. El primer ensayo de no posar los pies en la tierra me lo brindó la moto con el sidecar. Con ella y mi cámara, la mantequilla por supuesto iba también en el equipaje, a fin de cuentas me daba de comer, pues, como decía, la motocicleta permitió que me desplazara a lo largo y ancho de Asturias con rapidez, conocer el último rincón y levantar acta en mis placas de cristal de su inigualable belleza y de sus disparatados contrastes.



Album publicitario con fotografías de la película *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

Don Julio Peinado, introductor en el mundo de la fotografía, fue el diablillo que me tentó a la gran aventura, a subir a la cubierta del buque *Alfonso XIII* para desembarcar nada más y nada menos que en Cuba, con la película bajo el brazo: «Mira, Montotín, si nuestros hermanos asturianos residentes en Cuba se vuelven locos por las fotos de la tierrina, ¿qué no harán si les ofrecemos la imagen viva, que canta, habla, llora de amor o de muerte, sobre las cosas de Asturias?» Pobres, me dije a mí mismo, darían la mitad de su descentrada existencia.

Conocedores Julio y yo de los tímidos intentos de otros fotógrafos como Arturo Trúan Vaamonde y Gerardo Bustillo, también la intrusión catalana de Royal Films a través de su operador José Pons bajo el asesoramiento de la escritora María Luisa Castellanos, de reconocida cursilería. Fueron intentos intranscendentes, no supieron captar el intrínquilis que el emigrante demandaba de su tierra natal. Y digo yo, también lo dijo Julio Peinado: ¿Qué pasaría si por medio hay una historia, una trama donde entren personajes tales como el emigrante, la familia del mismo, el malo de la película, el mocín, y todos entren al juego del amor, de sus inseparables celos y venganzas, y quizá la muerte como colofón? Y el escenario, Asturias, de norte a sur: puertos como el Musel o el de San Esteban de Pravia, azul incierto como telón de fondo, el campo asturiano, verde esperanza, la minería, negro luto y carbón, y alguna

pincelada grisácea sobre los techos burgueses de Oviedo y Gijón. Así cuajó la idea de *Bajo las nieblas de Asturias*.

Es muy posible, querido nieto, que con el poco cuidado que pusisteis en mis cosas, a estas horas, a las tuyas me refiero, sea punto menos que imposible recuperar el film. Deberías intentarlo. De momento, y por si al lector le pica la curiosidad, haré una sinopsis del guión:

Rosina, una criatura menuda, revoltosa y algo pizpireta (el papel lo hace tu madre Adosinda), tiene un noviacu del que está perdidamente enamorada. Ella es hija de Pinón, un afamado picador, más famoso por su buena maña en la pelea y por «desfacer romerías» que por otra cosa. El noviacu quiere hacer las américas y embarca en San Esteban de Pravia con destino a Cuba. Es cuando tu madre, la novia, le canta eso de «la despedida es corta la ausencia larga». Y larga que fue, y muy sustanciosa para el mozo, que con tesón, trabajo y picardía, cualidades éstas imprescindibles para abrirse camino por aquellas latitudes, consiguió un puesto de relativa importancia en un prestigioso comercio de La Habana. Si entonces hubiera regresado a casa y se hubiera casado con la hija del minero, la cosa habría quedado redonda. Peo no, no fue así, él se enamoró en La Habana de la hija del jefe de su industria, una real hembra (el papel lo encarna la bellísima Lina Moreno, de Madrid). Por supuesto, el padre de la criatura no quiere ni oír hablar de casorio, y menos con un don nadie, e intenta disuadir a su niña de tales pretensiones. La manda a Asturias, pone distancia de por medio, por eso de que la distancia es el olvido, y de paso a darle otra oportunidad a la chica, que conozca la flor y nata de los círculos de Oviedo o Gijón. Pero que si quieres arroz Catalina, el mozo (papel que representa el galán de moda Carlos Vergel) la sigue y da con ella en Asturias. Rendido ante la contundencia de aquel amor, el padre de la chica consiente el matrimonio. Y se casan en Covadonga, a los pies de la Santina, cuna de la Reconquista. Y aquí podría haber terminado la historia. Un desenlace sin pena ni gloria. No, hay que dar a la historia



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

otro final. Lo que no saben los felices desposados es que, paralelamente, a su bella historia, otra, mucho más trágica está aconteciendo en casa de la pobre Rosina, la antigua novia, la hija de Pinón el picador. Rosina muere de tisis y de pena, más de lo segundo que de lo primero. Y el hermano, de la misma madera que su padre, decide vengar su muerte. Corre tras la pista de los desposados, que tuvieron ya su primera criatura. El salvaje minero va dispuesto a todo. Aquel malnacido, en un imperdonable descuido de la feliz pareja, secuestra al bebé y desde uno de los puentes por los que discurre el ferrocarril de Langreo, lanza al inocente a las aguas turbulentas del río Nalón. Milagrosamente, y remedando el pasaje bíblico de Moisés salvado de las aguas del Nilo, la Benemérita lo rescata, ¡vivo y berreando!. Entonces...

No sigas, abuelo, que ya me lo sé. Entonces la Guardia Civil da con sus aquejadumbrados padres, les devuelven al neñu de teta sano y salvo, sólo un ligero catarrín. Al tiempo que otros números del benemérito cuerpo dan con el perverso hermano de Rosina y lo conducen a la cárcel de Laviana y, muy posiblemente, el garrote vil termine con sus días. Y colorín colorado...

Se necesitaba un buen capital para el rodaje de *Bajo las nieblas de Asturias*, y a pesar de que

algunos de mis hijos actuaron en la película, tal fue el caso de Adosinda, Paco y Fernandín; galanes y actrices estaban por las nubes. Nunca quise saber lo que cobraron Lina Moreno y Carlos Vergel, no digamos el famoso director don Manuel Noriega, que más tarde dirigiría *La casa de la Troya*. Y fue Mantequerías Arias el hada madrina que invirtió sus dineros en nuestro ambicioso proyecto, y humanitario a la vez. El rodaje se terminó a principios de 1927. Ahora, sólo un pequeño problema, ¡ja, pequeño!, la distribución del producto. Las distribuidoras norteamericanas, que dominaban la isla, se hubieran quedado con casi toda la ganancia. Y no había más. Claro, a no ser que Montotín cogiera la película bajo el brazo, se embarcara rumbo a la isla caribeña y él mismo la distribuyera. Y Montotín así lo hizo, entre otras cosas porque no había más soluciones. Tu abuela Adosinda estuvo los días que antecedieron a mi marcha de morros, y no me extraña. En Villamayor se quedó la buena mujer, atendiendo los negocios y a la prole. Y yo a Cuba. Con la dichosa película.

Bien, Manolín, ahí tienes mi diario de Cuba. Léelo y comprenderás que el título que tu querías ponerle es más propio de un corto de Chaplin. Tu mismo lo reconocerás, la cosa fue mucho más seria. Así que déjame con:



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926, con el castiello de San Martín y la ría del Nalón, al fondo.

MI VIAJE A CUBA
IMPRESIONES Y DIARIO DE MI VIDA
 12-10-1927 A 22-5-1928

12 de octubre

Hoy, día de la Virgen del Pilar, a eso de las cuatro de la tarde salíamos de Villamayor en el coche de mi sobrino Alfredo Arias. Ibamos camino de Oviedo. Me despedí de la familia en el comedor de la casa. Adosinda apenas levantó la vista del suelo. Estaban allí también Natalia y Manuel, mis buenos amigos. Cuando el coche enfiló la carretera estuve tentado a volver la vista atrás, me resistí, no hubiera tenido mucho sentido ver mi villa del alma cada vez más pequeña, y más pequeña, y luego perderse en el horizonte.

14 de octubre

Mi hija Carmina anda algo delicada de salud, no parece que la cosa sea de importancia. En el tren correo salí para Gijón, no sin antes despedirme en la estación del Norte de Faustino y Paco Sarandeses. Ya en Gijón lo primero que hice fue dirigirme a las oficinas de la Trasatlántica para recoger y pagar el pasaje. Julio Peinado y su hijo Juan me acompañaron a hacer las últimas compras de rigor. Quise que mi última comida en Asturias fuera en un gran restaurante, que me dejara un buen sabor de boca, y Julio me indicó que el mejor de Gijón era el restaurante Mercedes. Comimos opíparamente. Llovía si Dios tenía agua cuando salimos del restaurante. Un tranvía nos llevó hasta el Musel donde aguardaban para des-



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

pedirse la familia Arias al completo: Angel y Antonio, también estaban Angelín, Felicita, Alfredo y Ulpiano. Las despedidas nunca deben alargarse, carece de sentido, y si encima llueve a cántaros con más motivo. Abreviamos, besos y apretones de manos, y los Arias se fueron a sus coches. Media hora más tarde abandonaba la cubierta del barco mi amigo y socio Julio Peinado junto a su hijo. Y a las cinco en punto, una hora muy torera, el Alfonso XIII se hizo a la mar. Comenzaba la andadura de *Bajo las nieblas de Asturias*, y lo hacía lloviendo, como es habitual en nuestra bendita tierra, que en ese instante me pareció más bendita que nunca. La lluvia y la bruma no dejaron admirar la belleza de la costa asturiana.

Con el corazón lanzo un adiós a los míos, a la Santina de Covadonga y a Asturias.

Bajé al camarote, anocheció.

15, 16, 17, 18 y 19 de octubre

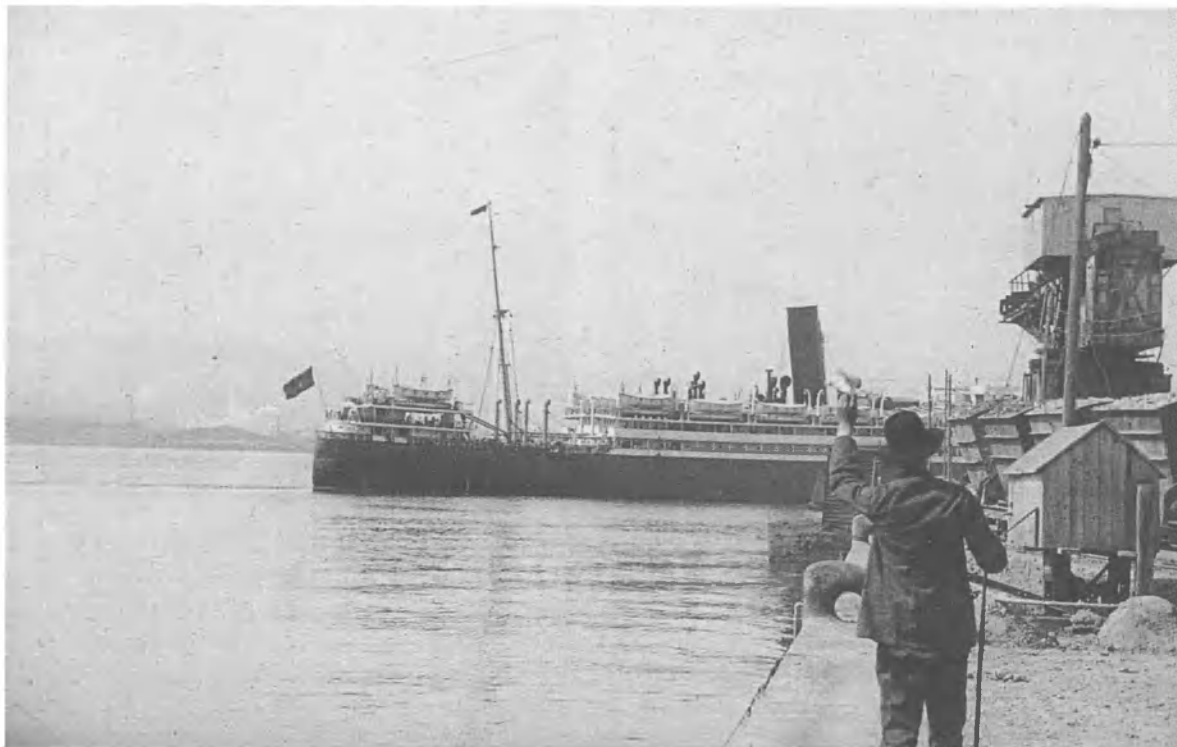
Al día siguiente de hacernos a la mar pasamos por la costa gallega, escala en Coruña, y de nuevo a la mar. Adiós a España. Me rondaba el mareo. Y los días siguientes fueron de mareo total. No pude salir de la cama y menos del camarote, es tremendo, jamás imaginé lo que se sufre en tal situación.

Recibí los cuidados del camarero Zaragoza. Aunque mi billete era de segunda clase, merced a una buena recomendación al Sobrecargo, me facilitó éste un camarote de primera para mí solo. No sé cómo pagarles tales favores.

23 de octubre

Hoy es domingo. Luce un sol tropical, el mar es un gran lago, ni la más pequeña ola, así que parece que el barco no se mueve, *e pur si muove*. Subo a cubierta y a las diez voy a oír misa en el *hall* de primera. Una misa a bordo en día de fiesta es algo emocionante, sublime: El capitán y la oficialidad de gala; las señoras y señoritas elegantísimas, la mayoría de los caballeros de rigurosa etiqueta. La orquesta nos regala escogidas melodías mientras se oye la misa con verdadera unción y religiosidad. Estamos en pleno océano y el espíritu se eleva a más altas regiones. En el instante de elevar la sagrada Hostia, a los vibrantes sonos de la Marcha Real española, adoramos a Dios y rogamos por nuestra patria, personificada en el busto del Rey que adorna el centro del *hall*. ¡Momentos que no he de olvidar jamás!

El día se pasó alegremente. A la hora de la comida, siete de la tarde, dos señoritas ataviadas con el españolísimo mantón de Manila postularon por todas las mesas de primera, segunda y



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

tercera. Recogían fondos para el Montepío de Naufragos y recaudaron la nada despreciable cifra de 1.300 pesetas. Por la noche se organizó en cubierta un espléndida verbena, con iluminación eléctrica y toda la pesca, de fantástico efecto, sin que faltara al lado de la orquesta el piano callejero de manubrio. El primero en salir a bailar fue el capitán, invitando a una de las señoritas postulantes; a los cinco minutos todo el paseo era un salón de baile como he visto pocos. A todos nos obsequiaron con sandwiches, pastas y mil golosinas, rociado con abundante champaña *frapé*.

He podido observar que la intemperancia de algunos, y de algunas, todo hay que decirlo, les lleva al extremo de faltar a las más elementales

reglas de urbanidad. No les disculpa el calor, que se hacía sentir bastante, ni el riquísimo champaña. Mi pobre estómago convaleciente me toleró una copa, y gracias. Me retiré a las doce, cuando la fiesta estaba en todo su apogeo.

25 de octubre

A las doce del mediodía luce un sol espléndido después de un tremendo aguacero. Pasa a nuestro lado un barco petrolero y se ven algunas parejas de patos marinos. Nuestra ansiedad va *in crescendo*, se corrió la voz de que pronto divisaríamos las costas cubanas. No fue el grito de Rodrigo de Triana, pero a fe mía que se le debió parecer bastante, lo que oímos a las cinco de la tarde: ¡tierra, tierra! A la vista, a gran distancia, se adivinaba la



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.



Fotograma de *Bajo las nieblas de Asturias*, 1926.

montaña que llaman «El Pan de Matanzas». Hasta la puesta de sol tuve la vista fija en las costas de la isla y, ya entrada la noche, vi con toda precisión a lo lejos las luces de un poblado. Un marinero nos dice que es la villa de Saruco, de la provincia de La Habana.

A las siete comimos, apresuradamente, en todos los rostros se vislumbraba un gesto de alegría. El ajeteo del inminente desembarque fue un auténtico jolgorio. A las ocho se divisa el faro del Morro y a las ocho y media en punto, ¡gracias a Dios!, embocaba el Alfonso XIII la hermosa bahía habanera, recibido por las cantarinas sirenas del puerto.

Desde la borda contemplé absorto, maravillado, el soberbio espectáculo que ofrece La Habana a tales horas, a eso de las nueve de la noche. A los que como yo, arribamos por vez primera a La Habana, la hermosa capital de la Gran Antilla, nos parece estar soñando desde el escenario de un cuento oriental. Sin embargo, la alegría que ese momento embarga mis sentidos sufre, repentinamente, una fuerte sacudida: ¡Toda esta grandeza fue de España! ¡Desdichados gobiernos que no habéis sabido conservar esta joya! No pude contener que mis pensamientos se expresaran a media voz.

De nueve a diez de la noche se efectúa el desem-

barco, un si es no es atropellado por lo intempestivo de la hora, pero como el deseo de pisar tierra firme era grande, todo me pareció de perlas. Las autoridades cubanas, tanto las de Sanidad como las de Inmigración, las encontré amables y correctísimas, y así lo hago constar.

El gentío que rodea el buque, en lanchas y vaporcitos unos, y otros en el muelle es grandísimo. Las voces de los que llaman a los pasajeros por sus nombres produce un ruido ensordecedor. ¡Cuántas veces me habría llamado el amigo Nazario Arias, que atento me esperaba en una de aquellas lanchas! No le oí, fue imposible vernos aquella noche.

¡Ya estoy en el muelle, piso tierra firme!
¡Cuba, amasada más que regada con sangre española, yo te saludo!

Al no encontrarme con el bueno de Nazario, dejé todo el equipaje en la Aduana y con el amigo Argüelles, compañero de viaje, me fui al hotel Perla de Cuba, sito en el Campo de Marte o Parque de la India. Después de adecentarme un poco, salimos a dar un paseo por el Parque Central y en el Salón H tomemos unos refrescos exquisitos de piña. Regresamos a la una de la mañana al hotel. No eché en falta para nada la cama del camarote. ¡Cuba, Dios mío, yo sé lo que vengo a traerte, haber que me puedes ofrecer tú!

26 de octubre

En la mañana bajé a la aduana a despachar los equipajes. Puse a eso de las dos de la tarde un cablegrama a Oviedo, y a las tres visité a Florentino Suárez en su almacén. Más tarde, el amigo Argüelles me condujo hasta los grandes almacenes El Encanto, que visitamos detenidamente, luego terminamos en los de Fin de Siglo, donde saludé a Jesús y Nazario Arias. Cenamos o comimos a las siete de la tarde en el Café de la Isla, nunca uno sabe aquí las horas oficiales del manduque.

27 de octubre

Lo primero que hice hoy fue dirigirme a la fábrica de tabacos La Corona con objeto de saludar a Emilio Rivas. Nos abrazamos como dos buenos amigos y paisanos, y me llevó por el vasto edificio. Allí me encontré con varios chicos de Villamayor que estaban empleados en la casa. Después de la obligada visita, aún con la sensación de no haber cruzado el charco, veía más asturianos que cubanos, regresé al almacén de Florentino. Este me convenció para que cambiara de hotel y me ayudó a trasladar el equipaje desde el hotel Flor de Cuba al hotel Providencia, sito en la calle Aguila n° 112. Es una casa de plena confianza, esmerada limpieza, y una habitación a todo confort que incluye cuarto de baño y «watercloset». Me cuesta setenta pesos al mes, pensión completa.

A primera hora de la tarde visité a Angel Toraño y a Angelito, también a don José Parajón, en sus respectivos comercios. Tengo dudas sobre si La Habana no será una sucursal de Piloña. Después de la cena o la comida, eso sí, a las siete de la tarde, vino a buscarme Jesús Arias con la pretensión de llevarme al Centro Asturiano, primero, y al Centro Gallego, después. El Gallego es muy hermoso, pero ni punto de comparación con el nuestro, que es archimonumental. Goza de mayor importancia que el Gallego, contando hoy, nuestro Centro Asturiano con más de ¡setenta mil socios!, que se dicen rápido. Es como un Estado en chiquito. En su salón de sesiones, un verdadero

Congreso, presencié una Junta General. La sala estaba mediada y no menos de quinientos oradores se sucedían ininterrumpidamente la palabra, de manera desordenada, ponían al presidente don Manuel Muñiz en situación comprometida por no sé qué triquiñuelas del reglamento. Se discutía en un tono poco apropiado a tales personalidades. Tuve una mala impresión de ello que resumiré en pocas palabras: La ignorancia es muy atrevida.

29 de octubre

Necesitaba mi yo –filosofemos– una limpieza interior, lo más exhaustiva posible, y para tal menester me ingerí una purga con el desayuno. En atención a ella y a sus efectos me encerré en la habitación hasta las cuatro de la tarde.

Entre los compañeros de hotel figura un joven madrileño, Pedro Palomero, secretario de las Oficinas de Turismo Hispano-Cubano. Dichas oficinas están ubicada en la Manzana de Gómez, número 340. En ellas, Pedro Palomero me presentó al presidente, don Francisco Salamanca –pariente próximo del Marqués de la Rodríguez, de Oviedo–, y a todos los empleados. El señor Salamanca me dijo que considerase aquellas oficinas como propias, y es más, me destinó una mesa exclusivamente para mí.

Y es que los españoles en Cuba no se andan con cumplidos: lo ofrecen de corazón, se acepta y en paz. Pasé una tarde muy agradable, espero que no sea la última en aquellas oficinas, y me reí muchísimo con un joven poeta, un tal Nicolás Guillén, por lo visto, asiduo «entretenedor» de la tertulia. Me suenan aún el eco de sus versos tan simpáticos y pegadizos, parecen estribillos de canción: «Ya yo me enteré, mulata/mulata, ya sé que dise/que yo tengo la narise/como nudo de corbata.»

30 de octubre

Por efecto de la purga, hoy me excuse de todo compromiso gastronómico. Emilio Rivas me vio desmejorado y se empeñó en llevarme a la Quinta de Salud La Covadonga (*hoy Hospital Salvador*

Allende). Admiré sus soberbios pabellones, salas de cirugía, botica, hasta la cocina era digna de ver. Por la tarde di un maravilloso paseo por el Malecón, hermosa avenida sobre el mar de inigualable belleza, seguí por el Parque, el Vedado, los Repartos, la playa de Marianao, orgullo de los habaneros.

31 de octubre

Mejoré notablemente y tengo apetito. Al fin, hoy comenzamos a planear la estrategia a seguir con la campaña cinematográfica. Florentino, Abelardo y yo decidimos que ésta empezase el día 5 del próximo. Volví a dar un buen paseo por La Habana, en esta ocasión, recorrí las calles principales con sus suntuosos bazares, comercios, bancos, almacenes, cafés, teatros; pude ver a la aristocracia habanera, el gran mundo de Fontanils, paseando a pie por la calle de San Rafael.

2 de noviembre

Salimos Emilio Rivas y yo a eso de las ocho de la mañana en dirección a Santiago de las Vegas. Un sol espléndido y una brisa agradable. ¿Qué tiempo tendrían en Villamayor este día y a esta hora? Coche descapotable, carretera asfaltada, velocidad nada escasa, grandes cañaverales, campos de cultivo, potreros, quintas, todo un vergel. Durante el trayecto, Emilio me enseñó gruesos cepos de árboles con su raigambre al aire, son los restos del ciclón del año anterior. Parece increíble que el viento haya abatido esos mastodontes árboles.

En Santiago de las Vegas abracé con verdadera efusión a mi tío Miguel Montoto, casi octogenario, me costó trabajo reconocerle. Sus hijos, o sea mis primos, me enseñaron durante un par de horas la ciudad para terminar en la sucursal que tenía allí La Corona. Desde la fábrica salimos hacia San Antonio de Baños, donde se había abierto otra fábrica, la anterior había sido pasto del ciclón anterior. Allí, en sus amplias galerías, he visto trabajar a cientos de hombres y mujeres, blancos y negros, jóvenes y viejos, en medio de un

inusual silencio absoluto y atentos al lector, que con voz clara y potente, narraba los episodios de una novela. Quería ver de cerca cómo se elaboraba un cigarro desde sus comienzos. Emilio me llevó a la vera de un negrazo, a quien ordenó que elaborara alguno para mí.

– Mire uté –decía el moreno–, eto se hace así y así. ¿Ve uté? Y ya etá el sigarro hecho –y dicho esto, mete la punta del cigarro entre los labios, le da media vuelta para afinar la perilla y me lo presenta muy orondo diciendo– : Vamo, lúmelo nté.

– Muchas gracias, muy amable, pero es que acabo de tirar hace tan sólo un momento la colilla de otro.

¡Caray con aquellos labios bembones, qué lo fume su abuela!. dije para mis adentros.

Por la tarde no se trabajaba en la fábrica, era la fiesta de los muertos; hablando en cristiano y con más propiedad, se trataba del Día de Difuntos. Fuimos a visitar el cementerio de Colón. Aquello era una fiesta cuasi pagana, salvo escasas excepciones. Eso sí, muchísimas flores, en coronas o trofeos, adornos muy costosos y mil zarandajas. Los autos circulaban por las grandes avenidas del campo santo, la gente iba cubierta, lo que no les eximía de reír, fumar, darle a la lengua, todo menos el recato al que obliga el lugar y la circunstancia. ¿Se reza? ¿Se llora? No he visto echar un solo responso. Como en ninguna otra parte allí le va que ni pintado el refrán: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo»

3 de noviembre

Durante la mañana escribí en el hotel, más tarde, a eso de la tres, me dirigí a la casa de Maximino, calle de la Reina, para hablarle de la exhibición de la película en el Casino Español. Convinimos en vernos mañana en los salones de la citada sociedad a las nueve de la noche. Luego comí, o cené, con Palomero y Nicolás Guillén, y después nos fuimos juntos al Café Inglés con el objeto de ver al amigo Alfonso Morata. El me

entregó un pliego de condiciones para el estreno de la película en el Teatro Nacional, pliego que le había entregado a su vez el empresario señor Poli, a quien previamente había sido yo también presentado. La noche era espléndida y Palomero, Guillén y yo dimos un largo paseo por el Malecón, al ritmo de los versos del joven poeta: «¿Po qué te pones tan brabo / cuando te disen negro bembón / si tienes la boca santa / negro bembón?»

4 de noviembre

En el Casino Español nos esperaba Maximino, a Abelardo y a mí. El objeto era presentarme a su presidente, don Laureano Falla Gutiérrez, pero no habiendo llegado aquel insigne personaje diferimos la visita para la tarde siguiente. Maximino me enseñó el Casino Español, en su salón de fiestas figura entre otros el escudo de Piloña. Con tiempo libre, nos fuimos al teatro Alhambra. Vimos el estreno de *El niño de Belén*, por cierto, ni fu ni fa. El teatro de la Alhambra no es ni la sombra de lo que fue en otros tiempos. Hoy sólo cultiva el chiste cubano y castizo. ¡Cuántos teatros hay que le dan no ciento y raya, sino mil y raya!

5 de noviembre

Tampoco hoy nos fue posible a Abelardo, Maximino y a mí ver al señor Falla Gutiérrez. En su defecto nos recibió, el secretario del Casino, el señor Fuentes. Puse todo mi entusiasmo en explicarle al ínclito mi proyecto de exhibición de la película, en función de gala, a título de estreno y completamente de invitación, dedicándoselo al Presidente de la República, la embajada española y, por supuesto, al Casino Español. Me contestó con todo un dossier de evasivas tan poco diplomáticas que no puedo por menos de calificar de pamplinas. El 95 por ciento de estos españoles son unos perfectísimos adoquines, ni siquiera saben saludar, en cambio están más engréidos con su cargo que un *bajá* de siete colas.

6 de noviembre

Maximino me esperaba en La Covadonga, allí me presentó a don Manuel Muñiz, presidente del Centro Asturiano, y le rogó recabara de su gran amigo Falla Gutiérrez el permiso para la fiesta del estreno en el Casino Español. Nos dio muy buenas palabras y quedamos citados para mañana a las cinco de la tarde en el Centro.

Hoy, domingo, poco más se podía hacer para matar el día que dar un largo paseo por toda la población: Cerro, Luyano, Guanabacoa, Cogimar, y Casablanca, en donde nos subimos a un ferry-boat para pasar la bahía.

7 de noviembre

A las cinco en punto de la tarde, con puntualidad torera, allí estaba este menda, en el Centro Asturiano para ver al señor Muñiz. Me dijo que Falla Gutiérrez le había contestado lo que a continuación sigue: «Que el Casino Español no debía patrocinar la susodicha fiesta para no sentar precedentes, y que si la película valía tanto como decíamos: ¿por qué necesitaba de la protección de nadie?». Le contesté, después de salir de mi estupor, que Asturias-Film no buscaba ningún tipo de protección, sino la mejor manera y la más decorosa de presentarse al gran público habanero y, que, desconociendo al representante oficial de la población, acudía a la genuina representación de España para tal fin. El señor Muñiz se encogió de hombros y se sacudió el polvo como buenamente pudo. A estos mamertos les sacas del tema del tabaco y se pierden, en cuestiones societarias, a diez bajo cero.

Como último recurso, le dije al señor Muñiz que, aprovechando la oportunidad, una vez estrenada la película en el casino, de pasarla gratis en La Covadonga, y así alegrar la convalecencia de los enfermos. Y es más, también le di la idea de organizar una fiesta asturiana en el Centro o en un teatro de la capital, y los beneficios íntegros irían a las arcas del Sanatorio Naranco.

— No, no y no —contestó insolente—. Una cosa

parecida me propusieron hace pocos meses unos asturianos y, después de haber preparado el espectáculo y sacar mucho dinero, sólo dejaron en el centro unos trescientos pesos.

¿Qué concepto, vamos a ver, les merece a ustedes este mameluco? ¿Cómo podría aquel idiota dudar de una persona que venía avalada y garantizada por tantos amigos de prestigio? Empiezo a caer de la hurta, a saber quiénes son en realidad esos asturianos que se pasean por Asturias con tanto auto y tanto boato, pero en La Habana... en fin, vale más callar. Como Maximino no he visto ninguno.

Estudie la propuesta que me presentó Morata para estrenar la película en el Teatro Nacional, y vi que son inadmisibles por leoninas: 35 por ciento para el teatro, 30 por ciento para el empresario y el 35 restante para un servidor, que, encima debería correr con todos los gastos, desde los anuncios hasta la orquesta. Este fulano debió pensar que caí de un ñeru de pega. Con mucha cortesía, le mandé a freír espárragos.

9 de noviembre

Ayer, el señor Poli me dijo que tenía interés en ver la cinta. Le puse la condición de que trajera a sus amigos, periodistas y críticos, y la juzgaran con toda imparcialidad. Así que a eso de las nueve de la mañana me fui al Teatro Nacional con las «nieblas de Asturias» bajo el brazo. Al fin, aunque fuera en petit comité, íbamos a proyectar la película. ¡Oh, maravilla! En Cuba no se pueden proyectar las películas sin un encerado previo. Operación totalmente desconocida en España. Otra vez, el *vuelva usted mañana* tan bien reflejado en la obra de Larra. El mismo señor Poli, muy atento él, me dio una tarjeta recomendación para un taller de encerado, calle Aguila 24, y allí me fui con las cintas. Las recogí, enceradas de una puñeñlera vez, a las cinco de la tarde, y me fui al Nacional para avisar al señor Poli. Convenimos en que se pasaría mañana a las tres de la tarde en el Cine Florencia.

10 de noviembre

Confieso que estuve toda la mañana muy nervioso. A no mucho tardar los críticos de arte, los empresarios y la prensa darán su veredicto sobre nuestra película. No dudo de su gran calidad, pero viendo lo que estoy viendo en esta isla, lo que dudo es si estos sujetos tendrán elementos de juicio suficientes para calibrar la obra. Que sea lo que Dios quiera. Salimos para el cine Florencia don Francisco Salamanca, don Nicolás Guillén y yo. Allí nos esperaban los señores Poli, Portoles, Morata, Ramón Pérez, Boche, y otros cuyos nombres no recuerdo, también había algunas señoras.

Primero se proyectó el documental *Covadonga* y a continuación *Bajo las nieblas de Asturias*. Todos confesaron que les habían gustado sobre manera y en lo referente a la técnica fotográfica dijeron que era lo mejor que vino de España a Cuba. El señor Poli tomó buena nota de ello y me mandó pasar por el Nacional a eso de las once. Pobre infeliz, acostumbrado a comerse las películas con propietarios y todo, también quiso conmigo hacer lo propio. Discutimos punto por punto y llegué a ofrecérsela en doscientos pesos diarios durante cinco días, total mil pesos libres para Asturias—film. No lo aceptó y di por terminadas las gestiones del Nacional.

12 de noviembre

Estos días tengo la moral por los suelos. No veo con claridad que la película se estrene en el lugar adecuado. Hoy conocí el afamado cine Campoamor, sin duda es el más elegante y de aristocrática clientela. Una sala muy digna para mi película. ¿Quién la pillara? Salí del cine y me tomé un piscolabis en el calé La Isla. Se encontraba allí el mismísimo Gobernador Civil de La Habana, el nunca bastante chirigoteado «Pechugita», apodado también «Simmigo».

14 de noviembre

Si yo fuera zapatero, de buena gana hubiera dedicado el día a San Crispín, desde la cama.

naturalmente, pues el ajeteo de ayer domingo me dejó el cuerpo molido. A las siete, el desayuno, a las ocho, estoy sentado en mi mesa con la pluma en ristre. Di un voleo a eso de las once, hasta las doce, que me fui de visitas, no de negocios, sino de compromisos. Fui a la casa de don Cándido y sobrinos, con el objeto de ver al hijo de mi amigo Cándido Ribón, de Oviedo, no habiéndolo encontrado me dirigí al almacén de Florentino.

Muy temprano me retiré al hotel. Estoy en dique seco, anclado y preocupado por el futuro inmediato de la película. Cada vez me apetece menos salir del hotel, a no ser por asuntos de negocios o de visitas. Después de la cena, o de la comida, se forman unas deliciosas tertulias en el salón de la música, simpatiquísimas tertulias a cargo de las encantadoras damas: ¡Oh, doña Cristina, doña Laura, doña María, la bellísima Carolina, pica-ruela Olga, y los no menos entrañables señores don Antonio Caravia, Matas y Varela! ¡Qué alegres todos!

16 de noviembre

Hoy llegó a La Habana desde España el Cristóbal Colón coincidiendo con la festividad de San Cristóbal. El teatro Payrét no es precisamente el más elegante de la capital cubana. Me fui a ver a su administrador, el doctor Peñate.

Como ya viene siendo costumbre no estaba allí. Luego me pasé por el Diario de la Marina, era portador de una recomendación de Florentino para el administrador del periódico. Muy amable, me presentó a Francisco Rivero, periodista de la casa, que de inmediato escribió un artículo sobre la película que saldrá en la edición de mañana. Volví a insistir en el teatro Payrét, encontré de milagro al doctor Peñate, hablamos del tema de la película durante una media hora, sin excesivo entusiasmo por ambas partes.

El Templete es el lugar donde dicen que Cristóbal Colón ordenó celebrar la primera misa cuando desembarcó en la isla. Hoy, permiten su visita al público, no le encontré nada de particular excepto el valor sentimental que guarda para los

españoles: es una sala cuadrilonga exornada con tres grandes cuadros al óleo.

18 de noviembre

Viajamos Emilio Rivas y yo a Guanajay. Hora y media de carretera. Salvo la sucursal de La Corona, poco tiene que admirar la villa pinareña: un parquesito, la iglesia y mucho caserío. Visitas y más visitas: a La Filosofía de Juan Mamerto; el comercio del hermano de la Andaluza; restaurante América, propiedad de un cangués y ya en La Habana, a Regino Lopéz en su quinta del Vedado. A las ocho volví al hotel, y a la cama, no pegué ojo: un mes y seis días desde que salí de Villamayor y sigo dando tumbos con la película bajo el brazo. En vez de titularse la misma *Bajo las nieblas de Asturias*, debiera ser *Bajo el brazo de Montotín por La Habana*.

19 de noviembre

Salí a la diez de la mañana hacia La Corona, le comenté a Emilio Rivas la posibilidad de que Regino López, que había mostrado gran interés por la película, podría sacarnos del atolladero. Volví a visitar (no hago más que visitas, creo que mi oficio es el de visitador) al doctor Peñate, como dije, administrador del Payrét, desde allí la turné: de La Corona a las Oficinas de Turismo y por último fui con Morata al Centro Asturiano, se inaugura oficialmente mañana. Llevaba la intención de recabar una tarjeta de invitación para el solemne acto. El señor Cima, el secretario del Centro, se cerró en banda: ¡Se concluyeron las tarjetas!, así me recibió el mameluco. Este Cima, sobrino de su tío, es aún más animal que el viejo, que ya es decir. Y volví al Payrét, cada vez me parece más elegante, durante dos horas seguí discutiendo con el doctor Peñate. ¡Qué duros son estos tíos!

20 de noviembre

Oí misa en la iglesia de los jesuitas. Luego Emilio Rivas me esperaba con su auto para dar un

voleo. Corrimos tres horas por La Habana. El día espléndido, el cielo es tan azul que en el horizonte no se distingue del mar, parecen la misma cosa, diría que el mar se tiñó de un azul celeste en esta radiante mañana dominguera. El Vedado, los Repartos y las Marianas constituyen lugares de delicado encanto, muy en particular, el Vedado. Se trata de una ciudad-jardín sin parangón en el mundo, con su flora de eterna primavera, su colosal extensión, la suntuosidad de sus chalets, y una limpieza extrema que te permitiría hasta comer sobre sus aceras, y a la vista del público, no existen verjas, la frontera entre los jardines de las casas y la calle son platabandas de medio metro de altura y, sin embargo, ¡cuánto respeto a la propiedad!

Cincuenta años más tarde, yo también pasé por el Vedado. A pocas cuerdas del hotel Habana Libre contemplé un Vedado sucio, desgredado, comido por la maleza, plétórico de negros bombones asomados a unas ventanas sin cristales, y algunos antiguos propietarios de tez blanca se oxidaban bajo el porche de su mansión señorial junto al auto que antaño fue signo de lujo y poderío, hablo del antaño de Batista, por ejemplo. Y en esto, llegó el Comandante y mandó a parar, y se acabó la diversión. Perdona, abuelo, tanta intromisión, y termino, lo prometo, con unos versos de Nicolás Guillén, otro poeta muy distinto del que tuviste la fortuna de conocer en su juventud sandunguera y poco revolucionaria:

*¡A devolver los millones,
que son para los obreros!
La nube en rayo bajó,
ay, Cuba, que yo lo vi;
el águila se espanto,
yo lo vi:
el pueblo canta, cantó,
cantando está el pueblo así:
—Vino FIDEL y cumplió
lo que prometió MARTÍ.
Se acabó.*

(Tengo, 1964)

21 de noviembre

Telefoneó Emilio Rivas desde La Corona a mi hotel:

— O viene usted aquí, para que yo le acompañe, o va usted, a las diez, directamente al teatro Alhambra, donde le espera Regino López.

Consciente de las múltiples ocupaciones de mi amigo, me presente solo, a las diez en punto y en el lugar convenido. Hablamos largo y tendido del asunto, y desde allí, sin más esperas, salimos en dirección a las oficinas de Ramiro Lapresa, agente de espectáculos. La presentación no pudo ser más rápida y contundente:

— Mira, Ramiro, aquí el señor Montoto que viene de España con una película de costumbres asturianas. Todo lo que por él haga, considéralo como si a mí me lo hicieras. Y ahora, bien, en materia de números, entiéndanse ustedes —y sin más, el señor Regino salió por la puerta.

Tan pronto se fue, me dijo Ramiro:

— Todo cuanto yo soy se lo debo a Regino López. Nunca quise trabajar con películas: sin embargo, la de usted será mi debut pelicularo, la atenderé por encima de todo. ¡Con ese padrino que se ha traído usted, no es para menos!

Discutimos las condiciones. Consulté, como es preceptivo, con Florentino y Abelardo, y estuvimos de acuerdo en que el señor Ramiro Lapresa, desde hoy, fuera el agente de la película.

¡Ahora viene el trajín!

La maldición esa del gitano que reza: «¡Ojalá tengas pleitos y los ganes!» es sumamente inocente, debiendo reemplazarla por esta otra: «¡Ojalá vayas a Cuba a explotar una película.» Pobrecito aquél al que se la echen.

Abelardo, Ramiro y yo nos fuimos al Payrét. Contratamos el gran coliseo por 500 pesos para los días tres, cuatro y cinco de diciembre, con derecho a cuatro funciones repartidas en los tres días, a saber: una el día tres, dos el cuatro, y el día cinco la última función. Al tiempo de firmar el

contrato le oí a uno de los dependientes de la oficina decirle a otro: ¡Qué tirada se llevó el gallego! A lo que para mis adentros, respondí: ¡Ya me lo dirás el día del estreno!

Le pasé a Ramiro la película en el teatro Martí, cedido por Chamaco Longoria.

22 de noviembre

Estoy batiendo mi propio récord: ¡once horas consecutivas en la calle! Ramiro estuvo conmigo parte de ese tiempo que dedicamos a todo: a vueltas con los operadores, alquiler del aparato cinematográfico (en el Payrét no lo hay), contratar músicos para la orquesta, también a los cantantes. ¡Cuándo llegará el día del cine sonoro! Y no vayan a creerse que Cuba es como España, ¡ni por asomo! Hay personajillos que requieren diez visitas para acceder a ellos. Pasó la mitad del tiempo calentando sillas en salas de espera. ¡Para volverse loco! Al final de la jornada, recalé en el almacén de Florentino, dándole los pormenores de mis abigarradas gestiones.

Este país es de lo que no hay, ves que se mueren de necesidad y cuando les ofreces trabajo parece que se caen a *peasos*. ¡Qué vagos! ¡Jamás les he visto con prisa! En su descargo diré que la *caló* les hace indolentes. Y en lo que se refiere a la puntualidad, ¡la caraba!, si queda con uno a las diez, pongo por caso, y llega a las once y media puede darse usted por contento.

23 de noviembre

Me presenté en los bajos del Payrét, calle Zulueta, le entregué a Ramiro un montón de fotos mías sobre Asturias. Cree que esa es la mejor propaganda para la película. Florentino me dejó los 500 pesos para el arriendo del teatro, y a las diez de la noche, Ramiro y yo, firmamos el contrato.

24 de noviembre

Ramiro me comentó que el mejor sitio para contratar cantantes era el Salón H. ¡Ay, Montotín,

qué tareas tan puñefleras! No es mi fuerte las cosas del cante, me gustaron las voces de Frayón y Emilia Benito.

27 de noviembre

Estos días me los pasé en la cama, un inoportuno resfriado fue el responsable. Oí la misa dominical en los jesuitas. Y me retiré al hotel, aún no estoy bien del todo, y además he de redactar algunos artículos para la prensa por encargo de Ramiro.

¡Pero cómo se divierte uno en Cubita la bella, caballeros!

29 de noviembre

Escribo en plan telegráfico, no tengo tiempo, las condenadas e interminables visitas: al grabador, al bar Manín, al bar Piloña, al café Salón H donde estuvimos con Frayón (como siga pensándose mucho lo mando al carajo), oficinas de Turismo, oficinas de Floro, al Centro Gallego y al Teatro Nacional. Hago constar que estuvieron muy atentos conmigo en el Centro Gallego.

1 de diciembre

Dentro de tres días el estreno y tengo las cosas poco menos que hilvanadas. Este país no da para más. Y estoy agotado; sin embargo, no es momento de desfallecer. ¡Ni hablar del peluquín, Modesto! En dos palabras, hoy, fuimos lo primero al Ayuntamiento para solicitar la censura de la película, luego al Payrét para recoger las entradas y sellarlas, menuda tarea ingrata y fastidiosa, y, cómo no, al Salón H a buscar a Frayón, que no estaba, tampoco le vimos en el café de La Isla. Verás, Montotín, cómo al final vas a tener que cantar tú. Hasta las dos de la madrugada visitando redacciones de periódicos, anunciantes, y carteleros.

2 de diciembre

Víspera del estreno. Imposible anotar las idas y venidas, visitas, antesalas, esperas, vueltas y

más vueltas en el día de hoy. Desde las nueve de la mañana hasta las dos de la madrugada fue un continuo ajetreo para Ramiro y para mí. Ahí va la lista: censura de la película; contrata para filmar las elecciones del Centro Asturiano; ensayos de la orquesta; ensayo de los cantantes, la Benito y Frayón, éste se decidió a última hora gracias a un sobresueldo; instalación de los aparatos de proyección; permisos de la Jefatura de Policía; reparto de las invitaciones para la función de estreno que tuve que hacer personalmente.

De todo lo dicho y peor que el cansancio a borde del agotamiento es el temor al fracaso. Por primera vez desde que llegué a Cuba y en vísperas del estreno me encuentro solo, irremediadamente solo, desplazado de los míos, sin el soporte moral que suponen los de casa, los de verdad. Y me pregunto: ¿merece la pena? Prefiero no plantear esa cuestión. Yo tenía una idea equivocada del emigrante asturiano en Cuba, creía en él, estaba convencido de que mi embajada asturiana, con *Bajo las nieblas de Asturias* bajo el brazo, iban abrirme las puertas de par en par, allá donde fuere y un asturiano hubiere. Confieso, y es probable que esto que a continuación se diga pudiera ser producto de la profunda depresión en la que hoy estoy sumido: votaría por un fracaso rotundo de la película. Y así volver cuanto antes a Villamayor. Pero, ¿con el rabo entre las patas? ¡Eso, jamás!

3 de diciembre

¡HOY GRAN ESTRENO!

A las ocho de la mañana aún repartía este menda por La Habana el resto de las invitaciones del día anterior, a la vez que prospectos y fotografías de propaganda para exhibir en los principales escaparates. Almorcé sin ganas, tenía que meter algo en el cuerpo. Por la tarde, los últimos ensayos y preparativos, hasta las siete, hora en que fui a comer. A la media hora volví al Payrét.

El vestíbulo del teatro estaba abarrotado de gente sacando entradas, algunos conocidos que me

salían al paso ya me felicitaban por las dos colas de las dos taquillas. Estoy nervioso, tiemblo como una magdalena, ni sé lo que me pasa, ni lo que contesto a lo que me preguntan, voy y vengo de las oficinas al Payrét como un autómatas. Cada vez son más, el barullo va in crescendo. Llegan autos con personas importantes, felicitaciones, apretones de mano, saludos y palabras de ánimo de las familias amigas. Decididamente no resisto el aturdimiento, me voy a mi puesto, junto al escenario, mientras Abelardo y sus dos hijos quedan al cuidado de las dos taquillas.

¡Las nueve en punto! ¡El Payrét, el teatro mayor de La Habana a tope! Al preludiar la orquesta con unos aires asturianos, se oye la primera ovación con vivas a Asturias. Y empieza la proyección. El corazón me late tan rápido y tan fuerte que apenas distingo a mis hijos en la pantalla. Se escapan las primeras lágrimas.

No pienso abundar en el éxito de la película. Desde principio a fin, no dejaron de oírse los aplausos, a veces, molestos. Nunca se vio cosa igual en La Habana con el estreno de una película. Y está mal que yo lo diga, lo confesaron de manera espontánea aquellos empresarios habaneros que acudieron en masa con el «noble» fin de asistir al fracaso del «gallego». Después se proyectó «Llanes y su concejo», que gustó y también se aplaudió mucho. El apoteosis llegó al final, con la exhibición del corto «Covadonga». Cuando aparece la Santina en la pantalla, la orquesta toca la Marcha Real y aquello fue el delirio. El público, puesto en pie, vitorearon sin cesar a la Santina, a España, a Asturias. He visto a muchos hombres llorar, de todas las edades. Yo el primero.

4 de diciembre

Después de oír misa a las ocho de la mañana y aún no repuesto de la emoción de anoche, me dirigí al Centro Asturiano, donde se celebran las elecciones presidenciales, las que voy a intentar filmar. Me esperaban el operador y el ayudante. La tarea nos llevó toda la mañana. Por la tarde fui al Payrét, entregué las localidades selladas para las

dos funciones de tarde y noche. En la función de tarde, a causa de las elecciones en el Centro Asturiano, sólo se ocupó medio teatro, en cambio, en la sesión de noche se agotó el papel en la taquilla. Más de trescientos individuos se quedaron con las ganas.

En la calle la gente se hacía lenguas y preguntaba a los asturianos, después de leer las críticas de los periódicos, ¿qué ha pasado en el Payrét? y ¿qué tiene esa película?

5 de diciembre

A las nueve de la noche estaba en mi puesto del Payrét. Para dar idea del llenazo, baste decir que en el vestíbulo del teatro un caballero le ofrecía ¡cinco dólares! a un asturiano joven a cambio de su entrada de gallinero. A lo que el joven le respondió: ¡Ni por veinticinco! De ello fui testigo. No cesaron las ovaciones durante la función. Varios amigos, con don Maximino al frente, me pidieron que saliera a escena en el entreacto a saludar al respetable. Me excusé como pude y les di las gracias. No fue suficiente, todo el teatro pedía que saliera Montoto, y salí, en efecto, pero a la calle. ¿Exhibirme yo? ¡Caray!

11 de diciembre

Entre el rodaje de las elecciones del Centro Asturiano y su exhibición en distintos lugares, y la proyección de mi película en distintas salas importantes: Campoamor, Regla. Actualidades; no he tenido ni tiempo ni ganas de escribir en mi diario. Hoy es domingo y, por fin, me tomo un respiro. Bueno, todo es relativo, porque la cantante Emilia Benito, me ha estado dando la tabarra toda la tarde con lo del aumento de sus honorarios. La vieja es de armas tomar. Esta semana próxima será bastante ajetreada. Me han salido contratos con los dueños de varios teatros, tales como el Minerva o el teatro-cine René, en las Marianas. Mañana he de ir a poner un cablegrama a España para pedir la segunda copia de «Niebla».

17 de diciembre

Después de varias horas de oficina, salí hacia las Marianas para pasar la película en el teatro-cine René. En el vestíbulo del susodicho cine tuve que presenciar un acto repugnante e intolerable. Es sabido que en todos los espectáculos «de pago» que se dan en Cuba entera, existe una costumbre, mejor dicho una plaga, y es que la mayoría de los asistentes se creen con el derecho a entrar sin localidad. Los que tal hacen, y son muchos, empezando por las autoridades, se les distinguen allí con el nombre de *botellas*. Ello supone un abuso, capaz de arruinar a empresario grande o chico. Pues bien, como decía, en el vestíbulo se paseaba un policía negro, que ostentaba en el quepis o ros el número 26. También se paseaba un individuo, asimismo negro, que varias veces intentó pasar de *botella*, y otras tantas se lo impedí. Entonces, se acercan el uno al otro, cuchichean, y vienen hacia mí. El policía lo introduce en el teatro al tiempo que extiende su mano y simula echar en el cajón donde se recogen las entradas un trozo de papel como si de la entrada se tratase. Tuve que contenerme por lo que es no armar un escándalo. Pero me quedé muy a disgusto conmigo mismo, un cinismo de tal envergadura bien se hubiera merecido otro trato. ¡Desgraciado país!

20 de diciembre

Con la proyección de la película en una sala de Batabanó y en el salón Rojo de Calzada del Monte, creo que he cubierto el distrito de La Habana y alrededores. Es preciso moverse. ¿Aún más, Modesto? Sí. Así que me compré dos maletitas especiales en una talabartería para llevar las películas en mi próxima *tournee* por la Isla. También fuimos Ramiro y yo a la imprenta, es preciso encargar toda la propaganda para distribuir por los pueblos del interior. Hoy dimos la película en el salón Imperio, poca entrada, descontadas las infames *botellas*. El empresario estuvo amable conmigo. Rara avis entre esta gentecilla del espectáculo.

23 de diciembre

Empiezo a sentirme mal, no sé de qué, lo cierto es que me ronda gran desazón. Quizá influyan en el ánimo las cartas que recibo de España de mi socio Julio Peinado, hablándome del negocio. El hombre sueña con cheques de veinte mil dólares en mano, y aquí, en Cuba, no se ven ni los veinte mil, ni los veinte, a pesar de lo mucho que se trabaja el asunto, y de ello pueden dar testimonio Florentino, Abelardo, Emilio Rivas, Ramiro Lapresa. Hace un par de días, cuando salía para San Antonio de los Baños a pasar la película, me encontré indispuerto y hubo de ir un empleado de Ramiro con la bruja de la Emilia Benito e Isidro el pianista. Ayer la di en un cine de poca monta del Vedado, el cine Olímpie. En ambas ocasiones: lo comido por lo servido.

24 de diciembre

¿Sirve de algo pensar que hoy es Nochebuena y que estoy más solo que la una donde nadie me ha llamado y en una empresa que empieza a tener visos de fracaso? Sería una forma de atormentarse estupidamente. Tampoco me va a servir de alivio quejarme de una salud que veo quebrantarse día a día. Con pocas ganas, ningún humor y a duras penas me levanté a eso de las once y me fui a las oficinas. Regresé enseguida al hotel. Apenas almorcé y después salí a dar un paseo en tranvía: La Habana a Marianas y regreso, unas dos horas por el módico precio, al cambio, de dos reales.

Como mi estado de salud no era nada bueno, no acepté las invitaciones que me hicieron mis buenísimos amigos, Emilio Rivas y Gustavo García, se empeñaban en que cenara con ellos la Nochebuena. Pensé en ir al hotel y sin cenar meterme en la cama y mañana sería otro día. Pero los dueños, amables siempre conmigo, bajaron a mi habitación y, quieras o no, me hicieron subir al comedor. Habían preparado un banquete de cincuenta cubiertos para huéspedes y amigos. La fiesta resultó familiar y simpática. A la hora del champagne fui el primero en brindar:

– Brindo –dije con la copa en alto– por Cuba y por la mujer cubana.

Y me respondió el doctor Beauvidés, cubano, caballero correctísimo y buen amigo:

– Brindo por España y por la mujer española.

El baile duró hasta bien entrada la madrugada, pero yo me retiré a las doce, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo.

31 de diciembre

Mi precario estado de salud y la proyección de la película ocuparon el tiempo de estos días atrás. Se proyectó *Bajo las nieblas de Asturias* en los siguientes cines: una sala de Guanajay cuyo nombre no recuerdo, el Oriente, el Esmeralda de la Calzada del Monte, el Cincinatti de Jesús del Monte, y en el teatro Maravillas. Hoy, último día del año, no hay función. Me retiré al hotel y no salgo más. Después de la comida tuvimos una *juerguesita* en el comedor, esperando el nuevo año con las clásicas doce uvas. A las doce en punto tuve la impresión de que toda La Habana se hundía definitivamente en el mar Caribe: cañonazos en los fuertes del Morro y la Cabaña; sirenas de todos los buques surtos en el puerto, a las que se sumaron las de las fábricas herrando sin cesar; todos los autos de la ciudad alborotando a plena bocina; miles de disparos de pistola desde las azoteas; himno nacional a todo pasto, ¡el acabóse!, ¡una locura!

La Habana no se hundió un solo centímetro, a mi pesar.

AÑO 1928

1 de enero

Inauguro el año con un fuerte resfriado, aún así pude acercarme hasta la iglesia de las Reparadoras –calle de la Reina– donde oí misa. Pasé la tarde escribiendo y estornudando.

2 de enero

Hoy pasé la película en la Quinta de Salud la Covadonga a convalecientes y empleados. Los he visto llorar como chiquillos. Muchos de ellos no volverán jamás a su tierra.

3 de enero

Martín fue con la película al Artemisa y a una sala de Pinar del Río. Lo comido por lo servido, gracias a las condenadas *botellas*. Nunca he visto un país que tenga tantas autoridades.

Como cada domingo fui a misa a los Jesuitas. Hoy se celebra en La Habana la «Fiesta de los Niños» y sólo unas palabras para comentar en qué consistió el evento. La gran casa comercial habanera «El Encanto», de dueños asturianos, acordó un regalo de Reyes a todos los niños de las escuelas públicas. ¡Diez mil criaturas, con sus maestros y maestras al frente de cada grupo escolar se dieron cita en el Parque de Martí! El Parque Martí queda en el centro de La Habana. En él se congregó la numerosa comitiva a las nueve de la mañana. Desde allí se dirigieron de dos en fondo, y en medio de un orden perfectísimo, que no se alteró ni un solo instante, calle de san Rafael adelante, hacia los citados almacenes de El Encanto. Frente a esta casa se levantó artística tribuna, donde los dueños de las dependencias repartieron los regalos. A cada criatura se le entregó un juguete, una cajita de bombones y un frasco de Maltina. A los maestros y maestras, otros objetos de valor. Ni por un momento se interrumpió la circulación rodada, ni hubo el más ligero incidente. Gracias a la buena organización y a la excelente policía de tráfico, que es lo mejor de La Habana.

Después de la algarada infantil, me dirigí a la Quinta de Salud del Centro Gallego, en compañía de don Benigno Varela, con el objeto de precisar la fecha para la proyección de la película a los convalecientes. Se convino en el Martes, día 10, a las ocho de la noche en el pabellón nº 18.

12 de enero

Ha llegado la hora de hacer el equipaje. Pero no para volver a España, ¡ojalá así fuera!, sino para adentrarme en la isla con mis Nieblas en la maleta. Y a decir verdad, dada la situación anímica en la que me encuentro, nada envidiable, moverme creo que me sentará de perlas. A pesar de las buenas amistades que tengo en La Habana, estoy algo cansado del trasiego y de los hipócritas, Pepe Parajón, sin ir más lejos. El que me prometía el oro y el moro en Villamayor, aquí no se moja lo más mínimo. En mi tierra dicen: «Al platu vendrás arbeyu, si non ye de joven será de vieyu».

Fui a ver a mi empresario, el bueno de Ramiro Lapresa, que me tenía preparado y por escrito los detalles de la ruta a seguir así como los contratos con los cines y teatros, día a día. En la estación La Terminal me esperaba el pianista, Isidro Laguna, que me acompañará sólo hasta Cárdenas. Nos hospedamos en el hotel «La Aragonesa», malo de solemnidad, y que no hace alusión a su nombre. Pasamos la cinta a las ocho en el teatro Modernista. La entrada fue regular tirando a mala, viendo cómo está el país, no puedo pedir mucho más. Además, ya me voy acostumbrando a la media entrada, los días de gloria del Payrét ya están en el olvido.

13 de enero

Isidro Laguna el pianista se volvió a La Habana. A Dios gracias, esta noche dormiré mejor, el amigo ronca que es un primor. Mandé facturar a Cienfuegos la propaganda de Nieblas, que no me pase lo de siempre, que se pone la propaganda el día mismo de la proyección. Me arreglé telefónicamente con el empresario del teatro Colón para esta noche pasar la película. En esta ciudad, Cárdenas, hay varios industriales asturianos: don Luis del Valle, almacenista, para quien llevaba una carta de recomendación de Florentino; don Ramón Álvarez, del concejo de Las Regueras, condueño del comercio de ropas La

Marquesita; y dos individuos de Antrialgo, tío y sobrino, de apellido Migoya.

A las ocho pasé la cinta en el teatro Colón. La entrada fue muy floja.

14 de enero

Cienfuegos es una ciudad preciosa, muy distinta de Cárdenas. Después de La Habana es la más bonita. Me instalé en el hotel Unión, muy distinto al de La Aragonesa, excelente cuarto con vistas a la bahía y unos dueños muy amables. Observo que la ciudad está muy limpia y bien pavimentada. Como no hay función, me fui a un cine que anunciaba la película española *La mal casada*, menos de media entrada, el mal es general. Y mira por dónde, allí me encontré a mi gran amigo de Arriendas Manolo Pendás, alto funcionario del Consulado español en aquella ciudad.

15 de enero

Manolo Pendás me llevó en su auto por toda la ciudad de Cienfuegos y alrededores. Lo que más llamó mi atención fue el nuevo cementerio, recién estrenado por casualidad con un asturiano, más que un camposanto aquel recinto es un inmenso parque con avenidas y todo. Lo menos indicado para descansar en paz, pero muy bello el lugar. Las casas de Cienfuegos son modernas, dando a la ciudad un rango de juventud. Su Paseo del Prado es pura imitación del de La Habana, del mismo nombre. Así como también su Malecón hasta Punta Gorda, con sus chalets, sus Repartos y sus Clubs, tales como el Yakt-Club y el club de Regatas. En Punta Gorda se encuentra el fastuoso chalet del parragués don Acisclo Valle. Manolo Pendás me presentó en ambos clubs, en los que fui sobradamente agasajado e invitado a sendos cócteles. Y a eso de la una, Manolo Pendás me llevó al hotel Colón, el mejor de Cienfuegos, donde me tenían preparado un banquete. Nos sentamos a la mesa el cónsul de España en Cienfuegos, el cónsul de España en Sága, un médico de la ciudad, un capitán del ejército cubano, Manolo Pendás y yo.

Se habló de España con gran profundidad y respeto a la Madre Patria, y el champagne abundaba.

A las ocho estaba en el teatro Luisa M. Casado a dar la película. Buena entrada, excelente y caballeroso empresario, excepción hecha en esta bendita tierra de chivos. Y un público satisfecho, aplaudiendo los pasajes de la cinta a cada momento. Estas son las impresiones de la bella ciudad de Cienfuegos.

16 de enero

¿Dónde tocas hoy, Modestín?, solía preguntarme mi madre cuando salía de casa en época estival, tiempo de romerías. Pues, hoy, madre, toco en Santa Clara. Manolo Pendás se empeña en acompañarme, nos hospedamos en el hotel Telégrafo (medianejo). Saludamos a muchos asturianos conocidos, quiénes a porfía nos obsequiaban. Para la noche prepararon, en mi honor, en un restaurante de un paisano de Arriendas, una tabada. No pude aceptar la invitación debido a la función de cine. Después supe que la tabada se comió sin mí, con todos los honores, en vez de nueve comensales, la cosa terminó en nueve talanqueras.

A las ocho de la tarde pasé Nieblas en el teatro Villaclara, donde la función tuvo un notable éxito de entrada y aplausos.

17 de enero

Estoy rodeado, a Dios gracias, de asturianos. Nada más levantarme, esperaba Manolín el de Avelina, de Villamayor, que viaja con la casa de Maximino Fernández. Cogí el tren de la una hasta Sága la grande, directamente fui al hotel Telégrafo, mejor que el homónimo de Santa Clara. En él me encontré con dos camareros hijos de Jacinto Zarabozo, el Zorru de Villamayor. Un asturiano-casín me dio en Santa Clara una carta de recomendación para los hermanos Prado. Dichos señores son nietos del famoso Pepe el Prau, casín, a quien tanto traté. Otro de los socios de esta casa es natural de Santa Eulalia de

Cabranes, sobrino del que fue cura ecónomo de Villamayor, don Manolín.

Hoy la película la pasé a las nueve, en el teatro Principal, continúa el éxito, también los *botellas*.

19 de enero

Próxima estación para don Modesto: Placetas. Llegué a las cuatro de la tarde. Hotel Tullerías: ful, ful, y ful. Iba recomendado a un hermano de Juan Feliz, de Arriondas, llamado Ambrosio, al que tuve ocasión de visitar. Con él estaban otro chico de Robledo (Cereceda) y Pepín Baragaño, de Villamayor.

La función fue en el teatro Eligio Torres. Entrada floja.

20 de enero

El tren para Morón se toma en el apeadero de Zulueta del Sur. Llegué a Morón a eso de las once y un fotingo me llevó al hotel Ritz. Visité al empresario del teatro, un asturiano de Avilés, que a su vez es dueño de un cine en el pueblo de Chambas. Quedamos de acuerdo en dar hoy la función en dicho pueblo, no quedó más remedio que salir a toda prisa para Chambas. Avisaron por teléfono que fueran a esperarme a la estación, y salieron, ¡vaya si salieron! Después de mil fatigas pude hacerme con un carro hecho una ruina y conducido por un negrazo harapiento. Cómo sería el «Rolls», que mandé al moreno abrir la portezuela y cerrarla después. ¡Allí Modesto no ponía las manos ni atado! Tampoco me recosté en su interior, ¡quién!, fui rígido en el asiento. Qué gente tan extremadamente guaira. Y lo que esperaba. Ordené al chófer me condujera hasta el teatro, y así lo hizo. Veo al empresario, y se excusa:

– Uté, perdone, gallegito, pero mi mucha ocupacione no me han dejado ir a bucale.

– ¿Sabrá, usted, de algún hotel, limpio y decente? –le pregunté en tono airado y mordaz, molesto por lo de «gallegito».

– ¿Cómo no? Mu serquita etá el hotel Recreo. Venga uté, venga uté.

Y fui. Ganas me dieron de soltar un pecado fuerte por esta boca. ¡Repanocha, qué hotel! Creo y recreo que en toda la isla no hay ninguno que iguale en indecencia y marranería al hotel Recreo. Sólo pude cenar dos huevos pasados por agua, sin pan y sin bebida, no porque no tuviera hambre, sino por la suciedad, y ¡qué mantel!, si se estruja suelta saín para todo un año.

En el teatro Apolo, muchísimas *botellas* pudieron ver mi obra maravillosa por cero pesos. A la una de la madrugada me retiré. ¿Dormir? Lo hice vestido: ¡buena estaba la cama!

¡Chambas, aunque mil años viva, nunca te olvidaré!

21 de enero

Me tiré de la cama con el primer rayo de luz que entró por la ventana. Antes de nada miré y remiré por si algún bicho cubano se había cebado con mi cuerpo serrano, milagrosamente, había salido indemne. No son de extrañar mis temores. En Cuba, sobre todo en el campo, abunda el alacrán y la araña peluda, pican de lo lindo y, teniendo en cuenta que mi habitación estaba prácticamente a «teya vana», ¿diga usted si mis temores no estaban fundados? Para el aseo una aljofaina con una taza de agua sobre una silla, ni la toqué, no me lavé. Pagué la cuenta y di las gracias a Dios, por supuesto, que me había librado de todo mal en aquella cochambre. Ya en el hotel de Moron, me aseé a fondo, con qué ganas. Salí para dar la función a las nueve en el teatro Apolo. Buena entrada, de malditas *botellas*, claro.

¡Pero qué bien se pasa en Cubita bella, caballeros!

22 de enero

Sin acordarme que hoy es fiesta me levanté a las diez, escribí hasta las doce y ... perdí la misa.

En esta ocasión el tren me llevó hasta Ciego de Avila. Hotel Isla de Cuba, malo de solemnidad.

A las ocho Nieblas en el teatro Iriondo. Buena entrada, pocas botellas y entusiasmo. Observo que si en la concurrencia predominan los *botellas* el entusiasmo es menor. Parece lógico.

23 de enero

¿Y hoy, Modestín, dónde tocas? En Camagüey, madre, en Camagüey. No sé el porqué, me gusta pronunciar este nombre, resulta musical, muy de Nicolás Guillén.

Teatro Avellaneda, hora nueve de la noche, mucho entusiasmo y mejor entrada. Y el mejor empresario de los que traté en Cuba. ¡Ay, si fueran todos como él!

24 de enero

Hace días que vengo notando que mis pies y tobillos se hinchan en demasía. Apenas pude calzarme esta mañana. Preocupado por ello, le rogué al dueño del hotel que avisara a un médico. Le expliqué el padecimiento, y contestó:

– No veo la necesidad de que venga el doctor. Usted lo que tiene es un ataque de ácido úrico, de gota. ¿me entiende?, probablemente efecto del tipo de vida tan ajetreada que lleva y, cómo no, que usted aún no se ha aclimatado a nuestro país. Si le vale un consejo, vuelva hoy mismo para La Habana, donde con unos frascos de Uromil y un reposo de quince días a un mes estará curado.

Sentí mucho tener que abandonar la *tournée*, mi objetivo era llegar hasta Santiago de Cuba. En aquel estado no podría ir a ninguna parte, casi sin poder andar, así que esta misma tarde tomé el tren de las seis para La Habana. Pasé una noche de perros en el tren. Cogí un billete de segunda, que es peor que la tercera de España. El puñefflero afán de economizar no me permitió viajar en primera (en Cuba se entiende) y, total, para lo mucho que me lo van a agradecer.

25 de enero

A las ocho de la mañana llegó el tren a La Habana y a las nueve estaba desayunando en el hotel. Pasé el día encerrado en la habitación. He de poner en limpio todas las cuentas de mi viaje, día a día, cosa por cosa, ingresos y gastos, a fin de mandar a España la nota detallada por completo. No se me escapa en la cuenta ni el valor de una caja de fósforos que comprara, lo que pudiera parecer ridículo. Cuando se trata de varios socios, todos los detalles me parecen pocos.

26 de enero

Recibo carta de mis socios. Corramos un tuquido velo sobre ese particular. Cuando se la di a leer a Floro retumbaba su escritorio con las voces que pegaba. El era testigo de lo mucho que yo trabajaba, y al leer aquellos conceptos nada favorables a mi persona, se puso como loco.

27 de enero

Me telegrafían desde Cienfuegos para que saliera inmediatamente con la película, pues desean volver a ponerla esta noche, lo que se llama la *reprise*. Y ahí tienes a Modesto con la «gota» y las Nieblas, al borde del agotamiento, de nuevo en la estación Terminal. Llegué a Cienfuegos a las cuatro de la tarde. Fui directamente al teatro Luisa M. Casado, y el empresario dice que ha debido de haber una equivocación en el telegrama, pues, estaba prevista mi función para mañana. Así que a esperar. Me albero en el hotel Unión, donde encuentro a Manolín el de Avelina, y juntos fuimos al cine a ver una película española titulada «Malvaloca».

28 de enero

Hoy es la Fiesta Nacional, el aniversario del nacimiento de Martí, el Apóstol de Cuba.

Y para que luego digan los de Oviedo, aquí tienen un ejemplo: entrada más que floja, la razón, ya se sabe, lo de Martí; al 50% de ganancias, como

siempre, me tocaron 16 pesos justos, y gasté 23,50, así que tuve una pérdida de siete pesos y medio. Esto es Cuba, queridos socios. Os guste o no.

31 de enero

Llevo unos días encerrado en el hotel de La Habana. Sólo fui amigo de los Carnavales durante la infancia, ahora me resultan absurdos, irreverentes y lujuriosos. Nada se me ha perdido entre esa barahúnda alocada. De otro lado, está en la Isla el Presidente de EE.UU., el señor Calvin Coolidge, que se prodiga más por tierras mejicanas que por las caribeñas y ello no es precisamente del agrado de los cubanos, por lo que han montado un recibimiento y un festejo totalmente desmedido: ¡Ni que fuera un dios! ¡Allá ellos! Estoy perfectamente en mi cuarto, escribiendo, poniendo las cuentas al día, pues, para mí, ¡un piscis!: «Mis arreos son las armas/Mi descanso, el pelear.»

Recibo una atenta carta del Centro Gallego invitándome a una velada literario-musical en honor de la eximia gallega Concepción Arenal. Angel Mata me acompañó al citado Centro. Y qué razón llevaba el conferenciante: «...si las demandas del obrero fueran secundadas por la moral, el orden y la religión, tal como apuntaba nuestra ilustre mujer, en vez de arrojarse bajo la insignia marxista y atea, otro gallo les cantaría».

En el Centro Gallego son en extremo amables, simpáticos y corteses. ¿Por qué no decirlo? El muy ilustre Centro Gallego le da ciento y raya a nuestro Centro Asturiano. Los asturianos son noblotes, aunque un tanto aventados; sin embargo, los gallegos son más serios y más *pro domo sua*.

10 de febrero

Tal día como hoy, de eso hace treinta años, me casé. ¿Fue casualidad o un acto reflejo de esa ciencia magnética aún sin destripar y que se conoce con el nombre de parasicología? La pregunta me la hago en razón a lo que esta noche me sucedió. Es costumbre, y muy saludable, que este servidor de ustedes se caiga en la cama como un tronco, y de

un tirón se llevé por delante las ocho horas de sueño. Ni las cartas que recibo de mis socios me desvelan. Pero mire usted por donde, esta noche, a eso de las tres de la madrugada en La Habana, que serían las ocho y media en España, voy y me despierto, sin sobresalto, lentamente abrí los ojos, noche cerrada, y completamente desvelado y tranquilo, vuelvo a mirar las manecillas del reloj: ¡las ocho y media en España del día 10 de febrero! ¡Caramba, si hace treinta años, a esta misma hora me estaba yo casando!

Seguí luego durmiendo hasta las ocho. Hoy se celebra en el Parque Central una fiesta en honor del famoso piloto de aviación Limberg. Le eché un poco de cara dura al asunto y diciendo que era reportero gráfico del «ABC» de Madrid me colé hasta uno de los mejores puestos. Presencié la fiesta admirablemente y cuando empezaron los discursos estaba yo en la tribuna presidencial a un metro del presidente Machado. Tiré muchas fotos, en blanco, ¡no llevaba placas!

El resto del día me lo pasé escribiendo en el hotel.

21 de febrero

Martes de Carnaval. Viene a mi memoria los «peliles» de Villamayor. El Carnaval de La Habana ful y ful.

24 de febrero

Se celebra el aniversario del Grito de Baire y, por tanto, otra fiesta nacional. Más que un grito debió ser un aullido, que es la forma más propia de expresarse los separatistas. Por lo visto el 23 de febrero de 1895 este grito marcó el comienzo del alzamiento independentista de Cuba. El grito lo acalla el silencio que guardan los cadáveres putrefactos sobre el campo de batalla y se transforma en un hedor de repulsa (está frase es mía, lo juro).

Dianas matutinas a cargo de las bandas militares, muchos cohetes, descargas de pistolas y de

revólver, en fin, mucho ruido y no poca juerguesita. Se inaugura en el Campo de Marte el Arbol de la Paz, conmemorativo de la Sexta Conferencia Panamericana celebrada no hace mucho en esta capital.

«Vuelva usted mañana», me contestó el empresario del Martí cuando fui con la película *Concejos*. La pluma incisiva del Larra debiera haberse dado una paseíto por esta bendita tierra.

28 de febrero

Hablo con el señor Méndez Peñate, del Payrét, es un tiburón. Le di un poco de coba, y le solté el toro.

—¿Cómo no, señor Montoto? Le sedo el teatro lo día dose, trese y catorse de marzo. A funsión por día, a nuevesientos pesos como tanto alsado o si prefiere: el 40 por siento para el teatro y el 60 para uté, siendo por su cuenta lo gasto y la reclame.

5 de marzo

Hoy se celebran elecciones generales. El país se encuentra paralizado. Es más, ni siquiera las licorerías abrieron sus puertas, y la policía hace guardia para vigilar que no se expendan bebidas alcohólicas. Hoy sólo a agua y la orden se lleva a rajatabla. ¡Como en España!

La guapísima y simpatiquísima Olga Quirós tocó el piano con todo el sentimiento que pone en la música, nos deleitó con algunas melodías de nuestra España. El salón de música del hotel es mi preferido.

14 de marzo

A mis queridos socios, posiblemente, repanchigados en sus poltronas de Oviedo, les dedico mi día de hoy que consta, a saber:

- a) Dos viajes a la aduana.
- b) Encargo en los talleres Power un título para

la película *Concejos*, en dicha tarea puse yo parte de mi ingenio.

- c) Encerado de la película en los talleres de Santos y Artigas. Llevar y recoger.

- d) Alquiler del proyector: dos visitas al alquilador.

- e) Dos visitas a los cantantes, discusión y acuerdo económico. Dificilísima tarea.

- f) ¿Cómo pasar una cinta de Asturias sin el eco de la gaita? Encontrar una gaita no fue fácil, a un buen gaitero en Cuba, imposible. Un aficionadillo podrá sacarnos del paso. No contabilizo las carreteras que tuve que dar en dicha misión.

- g) Tres visitas a la imprenta. Encargando la propaganda de mano y corrigiéndola más tarde.

- h) Sin olvidar al «Diario de la Marina» para la campaña anunciadora.

La mitad de todo esto la hice andando y la otra a pie. Cuando me descalcé, mis zapatos siguieron caminando solos. Se pospuso el estreno para el día 16.

16 de marzo

¡ESTRENO DE *CONCEJOS*!

El calor es asfixiante. Cuando llegné al teatro quedé petrificado al ver tan poca gente en las taquillas. Una vez las puertas abiertas sigue llegando público y al fin se llena el patio de butacas, los palcos y las alturas a media entrada. En definitiva, buena entrada, en taquilla se hicieron 600 pesos, me correspondieron 360, el 60 por ciento de lo estipulado. La película no gustó tanto como *Bajo las nieblas de Asturias*, se comprende tanto paisaje llega a cansar, a la gente le gusta el argumento, que haya trama: exposición, nudo y desenlace. Y la sorpresa del día estuvo en la presencia en la sala del director de nuestra película, don Manuel Noriega, que procedente de Méjico y como director de una compañía de teatro había llegado a La Habana.

— Me alegro mucho de verle —le dije, y no desaproveché la oportunidad para comentar—. Así podrá ver sobre el terreno lo mucho que sobra y lo algo que falta a las películas. Acuérdense lo que discutimos en Oviedo. Creo que usted, aquí, in situ, me dará la razón.

— Desde ahora mismo se la doy, Montoto —me respondió—, ya sabe, que si por mi gusto fuera, hubiera cortado bastante más de lo que suprimí. He de reconocer que cada país tiene sus preferencias, en gustos y otra cosas, y aquí, el gusto de los cubanos va por la línea de lo yankee; gusto, por otra parte, diametralmente opuesto al de España.

«A buenas horas mangas verdes», dije para mis adentros.

El ya cobró, tres narices le importa.

18 de marzo

Hoy es domingo y se dio una sesión *matinée* a las dos y media. Estas funciones siempre resultaron flojas en Cuba. Sacar entre 50 a 60 pesos es todo un éxito. Sólo acuden niños, niñas y viejos machuchos. Pues bien, esta función produjo en taquilla ¡¡267!! pesos. Confesión del empresario Méndez Peñate: «Jamás se ha visto cosa igual en el Payrét». Y en la función de noche, veo nutridas colas en ambas taquillas. Abelardo en su puesto de siempre y yo en el mío. Se recogieron 810 pesos, que junto a los 267 de la tarde suman 1.077, de ellos me quedan libres 646 pesos. Al cambio del día, unas 5.000 pesetas y pico. Con esta película —sin comparación con la de *Bajo las nieblas de Asturias*— se sacaron en tres días ¡1.346 pesos de oro! Ahora se ve el crédito de la marca «Asturias—Film»

21 de marzo

Cuando estrenamos *Concejos* le pedí al doctor Peñate los días 24 y 25 para reprisar *Nieblas y Concejos*, en función completa. Y así me lo prometió y por eso fui a firmar el contrato esta misma tarde. Pero donde dije digo, digo Diego, se rajó, el

gran ca... Ramiro le insiste, pero que si quieres arroz Catalina.

22 de marzo

Tengo un aviso en el hotel del doctor Peñate para que pase por el Payrét. Salí rápidamente para el teatro donde me encuentro a los dueños de la película que pretendían pasar esos mismos días, es decir, a mis competidores. Confieso que mi genio es fuerte y admite «ancas», como suele decirse, pero aquí en Cuba, país de la guasa y el choteíto, ni yo mismo me conozco: todas las cuestiones, por ásperas que sean, las dirimo con la más angelical de las sonrisas. Permítanme que transcriba el diálogo que tuvimos, lo recuerdo muy bien:

Peñate.— Señor Montoto: ¿Sigue usted queriendo dar la película esos días?

Yo.— ¿Cómo no, doctor? Firme el contrato.

Peñate.— Tiene usted la gran ocasión. Estos señores no tienen inconveniente en que se proyecten en la misma función la de usted y la de ellos, repartiendo, naturalmente, beneficios.

Yo.— Les agradezco a todos la deferencia, pero siento decirles que no puedo ni debo aceptar la proposición.

Los dos.— Tenga presente, amigo, que nuestra cinta es una de las mejores de la Paramount, y que sólo ella llenará el teatro.

Yo.— Por esa razón no aceptó. Mis películas valen más bien poco, lo sabe toda La Habana, y aceptando su desinteresada oferta tengo la impresión de estar robándoles el dinero. Estoy con ustedes en que su película llenará con creces el teatro, y les felicito de antemano. A mí déjenme correr el albur solo, como hasta ahora.

Ellos.— Le repetimos, caballero, que se equivoca: acepte, pues.

Yo.— Reitero mis más expresivas gracias, pero comprendan que no debo aceptar.

Despedidas, apretones de mano, saludos y ...vayan ustedes a la eme. Estoy convencido de que Peñate se rajó conmigo para favorecer a estos dos mangantes a costa del gran crédito de nuestras películas, pero le falló la combina.

25 de marzo

Algo acerca de las películas que en Cuba la bella se pasan:

1.— Aquella película, que según sus patrocinadores, «llenaba ella sola el teatro», dio anoche en taquilla poco más de «catorce reales y perrona». Y hoy ya ni se proyecta. ¡Si tendrá Montoto buen olfato!

2.— He tenido en mis manos, porque el señor Peñate me los enseñó, contratos de la Paramount, donde se dan programas buenísimos de películas para proyectar todo un día por cinco pesos.

3.— Viene anunciándose a bombo y platillos una gran producción norteamericana. Se estrenó anoche en el teatro Nacional, y, según el empresario señor Polí, en taquilla se hizo la fabulosa cantidad de ¡cuarenta pesos!

Pudiera apuntar muchos más datos, creo que son suficientes. ¿Cómo es posible que yo haya sacado 1.346 pesos oro durante los días 16, 17 y 18? Comentan los empresarios de La Habana que sólo las películas de Asturias Film dejan entradones. Y ahora viene la segunda cuestión: ¿se ganó dinero con todo y con eso? Lo normal sería que estuviera perdiendo un capital, y el simple hecho de cubrir los gastos de las películas supone un gran éxito. Desde Oviedo es posible que no lleguen a entenderlo, ¡qué le vamos a hacer! Los que me conocieron aquí y se interesaron por mí, siempre me han tratado de loco por cruzar el charco con este «negocio» a cuestas. Mi buen amigo Floro les escribe una carta a mis socios en ese sentido.

1 de abril

Se ganó, hoy domingo, en la sesión *matinée* 94 pesos, y en la de la noche, se hicieron 239, un total

de 441 pesos. Comparen estas cifras con las otras que anoto del día 25 de marzo. Con razón me confiesa el señor Peñate que no siendo la noche que cantó Caruso, nunca se vio otro lleno en el Payrét como la del estreno de *Bajo las nieblas de Asturias*.

4 de abril

Ayer recibí una carta de don Ramón Fresno, presidente del Centro Asturiano de Buenos Aires, en la que se habla del posible negocio de la película en dicha capital. Esta carta, junto a mi respuesta, la envió a Oviedo para su resolución.

5 de abril

¡Jueves Santo! Qué diferencia entre la gran festividad que se celebra en España y lo que por aquí se ve. En La Habana es un día más: los comercios abiertos, el mismo tráfico de todos los días, y los obreros trabajando. A las nueve de la noche salí hacia la iglesia de los Jesuitas con el ánimo de asistir a los Oficios, llegué cuando terminaban y hube de contentarme con hacer la Visita a esta iglesia y luego a la de las Reparadoras. Más tarde, gracias a la invitación de Ramiro, que nos cedió un palco, pudimos ver Pepe Caravia, Anagelito Toraño y yo una función lírico-religiosa titulada *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, en el teatro Payrét.

6 de abril

Viernes Santo, hoy sí: el comercio cerrado, el tráfico de industria paralizado, tampoco se ve trabajar en las obras, en fin, un día dedicado a la religión. A eso de las tres, Caravia y yo salimos para la iglesia de la Merced con intención de asistir al sermón de Las Siete Palabras. No entraba ni un alma más, y tuvimos que dirigirnos a la iglesia de los Franciscanos, donde nos pasó otro tanto de lo mismo. Y es que en La Habana, a pesar de lo que digan cuatro majaderos que no han salido nunca de la bodega, hay mucha religiosidad, como he podido observar. Miente quien diga lo contrario de este bello país.

Dado que fue imposible entrar en las iglesias, nos fuimos al muelle de Luz para contemplar el colosal incendio de los depósitos de gasolina de Regla, al otro lado de la bahía. Fue una catástrofe imponente que causó pavor. Enormes pérdidas que se calculan en ¡tres millones de pesos! No hubo que lamentar desgracias personales.

8 de abril

De nuevo empiezo a encontrarme mal. Esta noche temí ahogarme de un terrible picazón de garganta. Como poco y sin ganas. Mal síntoma, la falta de apetito nunca fue de buen pronóstico. Achaco todo el mal a una depresión moral que desde hace unos días no me abandona ni por un momento. Y es que soy incapaz de marcarme fechas, ¡carajo!, con estos cubanos tan haraganes, indolentes y poco amigos del trabajo me resulta poco menos que imposible seguir explotando la película. He de abrirme, es una necesidad que sentimos de formal imperiosa tanto yo como la película, somos ya la misma cosa: Montoto y Nieblas o Nieblas y Montoto.

10 de abril

Abelardo, Floro, Ramiro y yo acordamos que después de mi marcha seguirá Ramiro marcándole fechas a Abelardo, tanto en La Habana como en el resto de la isla, y se encargará de hacer los ajustes con los empresarios, bien a tanto alzado o a un tanto por ciento. Sea en uno u otro caso, Ramiro cobrará un 10 por ciento de la entrada bruta en taquilla. Abelardo tendrá en su poder las dos películas, así como los clichés para la propaganda y los tres carteles-anuncio al óleo.

Para Santiago de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico llevaré yo la copia de Nieblas aún sin estrenar. Después de explotarla en esta ruta y habiendo de pagar los derechos de aduana en Puerto Rico, dado que la isla es territorio de los Estados Unidos, la mandaré a New York, donde quedará la película en depósito hasta que Abelardo pueda contratar la plaza de Tampa, con

lo que se evitará pagar las tasas de aduana nuevamente. Esto fue lo convenido y aceptado por los tres. Desde el hotel escribí a Oviedo, y les participé mi intención de regresar a España, previo paso por Santiago de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico.

«Las Nieblas de Asturias» no son «Lo que el viento se llevó», y tengo la impresión, por lo que lleva leído tu nieto de este diario, que ya empiezan a disiparse sobre el suelo cubano esos vapores nostálgicos prodigados no tan hábilmente por Asturias Film. Y hablas de Santo Domingo y Puerto Rico, de volver a empezar y por partida doble; abuelo, si no puedes con el alma, que la tienes cansada y enferma, de melancolía, y sólo se te va a curar con los aires de Piloña y los caldines de pita que te preparará la abuela Adosinda. Anda, abuelo, vuelve a casa y no les tengas reparo a tus socios, que ellos no hubieran soportado ni la mitad que tú.

12 de abril

Antón el Platu se embarcó en el Colón rumbo a España. Por un momento, unos segundos tan sólo, o quizá fuera algo más, tuve el deseo irresistible de convertirme en polizón. Salí del puerto hacia la Quinta Covadonga. Mal deben estar los convalecientes, muy pocos asistieron a la función. Más tarde en el almacén de Floro recibo de mi amigo y consejero una buena regañina:

— ¡No trabaje más, y mándelo todo a la m...!

— Sí, sí, están las cosas buenas para no trabajar; aunque reviente atenderé mis asuntos hasta el último momento. Para eso estoy aquí, para morir si es preciso al pie del cañón.

¡Con qué pena le vi marchar!

19 de abril

Sigo cada vez peor. Fui al Consulado Americano en compañía de Floro, y Dios me perdone, reniego de todo lo que veo y lo que me espera, es como si un designio maligno abriera unas

puertas por las que no quiero entrar ni a rastras. Me veo impotente, sin fuerza en el ánimo, y que Dios me perdone de nuevo, pero tengo que decir, aquí, en este diario, mi confesonario particular, que mi alma está enferma, y sólo hay una salida: REGRESAR A ESPAÑA.

Mis buenos amigos Floro y Abelardo no sólo aprueban mi decisión sino que muestran gran entusiasmo por ello. Y es que me quieren de verdad. En el mundo que nos toque vivir: ¡haz amigos!; merece la pena.

Por si acaso, antes de decidirme del todo, le digo al señor Varela, dueño del hotel, que necesito con relativa urgencia que me reconozca un médico. Me llevó sin más dilación, en mi rostro debe reflejarse la enfermedad, a la Casa de Salud del Centro Gallego y me presentó a toda una eminencia médica. Tras un reconocimiento exhaustivo, dijo el galeno:

– Hoy no le encuentro asunto de gravedad. Digo que hoy, entiéndalo, mañana pudiera ser tarde, no debe permanecer por más tiempo en este país. Usted, y muchos como usted, jamás lograron aclimatarse a Cuba. A su edad no es de extrañar. Regrese usted a España, cuanto antes lo haga, mucho mejor.

– Doctor –le respondí–, en ello estaba pensando, créame. Sin embargo, desearía culminar el periplo que Asturias Film me ha encomendado: Santiago de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, y quién sabe si también New York.

– Sería una locura. Tendría usted mucho de que lamentarse si tal hiciera. Deje que la sensatez se haga cargo de sus decisiones, que no tienen por qué ser sabias; simplemente, sensatas. A usted le daña el calor, y en esos países que usted quiere visitar el sol es justiciero y dañino.

– Entonces, ¿doctor?

– Ni lo piense dos veces: a España inmediatamente.

Salí de la consulta con el firme propósito de embarcarme en el primer vapor.

25 de abril

Esta mañana entregué a Abelardo todas las instrucciones, escritas en una libreta, y también toda la correspondencia cruzada sobre la película en Méjico, Tampa, Puerto Rico. Buenos Aires, etc., etc...

Hoy me encuentro muy mal, nada en concreto me duele, esa es la pura verdad, sin embargo, no puedo conmigo. Ayer sudé una barbaridad, el calor me asfixia, no sé qué hacer, estoy al borde de la desesperación, y me encierro en mi habitación para aburrirme. A media tarde me acosté.

26 de abril

– Eso se le pasa dando un paseíto –dijo a la mañana el señor Varela haciéndome levantar de la cama–. Vamos al muelle a saludar al doctor Novoa Santos, que llega de España y al que se la va a tributar un gran recibimiento.

Allí me fui con tan buen amigo y, efectivamente, lo pasé muy bien, teniendo el gusto de saludar y estrechar la mano del eminente galeno.

28 de abril

Pasé por las oficinas de la Trasatlántica: «Vuelva usted el lunes», me dijeron con ese acento cubano que tanto detesto. Yo les mandé a la p...laya de Marianao.

De ahí, nos dirigimos a las oficinas del Lloid Alemán, en demanda del pasaje que saldrá el 8 de mayo. Nos dicen que todo primera y segunda está vendida; sin embargo –¡estos alemanes!– me indicaron que si quiero pueden telefonar a los oficiales, por si alguno quiere cederme, previa compensación económica, su camarote en cubierta. En caso afirmativo tendría que pagar 25 pesos más sobre el precio de primera.

– ¿Le conviene?

– Sí, señor –dije, tales eran mis ganas de salir de Cuba.

Telefona, y el oficial en cuestión acepta, y pago doscientos cuarenta y cinco pesos. Por ese precio tengo que ir en primera de primera. Advierto que la segunda de la Trasatlántica me hubiera costado unos diez o doce duros menos.

30 de abril

¿Cómo —se preguntará él que estos apuntes lea—, escribía tanto Montoto?

Sin máquina de escribir, a pluma, lo que lleva más tiempo. Y hay que ver la serie de correspondencia, contratos, notas, artículos de prensa, instrucciones detalladas y mil y mil escritos más que hube de hacer durante mi estancia de siete meses en Cuba. Nadie me ayudó en esto de escribir, muchas veces robando tiempo al descanso. Téngase en cuenta que, además, es un trabajo que ha de llevarse al día, que no podía dejarse para mañana: «Lo que has de escribir hoy, no lo dejes para mañana». ¡Cuántas veces me habré dormido sobre el papel, a altas horas de la noche, pluma en ristre!

1 de mayo

Como es la Fiesta del Trabajo los cubanos están de francachela. Me dirigí al palacio presidencial con la intención de ver al presidente de la república, el general Machado, y me dicen que ha terminado la hora de audiencia. Entonces, le ruego al ujier le pase una carta de un amigo suyo español. Ahí quedó la carta, yo cumplí mi misión.

En el Prado, donde vive el alcalde, y en homenaje a su persona, desfilarán ante su presencia unos dos mil automóviles de carga y viajeros (a estos últimos les llaman aquí *guaguas*). Un público numeroso ocupaba el paseo. Varios *sones* cubanos alternaban tocando y cantando. En estos soberanos momentos llega un *son* de mucha fama, compuesto de negros, y entonan la canción de moda:

Ay, mamá Iné
ay, maá Iné,
todo lo nego tomamos café.

Pobrecitos, lo que vosotros tomáis es cativía y caquita., ¡Cómo está el país, caballeros! ¡Desgraciada república pudiendo ser la más rica del universo!

8 de mayo

Me pasé estos días ultimando pormenores para la vuelta y de despedida en despedida. Esta mañana di un fuerte abrazo a Ramiro, Peñate y Nazario. Cuando regresé al hotel, cuál no sería la sorpresa, me encuentro con un espléndido banquete preparado en mi honor. Allí nos sentamos don Benigno, doña Laura, Pepe Caravia y ¡medio centenar de comensales!. Me obligaron a decir unas palabras a los postres. Es sabida mi poca facilidad de palabra así como mi extremada timidez, si a eso sumamos que tenía el corazón en un puño por la emoción del momento, entienda el lector que sólo pude articular un entrecortado: «Gracias, amigos del alma». Y lloré, y se me notó tanto que contagié a doña Laura, y ésta a Pepe Caravia, y éste al otro. Don Benigno para terminar con la llantina colectiva descorchó el champagne con gran estruendo, y los brindis hicieron lo propio, o sea, lágrimas por risas.

En el muelle estaban mis amigos, y a todos les di un abrazo, posiblemente, jamás volveré a verles, y me habían ayudado tanto que un abrazo me parecía poca recompensa a sus desvelos y atenciones.

Y subí al vapor. Las cinco en punto, suenan las sirenas, poco a poco, bajo mis pies siento que una gran plataforma se mueve, hacia un destino lejano, se mueve sin retorno, vuelvo a casa, no paro de repetírmelo, ¡a casa, casa, casa...! Salimos majestuosamente de la bellísima bahía habanera, nos rodean un buen número de lanchas y gasolineras, si una fiesta fue el recibimiento, la marcha no es menos, y el Morro también sale a despedirme, metido en un contraluz que deja ver una silueta casi fantasmagórica: ¡adiós, Habana! A las seis perdimos de vista las costas cubanas.

9 de mayo

Buen camarote, de primera especial: amplio, bien ventilado, con baño y watter, una cama, no litera, una comodísima *chaise longue*, mesa de escritorio, armario, y todo de una elegancia superior, a lo grande. En el mismo buque viajaba mi amigo cubano Cesar Rey, rumbo a Alemania, y vino a verme al camarote.

– Chico, si esto se parece a un camarote real –dijo, viendo la suntuosidad de la estancia, y añadió –: Ya podías cederme la *chaise longue* para dormir y así te acompañaría.

– Por mí –le respondí– no hay inconveniente. Veamos si lo tiene el camarero.

El camarero no tuvo inconveniente por el módico precio de cinco pesos. Y por otros cinco me promete servirme el almuerzo en el camarote. No hay punto de comparación de esta compañía con la Transatlántica. Sólo los entremeses bastarían para satisfacer a un Heliogábalo.

22 de mayo y arribada

A las seis en punto de la mañana estaba en pie, en la proa del barco, como un mascarón que mira a ese mundo que nunca debió dejar y con el que desea fundirse para siempre. Allí están, ya se divisan: ¡el Musell!, ¡Gijón!, ¡Asturias! Salí para Cuba lloviendo y con las Nieblas de Asturias bajo el brazo, y regreso con el bendito orbayu y las mismas Nieblas, sólo que aireadas por el bochorno caribeño donde dejaron un rastro tangible de melancolía, pero de poca o nula ganancia para el melancodeador.

El agua de la lluvia asturiana: ¡bendita seas entre todas las aguas de lluvia del mundo! El agua para los asturianos es sangre de su sangre.

Despacho el equipaje en la aduana y me salen prestos a abrazar mis hijos Luis y Joaquín. Abrazos y besos. Y su extrañeza por verme tan delgado. A las nueve salimos hacia Oviedo y a las diez ya estaba en Oviedo contando atropelladamente todas mis peripecias. Después de comer salí

en el auto de Alfredo junto a mis hijos Luis y Joaquín para Villamayor. A las cuatro abrazaba a mi familia. Gracias, Señor.

Aquí termina el diario de mi «Viaje a Cuba» y, así mismo, terminan estos apuntes, reflejo fidelísimo de mis andanzas, día a día, instante a instante. En ellos verá el que lo leyere el mucho trabajo y las no pocas calamidades de las que fui objeto, también de algunas alegrías, aunque fueron las menos. El pecado capital de Asturias Film fue en empeñarse en ir a Cuba con sus producciones. Si las hubiera mandado a algún amigo para que éste las entregara a un agente que las explotara, menos mal, siempre se hubiera ganado algo. Pero no, señor, de eso nada, había que ir en persona con la película, ya veían los cheques de miles de pesos flotando en el aire. Un negocio loco iba a ser. ¡Siempre la ilusión de Cuba, del oro, de los centenes...! Dentro de lo que cabe fue una suerte que a mí me tocara dicho cometido, pues de haber ido quien yo sé y del que no pienso citar el nombre: ¡ni con cinco mil duros de pérdida!

Puede decirse que en Cuba nada se ganó, pero nada se perdió. Otras películas pasaron a Cuba cuando yo. Todas perdieron miles de pesos. Creo, de todo corazón, haber cumplido con mi deber; y éste, no hay otro, es el premio que me asigno con más orgullo para trasmitirlo mañana a mis hijos y a mis nietos.

Gracias, abuelo, con este final no contaba. Y me has puesto un nudo en la garganta, y también has hecho que me arrepienta de las impertinentes interrupciones, y que no pienso borrar para poner en evidencia mi estulticia.

Permite a este arrepentido, que a modo de desagravio, reproduzca al final de tu diario las palabras de Ulises a Penélope a su vuelta al hogar:

«Mujer, los dos hemos tenido pruebas en plena medida: aquí, tú esperabas mi regreso con angustia y con lágrimas, y a mí, Zeus y los otros dioses me retenían cruelmente lejos de la tierra natal que aspiraba a volver a ver. Ahora que los dos nos

hemos vuelto a encontrar en este lecho querido por nuestros corazones tendrás que vigilar los bienes que tengo en esta morada.» (La Odisea, XXIII).

* * *

Y AL FINAL, LA DESGRACIA

Resultaba harto molesto ver a los rapacinos poner cara de estupefactos al paso de este anciano amarillo como un canario, encorvado, arrastrando los pies y sujetándose los pantalones porque apenas puede con ellos. No digamos los feligreses que acuden a la misa del padre Agustín, dudo de si van al acto litúrgico por devoción o por ver cuándo dobla definitivamente este monaguillo amarillo y añoso. Razones poderosas que me animaron a no salir más a la calle, a la reclusión final.

En los momentos de descanso, cuando no escribo estos cuadernos o en ausencia del padre Agustín que visita esta casa un par de veces al día, me asalta, sin yo pedirlo y de manera espontánea, el tema de la muerte. No gozo del espíritu animoso pre-mortem de la Santa Teresa, tampoco padezco el vértigo del ateo ante el inconmensurable salto al vacío, simplemente, me reconforta el hecho de aceptar la muerte como un trance plagado de los «*in-es*»: inevitable, ineludible, innato, e inescrutabile. Si la muerte se empieza a vivir ya con el primer aliento de vida, y nuestra cabezota, por sabia que sea, tiene la espita al misterio puesta: ¿hay razón alguna para la preocupación, cuando nada hay que resolver? Y ahora, en el andén del último viaje, o del primero, quién sabe, no me asusto y deseo emprenderlo con el billete de la Fe en la mano; eso sí, antes he de concluir el último cuaderno que ahora empiezo.

Con el regreso de Cuba puede decirse que mi vida activa como profesional de la fotografía había llegado a su final. ¿Éxito o fracaso? Los que vengan detrás lo dirán. Cuando andaba yo de romería en romería, una gitana insistió tanto que dejé me echara las cartas: «¡Los tres ases zeñorito, los tres, el copón, el basto, la espada, Jesús! E uté un

hombre afortunao, pero...—y en ese momento frunció el gesto— le farta el oro, ni un oro le ha salío, zeñorito, y eso e mala folla pal asunto del parné.» Que Dios me perdone, que en patrañas de gitanos se cae en el pecado, pero creo que, a toro pasado, la gitana tenía razón: menos dinero, tuve un poco de todo. No tiene por qué haber entre el éxito artístico y el pecunio una relación directa: hay artistas malos y muy ricos, y viceversa. Si tal sucediera, el mundo no saldría de las coordenadas de su más estricta vulgaridad. Las críticas que este abuelo cosechó a lo largo de su quehacer fotográfico nunca le produjeron un ápice de resquemor. Recuerdo las palabras envenenadas de Alfonso Camín en el «Diario de la Marina» de Cuba: «Antes fue un mantequero que vio el filón, en compañía de un fotógrafo sin ningún seso para estos menesteres. El arte no está en la manteca ni en las placas movidas...» El ríposo y rimbombante poeta estaba muy molesto porque Mantequerías Arias no se anunciaba en los diarios que él patrocinaba.

Abro un paréntesis tras los años que siguieron a la empresa cinematográfica de ultramar y encierro en él una desmesurada actividad industrial y una afición, cada vez más posesa, por la lectura. Fueron años turbulentos que auguraban al Reino de España la tormenta más salvaje, fratricida y dramática de su historia.

Y un día de nefasto recuerdo saltó la chispa y el cielo plomizo de España se encendió con el fulgor de los relámpagos y el trino de las aves cesó y dejó paso al trueno y los hombres dejaron de nacer para dedicarse a morir. La Guerra Civil Española sesgó vidas e ilusiones, dejó un tufo a muerto que muchas generaciones tendrán que pasar para olvidar su hedor.

Tu abuelo Modesto acababa de entrar en los sesenta, la década de la sabiduría, y digo bien, sí, de la sabiduría, pues, no en vano los años dejan sin espacio el zurrón de la experiencia. Y el ímpetu que despertaba en los jóvenes las enardecidas voces de sus líderes: patria, nación, fascismo, marxismo, comunismo, falange; a este cristiano,

con lo sesenta recién cumplidos, dicho ímpetu se convertía en profunda tristeza, en esa actitud del espectador pasivo que no ve los toros desde la barrera porque pisa la arena del ruedo, y poco le importa que el toro le empitone. Si preguntas si cabe el sufrimiento con tal actitud, te contestaré que todo lo que admite la capacidad de sufrir rodeado de un baño de sangre inexplicable. Por eso el cuaderno que ahora te dispones a copiar, querido nieto, lleva el acento amargo del escritor, el de la ironía que surge de la desesperación. Di en titularlo «Efemérides» y recoge, día a día, las vicisitudes que pasaron tus abuelos desde los comienzos de la guerra civil hasta que el ejército de Franco entró en Villamayor.

Dejo a un lado el formato de diario, que de él vamos sobrados a esta altura de tu biografía, y permíteme que me instale un poco por mi cuenta y me ciña al período que tú y la abuela pasasteis en la cárcel. Una etapa prolífica en actividad literaria, otra faceta de tu vida y milagros. Con esto creo que podemos, tú y yo, dar por concluida esta nutrida biografía.

Hágase tu voluntad ahí en la tierra, que en el cielo ya dispongo yo.

LA CÁRCEL DEL PARTIDO

La vida gusta de someter al arbitrio del capricho a sus peones. Quién iba a decir a don Modesto que iba a pasar cien días entre rejas, en la cárcel del Partido. Hace siete meses que estalló la Revolución, durante ese tiempo me enclaustré y no opuse resistencia alguna a los milicianos que un día y al otro también pasaban por la casa llevándose lo que encontraban a su paso: el Fotingo de la fábrica, setecientos ocho kilos de mantequilla y más de un centenar de bidones de leche. Así dicen que es la vida: «¡Muera el que no piense igual que yo!»

El día once, jueves, de febrero de 1937, a las dos y media de la tarde se presenta un miliciano en la casa y me dice:

– A las tres de la tarde ingresará usted en la cárcel del Partido.

Sindina casi se desmaya e histérica comienza a chillar e insultar a los milicianos. El que lleva la voz cantante no se inmuta y continúa leyendo un pliego que tiene entre las manos:

– Y le acompañarán las personas siguientes: su esposa doña Adosinda Arias, su hijo Luis Montoto, y sus cuñadas doña Aquilina y Consuelo Arias.

Sindina enmudeció y rápidamente se puso a mi lado con una cara de tremendo susto. Le acaricié el pelo, blanqueado por los años, y dejé que sus lágrimas de miedo y rabia humedecieran la solapa de mi chaqueta. No dio más explicaciones, ni se dignó el energúmeno a decirnos las causas que motivaron tan injusta detención, sólo apostilló a la hora de marchar:

– No lo olviden, a las tres, sean puntuales por la cuenta que les tiene.

Ordeno y mando, punto en boca y viva la libertad (con minúscula). Manín nos trasladó a la prisión en el auto de Mon y a las tres en punto, ni un minuto adelante ni uno atrás, los citados reos ingresábamos en la cárcel del Partido. Tampoco en ese momento nos dijeron el motivo del encarcelamiento, quizá jamás lo sepamos, pero como decía mi pobre abuela: ¡A la Inquisición, chitón! A las mujeres las ubicaron en la celda general número uno. Y mi hijo Luis y yo pasamos a la dos. En ella nos encontramos con otros tres compañeros de fatiga y una hora más tarde llegaba a nuestro «hotel» Ignacio Fernández.

La primera noche, mi primera noche en la cárcel, lugar que ni por asomo hubiera imaginado que iba a ser morada de estos huesos hartos cansados y con el tuétano sólo merecedores del descanso, pues, como iba diciendo, mi primera noche en la cárcel, aunque ello cause extrañeza a incrédulos, fue una noche más en mi vida. Ya dejé escrito mi facilidad para conciliar el sueño, incluso en situaciones comprometidas. Me despertó el chirriar de la puerta, venían a hacernos compañía, lo cual me

alegró profundamente, Mamertín y José Manuel, y sacaron a uno de los compañeros del día anterior, si la memoria no me falla nos reunieron allí a Eladio Bea de Infiesto, Gonzalo Fernández de Nava, Ignacio Fernández, Mamerto Sánchez, José Manuel Gutiérrez, mi hijo Luis Montoto y a un servidor, Modesto Montoto, estos últimos todos de Villamayor. Ocho metros cuadrados para siete personas adultas. No se lo comenten a doña Concepción Arenal si le da por volver a este mundo punto enfermo de locura.

Sin el menor roce, convivimos alegres y contentos, bueno lo de contentos es un decir, por espacio de treinta y ocho días. A los quince días de nuestra confortable estancia en la respetable mansión no se les ocurre otra feliz idea a los fieles guardianes que hacer una «leva» de colchones para el nuevo hospital de El Orrín. En total éramos unos ciento ochenta detenidos, cada uno de los cuales había traído de su casa, el colchón y las mantas. Volaron aquella tarde cincuenta colchones y cien cobertores, mientras los presos estirábamos las piernas en el patio. Como los escolares salen al recreo, así nuestros amables carceleros nos dejaban salir al patio, a esparcir. De nuestra celda se llevaron cuatro colchones y seis mantas. Confieso que algunos tuvimos una suerte no merecida, por ejemplo, a Mamertín, a Luis y a mí nos dejaron por todo ajuar una almohada para cada uno. El oficial Enrique, un muchacho atento y en extremo servicial, nos dio a escondidas dos colchonetas de yerba y dos mantas de las de casa. Y nos arreglamos como buenos hermanos.

Llevaba más de un mes sin noticias de Sindina, así que decidí escribir una carta al jefe de la cárcel, a don José Montecatini, solicitando permiso para que Ignacio, Luis y yo pudiéramos hablar en la antesala de la oficina con Hortensia, la mujer de Ignacio, y Sindina. Aunque sólo fueran cinco minutos. Accedió el jefe a nuestras súplicas y el día trece de marzo, sábado, a las once de la mañana, pudimos abrazarnos después de treinta días de no vernos las caras. Sindina se mostró en extremo preocupada y temía por su suerte. Según oía su relato, los pelos se me iban poniendo de punta, no

era para menos. El caso es que compartía celda, ¡eso es nada!, con la Quilona, madre de las quilonas, esa mala mujer que el diablo puso a la salida de Villamayor con sus hijas dedicadas al «nefando oficio» para tentar a los mozos del pueblo a traspasar el umbral de la lujuria. Sindina, Hortensia y Rolindes habían hecho un frente común con la sana intención de desterrar de nuestra honrosa villa tan detestable lacra. A la causa de estas santas mujeres pronto se adhirió las de don Rosendo, el párroco; don Dionisio, el médico; y doña Ramona, la farmacéutica. La protesta se elevó a las altas esferas del gobierno regional que, dando muestras de sensatez al velar por la salud física y espiritual de los ciudadanos, cerró a cal y canto el infecto bochinche. Ni que decir tiene el odio eterno que la Quilona le juró a Sindina y a sus correligionarias. ¡Dios mío, pobre Sindina, compartiendo celda con su mayor enemiga! Y yo atado de pies y manos, incapaz de salir en su defensa, terrible impotencia: ¡Señor, ayuda a tu sierva que tanto colabora contigo en este valle de lágrimas! Me despedí con gran amargura de mi esposa y le rogué que rezase, que yo haría lo propio: rezar y de paso intentar hablar con don José Montecatini para que la cambiara de celda. Antes de retirarnos a nuestra celda le di las gracias a don José por la consideración que había tenido con nosotros.

A la semana siguiente, don José Montecatini nos avisa a Luis, a Sindina y a mí, tenemos visita. Mi hijo Fernando viene de San Pedro de Nora (Trubia), del frente, donde está como médico militar en el ejército republicano, del bando contrario al nuestro, pero ello no quiere decir absolutamente nada, él está allí porque le obligaron a golpe de pistola. Me alegró verle vivo y con buen estado de salud, y todavía me alegró más ver a Sindina que, según su nueva versión, se había obrado el milagro.

— ¿Es qué te han cambiado, al fin, de cubículo? —le pregunté.

— ¡Qué va, ni falta que hace ya! La Quilona, en el fondo, tiene madera de santa —dijo exultante.

— Mujer, como no te expliques mejor, pensaré

que peligra tu sano juicio –le recriminé– no me parecía justo el cambio repentino de actitud, tan apesadumbrada la semana pasada y hoy con una alegría bobalicona.

– Resulta, Modesto, que la Quilona no es lo que parece. No sólo nos trató con gran respeto, sino que cuando nos arrebataron los colchones, la pobre Rolindes, que ya sabes lo mucho que padece de la espalda, fue invitada por la Quilona a compartir la mitad de su colchón.

– ¡La pu... y la santa compartiendo cama! Desde luego, Sindina, los designios del Señor son inescrutables.

Cuando ya estaba hecho a mi nuevo habitáculo y a la camaradería que en él había encontrado, nos trasladan desde la celda número dos a la General de abajo, la que llaman la Cubiliiega. Supondrá el lector que con este nombre allí olía y no precisamente a rosas. Los malos olores y la poca salubridad del local lo hacen inhabitable para las doce personas que allí estaban. ¿Qué no sería para los veinticuatro que desgraciadamente tuvimos que compartir la pocilga? Había en la General de abajo cinco reclusos del concejo de Nava y con los siete que éramos nosotros, pues, doce. Pero en los días siguientes fueron ingresando otros doce, y así el día uno de abril ocupábamos la celda veinticuatro individuos en un espacio de veintiocho metros cuadrados.

Y no crean que esto es pega,
ni exageración quizá;
dicen que la «Cubiliiega»
es del primero que llega,
detenido, claro está.

Veamos cómo fue el calendario de salidas:

El 28 de abril dieron libertad, por enfermo, a Ceferino Toribio.

El 3 de mayo salieron Jaime García, Constantino Fernández y Francisco Casquero, éste último iba muy enfermo y en su rostro se auguraba una muerte inminente. Jamás volvería a verle.

El día 13 salieron para hacer trincheras en San Esteban de las Cruces: mi hijo Luis Montoto, Mamerto Sánchez, José Manuel Gutiérrez, Angel Santiago, Benito de la Vega y Manuel Zarabozo. Mal destino, entre dos fuegos iban a cavar trincheras los pobres. Ese mismo día pusieron en libertad a Modesto Rubín, José Martino y Paulina Vega.

El día 14 me trasladaron a las habitaciones de la enfermería, me parecieron las de un hotel de primera teniendo en cuenta el inolvidable confort de La Cubiliiega. Ocupé una habitación junto a don Felipe Baldonado, de Soto del Barco, don Celedonio Berros, de Nava, Pachín Prida y Pedro García, de Infiesto, y cómo no, Quico, el célebre Quico de Obaña (Piloña).

El día 16 de mayo, a las once de la mañana, me hizo llamar don José y me preguntó si quería trabajar en las oficinas. Acepté de inmediato su oferta y le di las gracias. El jefe de la cárcel ordenó que trasladaran mi ajuar desde la enfermería a la habitación de los ordenanzas. En dichas oficinas trabajé con Angel Méndez, de Pravia, y Reigada, de Arriendas.

Y, ¡por fin!, ¡la libertad!, después de cien días de prisión, el día 21 de mayo, un viernes, salimos todos los de Villamayor. Cuando abandonamos el presidio, en nuestras mentes quedaban muchos recuerdos, sensaciones nuevas por desgracia inolvidables, y sobre todo, la amargura por la suerte que pudieran correr aquellos que fueron destinados a San Esteban de las Cruces, entre ellos mi hijo Luis.

Eran las nueve y media de la noche, once mujeres y dos hombres emprendimos el camino hacia Villamayor. Caminamos en silencio, como el que regresa del sueño, de la pesadilla de la sinrazón, y una luna llena iluminaba la carretera de la noche tibia de la libertad.

Estas fueron mis prisiones
(perdona, Silvio Pellico)
ignoro por qué razones...
Nada, que no me lo explico
¿Cómo no? ¡¡Por fascistones!!

Me olvidaba consignar un pasaje que no quiero dejar en el tintero. Una tarde, en los primeros días de abril, me llamó a su despacho don José Montecatini, el jefe de la cárcel del Partido. Acudí presto a su llamamiento y el buen señor, gran filatélico y poseedor de excelente colección de sellos, me dijo que deseaba charlar un rato conmigo de nuestra común chifladura, pues sabía de sobra que yo también coleccionaba sellos. Le di las gracias por su atención y acto seguido me llevó a sus habitaciones particulares, donde a la vera de su escritorio, vis a vis, y en plan de amigos, me enseñó todas sus colecciones y albunes. Dos horas duró la visita y más hubiera durado de no haber venido un ordenanza a llamarle.

Para los reclusos, el señor Montecatini era poco menos que un ogro. En honor a la verdad, debo decir que para mí fue atento y cortés en todo momento, por lo que le quedo sumamente agradecido.

No hay nieto que te entienda, querido abuelo. Te dejan en pelota picada, te meten en chirona y encima le quedas agradecido al jefe de la cárcel del Partido. Bueno, tú sabrás. Y si me lo permites, pasemos a la muestra de tu obra poética, escrita tras los barrotes en una celda maloliente.

LA CÁRCEL

A mi amigo A. F.

Si me preguntas, Antonio
que opino de la de Infiesto,
levantado ya mi arresto
expongo mi testimonio.
Amplio local, nuevecito,
higiénico, limpio, hermoso,
como lugar de reposo...
muy bonito, muy bonito.
No creo lo pasen mal
quienes cumplen la quincena,
pues mitigará su pena
el aspecto del local.
De celdas individuales
¡Si Concepción Arenal
lo firmó de propia mano!
Y no te digo la Kent.

penalista de Magín,
que armó la de San Quintín
como no hizo «ninguén».
En fin, para una quincena,
un borracho, un petardista,
es a pocos días vista,
efectivamente buena.
El rancho es de calidad,
abundante con exceso,
confeccionado exprofeso
por Savarín Trinidad.
¿Y las mantas, colchonetas,
vater-clos, agua corriente,
a más «il dulce far niente»?
¡Como no les den chuletas!...
Todo lo que llevo escrito,
bueno en los tiempos normales,
es, amigo, en los actuales
algo parecido a un mito.
¿*Qué es la cárcel?* Te diré:
si lugar de expiación
o centro de animación,
francamente no lo sé;
aunque viendo lo que vi,
me inclinaré a lo segundo:
es natural, en el mundo
reina el «que se da a mí».
Allí no se explica nada,
allí nada se padece,
allí desde que amanece
todo es risa y algarada.
Si esto pasa, tú verás,
con el vulgo delicuente
alégrese el inocente
que no delinquiró jamás;
y échalo todo a risa,
y agota su buen humor,
y canta a más y mejor
sin ninguna cortapisa.
Viva, dicen la comedia
que al mundo vuelve al revés,
gozan en todo momento
paseando el aburrimiento
en el patio de cristales.
Además, es cosa cierta,
no les falta, en lo posible,
ni comes ni bebestible
y hasta les abren la puerta
de la celda noche y día
lo cual, Antonio, yo alabo,
un hombre, al fin y al cabo,
no se marcha a sangre fría.
Todo esto es muy humano,
muy justo, muy natural:
antes que un caldo me des

me tomo yo taza y media.
 ¿Que en la celda individual
 hacinan seis detenidos?
 ¿Que los allí detenidos
 lo pasan, vamos, tal cual?
 ¿Que con cerrojo las puertas
 cierran en todo momento?
 ¿Que para mayor tormento
 las mirillas van cubiertas?
 ¿Que si el cielo se oscurece
 al patio exterior no sales?
 ¿Y que el patio de cristales
 no es para quien le apetece?
 Aquí y en Guadalajara
 responde el hombre ¡ja! ¡ja!
 a mí nadie me la da,
 o a mal tiempo, buena cara.
 Pérez Zuñiga, don Juan,
 en ocasión parecida,
 aconseja esta medida
 a los que presos están:
 «¿Cómo me va bien a mí?
 Únicamente de un modo:
 tomándolo a guasa todo,
 porque hav que tomarlo así.»

* * *

Tres guardas, ¡vaya faena!
 vigilan la prisión,
 aunque, la verdad, no son
 como «las hijas de Elena»,
 pues uno de ellos, Enrique,
 sin faltar a su deber,
 es bueno cuanto hay que ser
 practicando el *suum cuique*.
 En cambio, José Manuel
 todo lo arregla con voces:
 Tontaina, ¿no conoces
 que no es ese tu papel?
 Si imitaras a Ruperto
 lo harías mucho mejor:
 éste cumple su labor
 y se calla como un muerto.
 Ahí van mis impresiones
 de la cárcel del Partido:
 tómalas en buen sentido,
 que no estoy para alusiones.

Villamayor 31-5-1937

Estos versos están escritos desde la desolación maloliente de una celda sin sentido en la que el hacinamiento apenas deja espacio a la imagina-

ción, que están escritos por la pluma atormentada de un alma cristiana incapaz de entender la naturaleza de sus congéneres, que están escritos desde la impotencia y la rabia contenida de la insensatez que me produjo el sentirme presidiario junto a tu abuela simplemente por no tener la misma opinión que el contrario. Una y mil veces pregunté el motivo por el que nuestros huesos de ancianos habían ido a parar entre rejas, después de mucho insistir. ¿sabes lo que me dijeron los milicianos?, pues que por tenencia ilícita de armas. Las únicas armas que había en la casa eran los «gomereros» de los guajes para cazar tordos y gorriones. Y he de dar gracias a Dios por no volverme loco, y resolver las zancadillas que me echaron al alma con mi pluma, y como antes dije: tomándomelo a guasa.

Hacia mediados de setiembre del treinta y siete, se instaló en nuestra casa de Villamayor una Comandancia de Investigación y Vigilancia. A toda prisa y casi sin tiempo, ya que los milicianos actúan a golpe de sorpresa, escondí estos legajos donde buenamente pude y fuera del alcance de sus garras. Menos conflictivo, hubiera sido quemarlos o romperlos. No pasó por mi mente el hacer tal cosa que calificaría de cobardía. No dieron con ellos, a Dios gracias, y ahí los tienes, nieto. La Comisión ocupó el comedorín para las oficinas, las mejores camas para el alto mando y el garaje para la tropa, bueno, y las cuadras para los animales, los más racionales de aquella grey. Hasta el día veinte del mismo mes, fecha en la que evacuaron los rojos, se apoderaron impunemente de la casa, hicieron con mis cosas lo que les vino en gana, y en los últimos tres días se dedicaron al vil saqueo, no dejaron más que los muebles escuetos. El día veinte, a las diez de la mañana, entraba la tropa de Franco en Villamayor: ¡gracias a Dios!

ÚLTIMAS PALABRAS DEL ABUELO

Poco más podemos decir, ¿verdad, nieto? Este autorretrato no da para más. La vida de uno, al final del camino y lista para pasar revista, sorprende a su propio protagonista por lo menguada

que queda. Es como un paño de mala calidad que encoge tras varios lavados. Mientras se vive, si uno goza de excesiva autoestima, puede que la presunción le haga pensar que cada segundo es digno de mención. ¡Líbrenos Dios del que escriba su autobiografía en esa creencia! La biografía es lo que queda de la historia de una vida después de pasar por el colador. La autobiografía no deja de ser una manifestación del egocentrismo biológico inherente a lo humano. Siempre me molestó la narración en primera persona; sin embargo, fui incapaz de huir de ella, allí donde mi pluma embotronaba cualquier papel, allí estaba esa maldita querencia, sin yo procurarla, exigencia de una fuerza sobrehumana e incontrolable. Y la acepté. Qué remedio. El lector que tuvo la paciencia de llegar hasta aquí es testigo de mi exagerado egocentrismo. Lo confieso. No le queda tiempo a este cristiano para hacer propósito de la enmienda. Me muero, como en su día se murió la paisanina de Borines, los dos levantamos el último vuelo amarillos como canarios. Tengo una gran dificultad para escribir estas líneas, sujeto la pluma con las dos manos y así todo se me cae. Debo concluir, por el bien de todos.

Hoy, veintitrés de febrero de 1950, en la habitación contigua a la mía, estás tú viniendo al mundo, Manolín. Oigo a la pobre Sindita gritar con el rigor de la parturienta, y luego el llanto obligado y necesario del recién nacido. Tu llanto es entrecortado y débil. Desde mi lecho de muerte intuyo un gran revuelo, idas y venidas; y al médico, a don Valentín Riesgo, decirle a mi yerno que nacías con «asfixia blanca». Hasta que tu respiración no cogió el aire preciso, pasé un mal rato. Mala cosa sería que los dos nos muriéramos al tiempo, tú sin ni siquiera haber mamado.

La hermana sor María Luisa, de las Siervas de Jesús, que asiste a este moribundo, me prometió que nada más te pusieran los pañales y las ropitas te traería a mi presencia. Me niego en redondo, y no lo tomes a mal, comprende que no es el mejor momento para un abuelo conocer a su nieto en

pleno tránsito. Parte tu abuelo Modesto con mucho equipaje. Me conformo con oír tu llanto, rítmico, a pleno pulmón, pletórico y pertinaz. Me alegra tu llantina, es mi música preferida, a veces se me escapa en un vacío sin ecos, y dudo de si es tu asfixia blanca o la mía amarilla. Pero no, es la mía, mi muerte amarilla, cada vez más próxima. Y ello me alegra.

Nuestros destinos se encuentran en el mismo cruce: yo de vuelta y tú de ida. Y el semáforo que regula el alfa y el omega de la existencia. Tienes luz verde, chaval, arranca, que a mí el coche definitivamente se me ha calado, y no me oyes porque mi voz es un susurro en la marabunta, pero te lo digo: ¡nos veremos, nieto, desde mi autorretrato!

Y AGRADECIMIENTO DEL NIETO

Poco más podemos decir, ¿verdad, abuelo? Poco más podemos añadir a esta historia fantástica. Tú, en el cielo o en los últimos días del purgatorio no vas a tener mayor problema: yo, aquí, en el mundo de los mortales seré tachado de loco, o de gran fabulador y mentiroso, eso en el mejor de los casos. Me tira del guindón la crítica, los ratos que hemos pasado juntos, tu autorretrato y yo, incluidas las agresiones a mi maltrecho papo por parte de don Baldomero Inclán, es lo mejor que me ha pasado en esta puñeñera vida. Has dado a tu nieto una lección de humildad. Está claro que tú y yo tenemos formas muy distintas de pensar, pero nunca quisiste imponer tu voluntad sobre la mía. Bueno sería que el resto de los mortales tomara ejemplo. No lo van a hacer. Lee la prensa y verás.

Las historietas del abuelo suelen ser pesadas e interminables. Las del autorretrato son otra cosa. Y me atrevo a incluirlas aquí, en este libro, junto a tus fotografías.

¡Agur, abuelo!

Y gracias.

MODESTO MONTOTO / MANUEL HERRERO

ÁLBUM FOTOGRAFICO



Familia de campesinos. hacia 1912; 13 × 18 cm.



Familia de campesinos, hacia 1912; 13 × 18 cm.



Matrimonio de campesinos viejos, hacia 1915; 18 × 13 cm.



Retrato de Doña Rafaela, de Villamayor (Piloña), 1918; 18 × 13 cm.



Una vendedora callejera, hacia 1918; 10 × 15 cm.



Anciana sentada delante del portal de una casa, hacia 1915: 13 × 18 cm.



Dos paisanos: ella, filando con el *fuso* y la *rueca*, y él liando un cigarrillo, hacia 1914; 18 x 13 cm.



«El popular zapateru de Lozana (Piloña) cabruñando una guadaña», 1918; 13 × 18 cm.



Campesino cabruñando en Villamayor (Piloña), hacia 1915; 13 × 18 cm.



Bautista y La Nana, hacia 1915; 18 × 13 cm.



Pepín de Cueva, hacia 1915; 13 × 18 cm.



Pericón de los Repertorios, hacia 1915; 18 × 13 cm.



El Lalo, de Villamayor (Piloña), hacia 1915; 18 × 13 cm.



Personaje desconocido, en Villamayor (Piloña),
hacia 1915; 15 × 10 cm.



Campeſina con cesta, en Villamayor (Piloña),
hacia 1915: 18 × 13 cm.



Partida de cartas en Villamayor (Piloña), hacia 1915: 9 × 14 cm.
Colección de Luis A. Azcoitia Argüelles.



Partida de cartas en Piloña, hacia 1915; 13 × 18 cm.



Participantes de una gira en Villamayor (Pilona), hacia 1910; 11 × 16,5 cm.



Comida campestre en Villamayor (Piloña), hacia 1910; 11 × 16,5 cm.



Integrantes del catecismo, en Villamayor (Piloña), hacia 1916; 13 × 18 em.



Miembros del Sporting Club Piloñés, en Villamayor (Pilona), hacia 1919; 13 × 18 cm.



Persona disfrazada de mozo de cuerda, oficio tradicional de los emigrantes asturianos en Madrid, hacia 1915; 18 × 13 cm.



Pareja vestida con el «traje regional», hacia 1920; 11 × 16,5 cm.



Alejandro Villar Varela, conde de Laviana, indiano enriquecido en Puerto Rico, junto a su hermano y tres curas el día de la inauguración de una capilla levantada a su costa en Miyares (Piloña), 1915; 10 × 15 cm.



Campeños arando una tierra, hacia 1915; 9,5 × 14,5 cm.



Mujeres cosiendo en una caleya de Villamayor (Piloña), 1918; 13 × 18 cm.



Mujeres filando con *fuso* y *rueca* en Borines (Piloña), hacia 1915; 13 × 18 cm.



Campeŕinos de Llorío (Llaviana), recogiendo *fueyes* en un castaňar para *estrar* las cuadras, hacia 1917; 10 x 15 cm.



«Samartín: corando'l gochu», en Villamayor (Piloña), hacia 1915; 7 × 11 cm.



Un madreño, hacia 1910; 9 × 14 cm.



Carpinteros de Villamayor (Piloña), hacia 1915; 13 × 18 cm.



Un afilador en el mercado de L'Infiestu, hacia 1915; 14 × 9 cm.
Colección de Luis A. Azeoitia Argüelles.



Fuente en Villamayor (Piloña), construida en 1896 «siendo alcalde D. Laureano Noriega»,
hacia 1915; 10 × 15 cm.



Plaza y fuente de La Oliva, en Villaviciosa, 1915; 10 × 15 cm.



Lavanderas de Villamayor (Piloña), hacia 1920; 10 × 15 cm..



Exterior de la casa y comercio del Sr. Martino, en Vallobal (Pítona), 1914; 10 × 15 cm.



Interior del comercio de Ca Martino, en Vallobal (Piloña), con «el célebre sidrero Ramón de Armonga probando la nueva sidra», 1914; 10 × 15 cm.



Edificio y miembros de la Sociedad Agrícola «El Despertar» de Corao (Cangues d'Onís),
1916; 10 × 15 cm.



Junta directiva y miembros de la Sociedad Agrícola «El Despertar»
de Corao (Cangues d'Onís), 1916; 10 × 15 cm.



Sucursal de la Sociedad Agrícola «El Despertar», en Mestas de Con (Cangues de Onís), conocida como «la Cooperativa», hacia 1916; 10 × 15 cm.



Interior del comercio del «Sindicato Agrícola de Piloña», en Villamayor (Piloña),
hacia 1915; 10 × 15 cm.



**Traineras y lanchas de pescadores en el puerto de
Cuideiru/Cudillero, 1914; 15 × 10 cm.**



**Pescadores de L'Arena (Sotu'l Barcu) embarcando las redes para salir a pescar,
hacia 1913; 10 × 15 cm.**



El carguero de vapor «Salinas» en el puerto de Ribesella/Ribadesella, hacia 1910; 10 × 15 cm.



**El vapor «Santiago López» cargando carbón en el puerto de San Esteban de Pravia,
hacia 1915; 10 × 15 cm.**



Puerto y estación del «Ferrocarril Vasco-Asturiano» en San Esteban de Pravia, 1915; 10 × 15 cm.



Estación del «Ferrocarril de Langreo» en Pola Llaviana, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Villamayor: «El tren de las dos», hacia 1915; 10 × 15 cm.



Lavadero de carbón en La Vega (Llangréu), hacia 1918; 10 × 15 cm.



«Campo de la feria», a orillas del río Gueña, en Benia (Onís), 1914; 10 × 15 cm.



Campo de la feria, en Benía (Onís), 1914; 10 × 15 cm.



Exposición Nacional de Avicultura en el Real Hospicio, Uviéu/Oviedo, 1918; 10 × 15 cm.



Mercado en la Plaza, Benia (Onís), con puestos de ropa, cacharros de cerámica y loza, y utensilios domésticos de cobre y hierro. 1914; 10 × 15 cm.



Puestos de *cestes de banielles* en la calle de Santa Clara, durante la feria del Viernes Santo, en Villaviciosa, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Puestos de cacharros en la feria del Viernes Santo, en Villaviciosa, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Puestos de madreñas en la Plaza de la Catedral, en Uviéu/Oviedo, hacia 1915; 10 × 15 cm.



«Escena de mercado: comprando cebollas», en Posada (Llanes), 1915; 7 × 11 cm.



Fiesta de Carnaval en Villamayor (Pilona), hacia 1915; 10 × 15 cm.



Cíngaros ambulantes con un oso y dos monos en Villamayor (Piloña), hacia 1912; 9 × 14,5 cm.



Amagüestu en Villamayor (Pilona) con gaitero y tamborilero, hacia 1920; 10 × 15 cm.



El sermón en la fiesta de Los Remedios de Collía (Parres), 1914; 10 × 15 cm.



Romería de Los Mártires en la parroquia de Tiraña (Llaviana), 1914; 10 × 15 cm.



Romería de Los Mártires en la parroquia de Tiraña (Llaviana), 1914; 10 × 15 cm.



Un ramu en la fiesta de Los Remedios de Collía (Parres), 1914; 10 × 15 cm.



Un *ramu* en las fiestas de Villamayor, hacia 1915; 10 × 15 cm.



«Ferias de Infiesto: Rifando la xata», hacia 1915; 9 × 14 cm.
Colección de Ignacio Tamargo Peláez.



Venta de rifas para el sorteo de un carnero, en Villamayor, 1915; 10 × 15 cm.



Xigante en una fiesta del concejo de Piloña, hacia 1915; 13 × 18 cm.



Xigantones en la fiesta de San Antonio de Cangues d'Onís, hacia 1916; 10 × 15 cm.



Banda de música tocando por las calles de Villamayor (Piloña), 1915; 10 × 15 cm.



«Audición musical», en Villamayor, 1912; 10 × 15 cm.



Concurso de bolos en Villamayor (Piloña). 1915; 10 × 15 cm.



Jurado del concurso de bolos en Villamayor, 1915; 10 × 15 cm.



Bolera de Narciso, en Posada (Llanes), hacia 1915; 10 × 15 cm.



Jugando a los bolos en L'Arena (Sotu'l Barcu), hacia 1913; 10 × 15 cm.



Lanzamiento de un globo aerostático dedicado a los «forasteros», en Villamayor (Pilona),
hacia 1915; 10 × 15 cm.



Aeroplano de Garnier en Les Arriondes, hacia 1911; 10 × 15 cm.



Mitin del Partido Socialista Obrero en el concejo de Llaviana, hacia 1918; 10 × 15 cm.



Presidencia del mitin del Partido Socialista Obrero en Llaviana, hacia 1918; 10 × 15 cm.



Llanes: El Puerto, 1915; 10 × 15 cm.



Pendueles (Llanes): Vista general. hacia 1915; 10 × 15 cm.



Posada de Llanes: Mercado en la plaza de Parres Piñera, hacia 1915; 8,5 × 13 cm.
Colección Luis A. Azcoitia Argüelles.



Posada de Llanes: Puestos del mercado celebrado en la plaza de Parres Piñera, hacia 1915; 9 × 14 cm. Colección Luis A. Azcoitia Arguelles.



Posada de Llanes: Un día de mercado, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Ribesella/Ribadesella: Puente de hierro sobre la ría, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Ribesella/Ribadesella: El muelle, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Ribesella/Ribadesella: Plaza de España, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: Calle del Sol, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: La Torre de la Pedrera, 1914; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: La fuente del Carmen, 1915; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: Procesión del «Pendón Rastrón» el día de Viernes Santo,
hacia 1915; 10 × 15 cm.



Villavieja: Inauguración de la calle dedicada a D. Nicolás Rivero
(Carda, 1849-La Habana. 1919), 1922; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: Lavanderas en La Alameda, 1917: 10 × 15 cm.



Villaviciosa: Carretera de Uviéu/Oviedo, con la Azucarera a la derecha, 1917; 10 × 15 cm.



Villaviciosa: «La Azucarera», 1917; 10 × 15 cm.



**Lliberdón/Libardón (Colunga): Casa-escuela, hacia 1914. Una placa colocada en la fachada recuerda a los promotores de su construcción:
«Esta casa escuela fue donada / al pueblo por los hijos de esta / parroquia residentes en / América con la cooperación /del vecindario / Año 1903»; 10 × 15 cm.**



Benia: Vista del barrio de Villoria, 1914; 10 × 15 cm.



Benia: Tiendas del aire en un día de feria, hacia 1916; 10 × 15 cm.



Mestas de Con (Cangues d'Onís): «Camino de las casucas», hacia 1915; 10 × 15 cm.



Cuadonga/Covadonga: Vista general, hacia 1917: 10 × 15 cm.



Uadonga/Covadonga: «Excursión de Boys-scouts de Oviedo y Gijón», hacia 1917; 10 × 15 cm.



Repelao: Estación del tranvia Les Arriondes-Cuadonga; al fondo, en lo alto, está la Basilica de Cuadonga/Covadonga, hacia 1917; 10 × 15 cm.



La Venta, junto a la carretera de Cangues a Cuadonga; al fondo aparece una estación de la línea del tranvía Les Arriondes-Cuadonga, 1917; 10 × 15 cm.



Cangues d'Onís: Afueras de la villa en dirección a Cuadonga/Covadonga, hacia 1917; 10 × 15 cm.



Cangues d'Onís: Centro de la villa, a orillas de la carretera nueva, hacia 1917; 10 × 15 cm.



Les Arriondes/Arriondas: Vista panorámica, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Villamayor: Entrada al pueblo. hacia 1915: 13 x 18 cm.



Villamayor: El *xuego* de bolos, hacia 1915; 13 × 18 cm.



Villamayor, hacia 1920; 10 × 15 cm.



Villamayor, hacia 1920; 10 × 15 cm.



Villamayor, hacia 1920; 10 × 15 cm.



Casas de corredor en el concejo de Piloña, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Casa-tienda en el concejo de Piloña, hacia 1917; 13 × 18 cm.



Casa-tienda en el concejo de Piloña, hacia 1917; 13 × 18 cm.



Villamayor: Central hidroeléctrica, hacia 1915; 10 × 15 cm.



**L'Infiestu/Infiesto: Sede del «Sindicato Agrícola de Piloña»
construida en 1909, hacia 1910; 13 × 18 cm.**



**L'Infiestu/Infiesto: El Paseo, hacia 1915; 9 × 4 cm.
Colección Ignacio Tamargo Peláez.**



Pola de Siero: La calle de San Antonio, hacia 1915; 10 × 15 cm.



**Pola de Siero: La calle de San Antonio durante la procesión del Cristo de Santana,
hacia 1915; 9 × 12 cm.**



Pola de Siero: La calle de San Antonio en un día de mercado, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pola de Siero: La plaza de Les Campes en un día de mercado. hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pola de Siero: Batallón Infantil, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pola Llaviana: Plaza de la Pontona, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pola Llaviana: Calle principal, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pola Llaviana: Salida de la villa, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Pravia: Mercado en la plaza del Campo, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Cuideiru/Cudillero: El muelle, 1914; 10 × 15 cm.



Cuideiru/Cudillero: Calle de Riofrío, 1914; 10 × 15 cm.



Cuideiru/Cudillero: Casas de pescadores, 1914; 10 × 15 cm.



Cuideiru/Cudillero: La Cai, 1914; 10 × 15 cm.



Cuideiru/Cudillero: La fuente 'l Cantu, 1914; 10 × 15 cm.



**Xixón/Gijón: Plaza del 6 de Agosto, engalanada
para los actos conmemorativos del Primer Centenario de la muerte de Jovellanos,
6 de agosto de 1911; 10 × 15 cm.**



Xixón/Gijón: Procesión Cívica en honor de Jovellanos, celebrada el 6 de agosto de 1911, a su paso por la calle Corrida; 10 × 15 cm.



Xixón/Gijón: Muelle de El Fomento, 1915; 10 × 15 cm.



Xixón/Gijón: Mercado de San Lorenzo, hacia 1915; 10 × 15 cm.



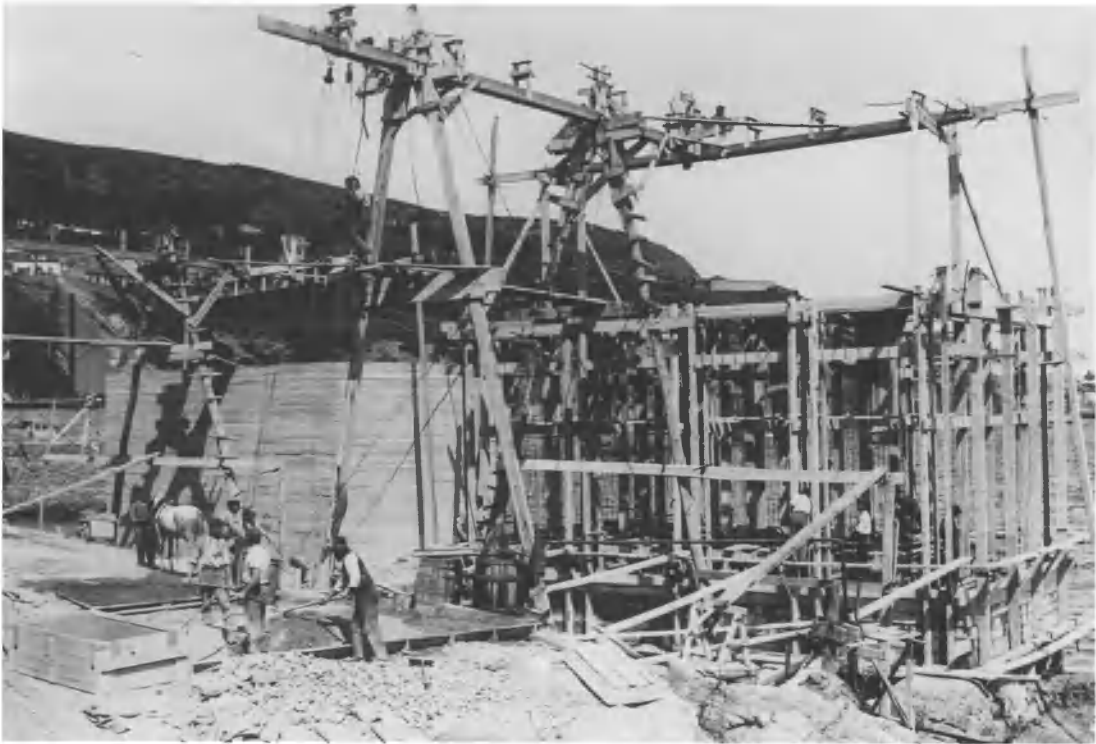
Xixón/Gijón: Vista del Campo Valdés desde la playa de San Lorenzo, hacia 1911; 10 × 15 cm.



Xixón/Gijón: Playa de San Lorenzo, hacia 1911; 10 × 15 cm.



Xixón/Gijón: Puerto de El Musel, hacia 1917; 10 × 15 cm.



Xixón/Gijón: Construcción de un muelle en el puerto de El Musel, hacia 1917; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Carcel-fortaleza en la plaza de Porlier, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Banda de música del Regimiento del Príncipe en la plaza de la Catedral, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Cabeza de la procesión del Corpus Christi, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Procesión del Corpus Christi, hacia 1915; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Jura de bandera en el Paseo del Bombé,
hacia 1920; 10 × 15 cm.



Uviéu/Oviedo: Puestos de *paxarines* en la fiesta de San Mateo, 1913; 10 × 15 cm.

ÍNDICE

VICENTE ÁLVAREZ ARECES, Historia de la fotografía como fotografía de la Historia	7
Agradecimientos	9
FRANCISCO CRABIFFOSSE, Modesto Montoto en la historia de la fotografía asturiana	11
MODESTO MONTOTO / MANUEL HERRERO MONTOTO, Autorretrato	
Primeras palabras	23
Recuerdos del Colegio de Valdediós (1886-1889)	30
La compra de un traje y otras menudencias	42
Personajes, personas y personillas	52
Tipos de Infiesto	54
Mi viaje a Cuba. Impresiones y diario de mi vida (1927-1928)	65
Y al final, la desgracia	91
La cárcel del partido	92
Últimas palabras del abuelo	96
Y agradecimiento del nieto	97
Álbum fotográfico	99

